UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO

Casa abierta al tiempo

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE LA MUJER

# HISTORIAS DE CUIDADO

## MATERNIDAD-ES

## EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA DOMÉSTICA

**T E S I S**

PARA OBTENER EL TÍTULO DE

**M A E S T R A EN E S T U D I O S D E L A M U J E R**

PRESENTA

**ANTROP. SARA CHÁVEZ RUIZ**

DIRECTORA DE TESIS

**MARÍA GUADALUPE HUACUZ ELÍAS**

LECTORA **DRA. ÁNGELES SÁNCHEZ BRINGAS**

LECTORA DRA. **FLORENCE ROSEMBERG SEIFER**

ESPECIALIZACIÓN-MAESTRÍA EN ESTUDIOS de la MUJER

MÉXICO, D.F. FEBRERO 2013

Este trabajo pretende contribuir al análisis teórico sobre la relación existente entre las prácticas de cuidado -como parte del ejercicio de la maternidad- y las experiencias de violencia doméstica de un grupo de madres de la Ciudad de México. Aspectos poco abordados en torno a dichas problemáticas como el carácter bidireccional del cuidado, así como la contribución de las niñas, jóvenes y mujeres adultas desde su lugar como hijas en el mantenimiento de la infraestructura doméstica y en el cuidado de personas dependientes; constituyen algunos de los principales aportes. Incluye una reflexión sobre la función de cuidadora asignado socialmente a las mujeres y las implicaciones que ello tiene en la vida cotidiana y en la salud física y emocional de ellas y sus hijas e hijos; sobre todo cuando lo anterior tiene lugar en entornos de violencia doméstica. Finalmente aborda el tema de la reproducción de la violencia como una forma de relación "aceptable", aprendida durante la infancia.

Palabras clave: maternidad, cuidado, violencia doméstica, género.

The present study aims to make a contribution to the theoretical analysis about the relation between maternal care practices and the experience of domestic violence in a group of mothers from Mexico City. Some of the main contributions of the present research include the discussion of previously neglected aspects closely related to this problematic, like the bidirectional character of care, as well as the contributions made by the daughters of these women to the maintenance of the domestic infrastructure and care provided to other dependent relatives. It also includes a reflection about the function of the socially assigned role of women as caretakers, and its implications for these women's everyday life, including their physical and emotional health and that of their children, especially when these are embedded in a context of domestic violence. Finally, it also addresses the reproduction of violence as an "acceptable" form of social relation learned during infancy.

Keywords: maternity, care, domestic violence, gender.

*A mi mamá, flor hermosa que alberga la ternura*

*y la fuerza que impulsan mi camino cada día.*

*A Melissa, mi entusiasta y lectora hija*

*cuya sonrisa infantil me hace sentir*

*que lo puedo todo y que otros*

*mundos son posibles.*

## AGRADECIMIENTOS

Me siento profundamente agradecida con todas las personas que apoyaron esta etapa de mi formación y la realización de esta tesis.

En primer lugar agradezco a mi familia por el amor, la comprensión, el sostén y por darme albergue durante los días nublados. A mi mami Consuelo, mis hermanos César y Ricardo y a mi pequeña Melissa, luz inspiradora.

Mi admiración y gratitud por siempre a Psic. Norma B. Banda Bustamante, por el cariño y acompañamiento constante, por abrir senda y enseñar con el ejemplo; por lo vivido.

A Erika, Abraham, Fran, Isela, Elo, Javi, Esme, Gina y Ale, por su amistad comprensiva y solidaria, por el trecho caminado estos años, gracias.

Le doy gracias a mis profesoras de la Maestría en Estudios de la Mujer, particularmente a mi asesora Dra. Guadalupe Huacuz Elías por apoyar y guiar este trabajo cuando navegaba por aguas turbias. Agradezco también la lectura atenta y las sugerencias de la Dra. Ángeles Sánchez y la Dra. Florence Rosemberg. A la Dra. Mary Goldsmith por el interés y los comentarios, y a la Dra. Mónica Cejas por su gentil y entusiasta apoyo.

Gracias a mis compañeras de la maestría, jamás olvidaré las discusiones, las desveladas, las angustias y frustraciones compartidas en este proceso en el que nos apoyamos y enriquecimos mutuamente.

Un enorme agradecimiento a Apis, Fundación para la Equidad A.C. por las facilidades otorgadas para la realización de esta investigación, así como a las mujeres que participaron en el estudio, sin su contribución este trabajo no hubiera sido posible.

También quiero expresar mi agradecimiento a mis compañer@s del Círculo de lectura rulfiano: Rosarito, Iseliux, Javi, Tere, Claudia, Ileana, Gina, por las fantásticas veladas de la mano de Flaubert, Yourcenar, Poe, Dickens… ser parte de este espacio es un verdadero privilegio para mí. Especialmente a la familia Moreno Segura por su calidez y solidario apoyo, a Néstor, Silvita, Rodrigo y Pablo, gracias.

Finalmente a quienes sin querer no he mencionado, pero igual merecen mi agradecimiento.

## *La mujer (se va la vida compañera)* **León Chávez Teixeiro**

**(Fragmento)**

Abrió los ojos. Se echó un vestido. Se fue despacio pa' la cocina. Estaba oscuro. Sin hacer ruido, prendió la estufa, y a la rutina. Sintió el silencio como un apuro. Todo empezaba en el desayuno.

Sirvió a su esposo, vistió a los niños, cambió pañales, sirvió los panes. Llevó a sus hijos para la escuela; pensó en la dieta que se comían. Midió el dinero, compró verduras, palpó lo gris de su economía. Formó en la cola de las tortillas, cargó a Francisco, miró la calle. Por todas partes había mujeres, todas compraban y se movían; cumplían aisladas con sus deberes, que recordaban a las hormigas. Sintió de pronto que eran esclavas, sintió que todas eran amigas.

Llegó a su casa, casa rentada, vio más amigas desde la entrada. Le dio a Francisco con qué jugar, barrió los pisos, tendió las camas. Se vio al espejo, miró las canas y todas cosas de cocinar; cortó las papas, las puso al fuego y a la manteca la hizo chillar. Ahora lo crudo se ha transformado, estaba listo para comer. La casa entera tiene otro ver, de nuevo listo pa' ser usado.

Se va la vida, se va al agujero como la mugre en el lavadero. Se va la vida, se va al agujero como la mugre en el lavadero.

Siempre mujeres, cumpliendo oficios que se entretejen sin tener fin. Ser costureras, ser cocineras, recamareras y planchadoras; ser enfermeras y lavanderas, también meseras y educadoras. Muy diligentes afanadoras, a sus familias las dejan listas, rumbo a la escuela o hacia el trabajo para que puedan checar las listas.[1]

[1] Dedicada a las mujeres que colaboraron en este estudio que se inconformaron, que cuestionaron y encontraron otros espacios de desarrollo fuera del hogar. A todas aquellas que aún no han llegado al lugar que desean, pero no cesan de intentarlo. Y a las que nos anteceden desde hace siglos en la lucha por abrir senda en un terreno agreste.

**ÍNDICE**


**INTRODUCCIÓN** **9**

**CAPÍTULO I**
**APROXIMARSE A LA VIOLENCIA DOMÉSTICA… CON CUIDADO**

1. La división sexual del trabajo y el cuidado de las personas dependientes **24**
2. Categorías de análisis **29**

2.1. Género **29**

2.2. Patriarcado **31**

2.3. Maternidad **33**

2.4. Cuidado **37**

2.5. Violencia de género **40**

2.6. Violencia doméstica **42**

**CAPÍTULO II**
**INDAGAR SOBRE EL CUIDADO Y LA VIOLENCIA DESDE LA MEMORIA, EL HABLA Y LA ESCUCHA ATENTA**

1. La elección del camino **48**
2. El trabajo de campo **52**
3. Técnicas de investigación cualitativa **55**
4. Criterios de elección y perfil de las mujeres que colaboraron en la investigación **58**
5. Consideraciones éticas y de seguridad **60**
6. Límites de la investigación **65**

**CAPÍTULO III**
**INFANCIA FELIZ O ¿EL INICIO DE HISTORIAS NO TAN FELICES?**

1. Mujeres hablando de su experiencia: Gisella, Minerva, Bety y Lidia **67**
2. Cuidado y violencia doméstica en la infancia **76**

2.1. "Mi mamá procuraba que estuviéramos comidos y bañados" **77**

2.2. "Era mi mamá la que ponía disciplina, nada más nos miraba y ya sabíamos" **87**

**a) Justificación de la violencia: "Le pegaban a mi hermana porque era muy rebelde"** **95**

**CAPÍTULO IV**
**CUIDADO Y VIOLENCIA DOMÉSTICA EN LA VIDA ADULTA**

1. Al cuidado de mamá **102**

1.1. Cuidado material y afectivo **103**

1.2. Responsabilidad moral **118**

1.3. Responsabilidad económica **120**

2. "Fueron 28 años en que me pasmé ahí… no sé qué me pasó" **122**
   2.1. Violencia patrimonial: "Vendió mi carro y me dijo: luego te compro uno más mejor… y lo compró, pero salió a su nombre" **127**
   2.2. Violencia económica: "Él pagaba todo, yo no veía un sólo centavo" **131**
   2.3. Violencia psicoemocional: "Me dijo que me iba a matar y a toda mi pinche raza si me llevaba a los niños" **133**
   2.4. Violencia física: "Cuando ya estaba durmiendo iba y me jalaba de los cabellos y me sacaba de la cama" **137**
   2.5. Violencia sexual: "Me decía: ponte tu equipo de puta y yo ya sabía lo que iba a pasar" **139**
3. Violencia hacia las hijas y los hijos **141**
   3.1. "Sí lo agarré a nalgadas" **141**
   3.2. "Mi esposo lo golpeó muy feo" **146**

**CAPÍTULO V**
**EL CUIDADO COMO RESPONSABILIDAD EXCLUSIVA DE LAS MADRES/AMAS DE CASA**

1. La madre, ama de casa, cuidadora **150**
2. Las mujeres y sus estrategias de cuidado **154**
3. El costo de ser cuidadora en tanto se es violentada: cáncer, gastritis, arritmia cardiaca, depresión… **157**

**CONCLUSIONES** **162**

**ANEXOS** **172**

1. Guía de entrevista
2. Apis y el grupo de autoayuda como contexto de las mujeres que colaboraron en el estudio
3. Carta de consentimiento informado
4. La mujer (se va la vida compañera)

**BIBLIOGRAFÍA CITADA** **181**

## INTRODUCCIÓN

En este trabajo hablo centralmente de los cuidados que procuramos las madres a nuestras hijas e hijos y a su vez de cómo fuimos cuidadas cuando niñas, en contextos familiares donde la violencia doméstica era parte de la vida cotidiana.

La pregunta central que sirvió de hilo conductor del estudio fue *¿De qué manera la violencia doméstica impacta el ejercicio de la maternidad, específicamente las prácticas de cuidado?* Esto me llevó a preguntarme sobre los cuidados que recibieron las mujeres en su familia de origen así como el cuidado que ellas procuraron a sus hijas/os en la familia que conformaron en la vida adulta, a fin de explorar la relación existente entre la división sexual del trabajo en un contexto de violencia doméstica y las situaciones de maltrato hacia las hijas e hijos. Además deseaba conocer la influencia que tuvieron las vivencias de violencia doméstica durante la infancia de las mujeres, en la familia que conformaron en la vida adulta. Y finalmente qué implicaciones tuvo la asignación exclusiva de las mujeres como cuidadoras, tanto para ellas mismas, como para su descendencia, en contextos de violencia doméstica.

Con esta investigación pretendo contribuir al análisis teórico sobre la relación existente entre el ejercicio de la maternidad, a partir de las prácticas de cuidado, y las experiencias de violencia doméstica, por lo que el objetivo general fue analizar y conocer cómo el ejercicio de la maternidad, específicamente las prácticas de cuidado se construyeron y modificaron a partir de las experiencias de violencia doméstica.

Llevar a cabo esta investigación no fue una tarea sencilla. Mi último año en la maestría fue realmente intenso en muchos sentidos, pero sobre todo porque el tema del cuidado fue emergiendo caóticamente, entre lectura y lectura, entre pregunta y pregunta, no sólo como un interés académico genuino, sino que salió a la luz como parte de mis más ocultas

preocupaciones e historia de vida. Para mi estaba claro que hablar del cuidado en contextos de violencia doméstica era un asunto tan delicado como difícil; tan poco estudiado como complejo y que además inevitablemente me tocaba, me interpelaba.

Y es que aunque la frase "infancia es destino" podría aplicarse tanto a mi persona como a las mujeres que contribuyeron con esta investigación, sólo equivaldría a considerar una parte de la historia, pues la forma en que hemos vivido la infancia, adolescencia y vida adulta, nos permite refutar una noción tan determinante. Si bien, es probable que una mujer que vivió o presenció violencia doméstica durante la niñez, siendo adulta pueda ejercer violencia en contra de sus hijas e hijos, no es posible generalizar.

Tanto la maternidad, como el cuidado y la violencia doméstica, han sido temas de interés para estudiosas y estudiosos desde diversos ámbitos. Los acercamientos teóricos, así como las investigaciones académicas y los reportes estadísticos, han realizado aportes interesantes que enriquecen las discusiones y el conocimiento disponible, especialmente a partir de la profundidad lograda en los estudios de caso.

Con relación a la violencia doméstica, en México una de las fuentes estadísticas más importantes es la *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares* (*ENDIREH*).[2] Los resultados publicados en 2007 revelan un panorama sombrío, pues a nivel

[2]En el año 2003 se levantó la *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los* Hogares (*ENDIREH*) y fue la primera encuesta a nivel nacional sobre la violencia que ocurre en el hogar. Se llevó a cabo en un esfuerzo conjunto del Instituto Nacional de las Mujeres (*INMUJERES*), el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (*UNIFEM*, actualmente parte de ONU-Mujeres) y el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (*INEGI*). En su edición 2006, la *ENDIREH* incluyó además los ámbitos laboral, educativo y social, así como a mujeres separadas, divorciadas o viudas y no sólo a mujeres casadas o unidas, como se consideró en la *ENDIREH* 2003. En esta ocasión la encuesta fue posible gracias a la iniciativa de la Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y la Procuración de Justicia Vinculada de la Cámara de Diputados (*CEFEMIN*) y de la Fiscalía Especial para la Atención de Delitos Relacionados con Actos de Violencia contra las Mujeres (*FEVIM*, actualmente Fiscalía especial para los Delitos de Violencia contra las Mujeres y Trata de Personas *FEVIMTRA*).

nacional un 84.3% de las mujeres casadas o unidas, ha vivido violencia emocional durante la relación de pareja o en los 12 meses previos a la aplicación de la encuesta. La violencia a través de golpes y armas a lo largo de la relación de pareja fue reportada por un 44.6% de las mujeres encuestadas, mientras que sólo un 25.6% de ellas declaró haber vivido este tipo de violencia en los 12 meses previos a la realización de la encuesta. En cuanto a la violencia sexual, por sus características, es pocas veces reportada, quizá por ello aparece como la menos frecuente con respecto a otros tipos de violencia. El 18.1% de mujeres encuestadas han vivido este tipo de violencia a lo largo de la relación de pareja, sin embargo, en los 12 meses anteriores a la realización de la encuesta fue el 14.9% de éstas mujeres quienes reportaron haber sido agredidas sexualmente (*INEGI*, 2007).

Cabría cuestionarse cuáles son los factores que inciden en esta modificación en los índices de la violencia física y sexual reportada. En un estudio que se llevó a cabo en el estado de Morelos para identificar la prevalencia o disminución de la violencia en mujeres embarazadas, usuarias de servicios de salud del *IMSS* y de la Secretaría de Salud, Castro y Ruiz (2003) encontraron que por un lado, el embarazo funciona como un factor de protección respecto de la severidad de la violencia física, es decir, ésta puede mantenerse o disminuir, pero no aumentar. Por otro lado, la violencia emocional puede mantenerse o aumentar, pero no disminuir, lo que sí ocurre con la violencia sexual. Pareciera entonces que "El embarazo explicaría que, al tiempo que los hombres optan por "respetar" a sus mujeres en términos físicos y sexuales, deciden también recurrir a una mayor cantidad de insultos, amenazas y humillaciones hacia ellas" (Castro y Ruiz, 2003: 395).[3]

[3] En su trabajo titulado "La maternidad como conflicto. Una expresión de inequidad social y de género", Romero y Díaz (2001), abordan las condiciones de vida de mujeres gestantes en un entorno de violencia doméstica. En esta investigación

Uno de los factores que se estima puede contribuir a la disminución de la violencia física y sexual, en el ámbito doméstico es la edad de los hijos, pues es posible que los adolescentes y jóvenes intervengan en defensa de la madre. Lo anterior tiene sentido si reflexionamos en torno a las edades de los hijos de las mujeres jóvenes (hijos pequeños) pues son ellas el grupo de edad más afectado por los distintos tipos de violencia. Considerando el 100% de la muestra, los tipos de violencia que viven las mujeres de entre 15 y 24 años por parte de su pareja son los siguientes: 91.5% violencia emocional, un 92.8% vive violencia económica, mientras que un 90.8% viven violencia sexual y un 67.6% violencia física (*INEGI*, 2007).

Con respecto a las posibles formas en que está vinculado el ejercicio de la maternidad con las experiencias de violencia doméstica, un dato que llama la atención es que el 56.6% de las mujeres encuestadas refirieron que durante la infancia su madre era la principal agresora, mientras que un 32.7% señaló a su padre como principal agresor (*INEGI*, 2007). Aunque lo anterior no necesariamente implica que una niña maltratada será una madre golpeadora, hay posibilidades de reproducir este patrón de relación en la vida adulta, hacia sus propias hijas/os (García, 2002; *ENVIM,* 2006[4]). Si bien estas investigaciones sustentan la experiencia de mujeres adultas, se desconoce la experiencia de mujeres madres en contextos de violencia doméstica.

---

se propone la categoría de maternidad como conflicto, ya que al estar cursando por un embarazo diagnosticado médicamente como de riesgo, ellas han experimentado violencia por parte de su pareja, en razón del embarazo mismo, culpándolas por ello o bien, delegando a éstas la responsabilidad exclusiva del embarazo y el cuidado de los hijos.

[4] Dicha encuesta fue realizada por el Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva (*CNEGSR*), el cual es una dependencia de la Secretaría de Salud.

Volviendo a los datos estadísticos, un 32.6% de las mujeres que participaron en la encuesta citada refieren diversas razones por las que su pareja actual ha ejercido violencia en contra de ellas, como por ejemplo: porque no estaba hecho el quehacer; porque la comida no estaba como él quería, o porque su pareja creía que ella no cumplía con sus obligaciones (I*NEGI,* 2007). Las razones por las que estas mujeres son violentadas, reflejan claramente exigencias que corresponden al rol de género socialmente asignado, en el que ellas son las responsables exclusivas del mantenimiento de la infraestructura doméstica[5]. Pero además evidencian la forma jerárquica como se estructuran las relaciones entre hombres y mujeres, que se traduce en relaciones de poder a través de la violencia de unos sobre otras.

Según el *INEGI* (2007), la violencia en la vida de las mujeres tiene consecuencias directas en su salud y casi la mitad de las mujeres que viven violencia doméstica presentan tristeza, aflicción o depresión. Un estudio realizado por Navarro (2008) encontró una asociación entre la alta escolaridad (licenciatura) de madres amas de casa identificadas como maltratadoras y los niveles significativos de ansiedad y depresión que éstas presentaban. Los resultados de esta investigación indican que los niveles de ansiedad y depresión (entre otros factores) en dichas madres son desencadenantes del maltrato hacia las hijas/os. La autora

[5] El término infraestructura doméstica es usado por Izquierdo (2004) para referirse a aquellas condiciones que hacen posible la noción de individuo autónomo, productivo, independiente y autosuficiente en las sociedades modernas. La existencia del hombre con las características mencionadas, sólo es factible a partir de la exclusión de la mujer como ciudadana, pues mientras él se presume independiente y con libertad para responder a un mercado laboral que demanda disponibilidad absoluta (entre otras exigencias), lo anterior sólo es posible gracias a que la mujer, ubicada en el ámbito doméstico, se hace cargo de generar y mantener condiciones óptimas para el desarrollo de los integrantes de la familia. En uno de sus trabajos, Izquierdo (2011) señala como la supuesta "dependencia económica" de las mujeres con respecto a los ingresos económicos de sus parejas, no es más que una transferencia sistemática de recursos de unas hacia otros, ya que como argumenta la autora, el aporte del trabajo doméstico y el cuidado de las personas dependientes se constituye en la infraestructura doméstica que potencia las actividades laborales remuneradas de éstos, permitiéndoles disponibilidad laboral y una fuerza motivacional de la cual carecen las mujeres cuando se integran al mercado de trabajo, pues por el contrario, ellas deben proveérsela a los hombres.

sugiere que la posible frustración de las madres (amas de casa) ocasionada por no ejercer su profesión, es un detonador de los niveles de ansiedad y depresión. Aunque esta investigación no hace una asociación directa entre madres maltratadoras y madres maltratadas por su pareja, proporciona indicios para complejizar el análisis de las situaciones de violencia en el ámbito doméstico desde y hacia distintos actores; no sólo del padre hacia la madre. Aquí surgen varias cuestiones que permiten ir desarticulando enfoques de carácter dualista que colocan a la mujer-madre-víctima, frente a un hombre-pareja-maltratador, Izquierdo (2010) señala que es frecuente encontrar aproximaciones maniqueas en torno a la desigualdad de las mujeres, definiendo a estas como objeto o sujeto de los comportamientos de los hombres.[6]

Las consecuencias por vivir violencia doméstica afectan a las mujeres de diversas formas, desde alteraciones en los hábitos alimenticios y de sueño, sentir miedo y angustia, aislarse de familiares, dejar de estudiar, de ir al médico, de salir o de laborar asalariadamente; hasta intentar quitarse la vida. Cabe señalar que casi un 10% de las mujeres encuestadas ha estado en riesgo de perder la vida. Un total de 514 197 mujeres han sido víctimas de intento de homicidio, es decir, un 5.1% y 424 212 mujeres han intentado quitarse la vida, lo que equivale al 4.4% (*INEGI*, 2007).

Una precisión importante es que la violencia ejercida contra las mujeres constituye uno de los principales problemas que afectan la salud de aquellas que se encuentran en edad fértil. En la Ciudad de México se reportó que 38% de los años de vida saludable perdidos entre las mujeres se debe a la violencia que se ejerce en su contra *(ENVIM, 2006)*.

[6] También define otros aspectos que suelen caracterizar el estudio de la situación social de las mujeres: a) prestar demasiada atención a las diferencias entre hombres y mujeres; b) el concepto de desigualdad se emplea frecuentemente de manera descriptiva; c) el concepto de género se utiliza como sinónimo de sexo y d) es poco común el uso de las categorías mujer/hombre de forma relacional.

Desde luego, el escenario que se presenta para una mujer que atenta contra su vida, puede ser muy complejo y quizá es poco factible identificar una sola razón que explique tal decisión, en los casos de mujeres que viven violencia doméstica; sin embargo, hay indicios de la dificultad que enfrentan las mujeres que han buscado por diversas vías, salir de su situación de violencia. Según los resultados de una investigación sobre los procesos de separación que llevan a cabo mujeres que viven violencia doméstica (López y Meléndez, 2006), las parejas de éstas realizan acciones de manipulación –en ocasiones buscan aliarse con los hijos- para vengarse de las mujeres o castigarlas, las amenazan con suicidarse o con privarlas de la vida. La manipulación causa culpa en las mujeres principalmente por los mandatos sociales que las constriñen a permanecer con su esposo y anteponer el "bienestar" de sus hijos/as. Estudios como este aportan información relevante que refuerza el conocimiento que se tiene sobre las formas de violencia que ejercen los hombres cuando las mujeres toman decisiones que desafían la autoridad y el control masculinos, específicamente cuando deciden alejarse de su agresor. Y ¿qué sucede con las hijas/os en los casos de separación de la pareja?, ¿cómo viven dicho proceso?, si las hijas/os suelen ser manipulados por el padre para doblegar la voluntad de la madre, ¿son violentados de otras formas?

Como es sabido, la violencia doméstica también afecta a las hijas e hijos de estas familias, independientemente si la pareja se encuentra o no en un proceso de separación.[7] Estudios realizados en años recientes se ocupan de conocer el impacto en la salud psicológica de las hijas e hijos de madres violentadas. Una investigación realizada por Reyes (2007), encontró una asociación entre la presencia del Trastorno por Déficit de Atención

[7] Echeburúa (2007) señala que los/as hijos/as pueden desarrollar no sólo algunos síntomas por estar sometidos a la violencia crónica del padre hacia la madre, como: problemas alimenticios, bloqueo de emociones, terrores nocturnos, estrés, ansiedad y sentimientos de culpa; sino también favorece en las niñas/os el aprendizaje de conductas violentas.

Hiperactiva (TDAH) y la violencia hacia la madre. Otro estudio (Moreno, 2010) realizado con personas de entre 13 y 18 años que presentaban depresión, encontró por un lado, que el antecedente de abuso sexual[8] se encuentra relacionado con la depresión y con el intento suicida en las/os adolescentes. Por otro lado, el antecedente de abuso sexual y el maltrato severo a la madre, fueron reportados con mayor frecuencia entre aquellos adolescentes que intentaron suicidarse. Cabe mencionar que un 90% de los/as adolescentes de la muestra con intento suicida eran mujeres. Hay que recordar que las madres han sido culpadas y cuestionadas en algunos estudios sobre el tema del abuso sexual, pero "existe cada vez más evidencia de que cuando las madres están incapacitadas de alguna manera, los niños/as son más vulnerables al abuso"[9] (Finkelhor, 1984, citado en Huacuz, 2009: 93).

En un estudio realizado en una comunidad rural de Michoacán, entre otros hallazgos Huacuz (2009) identificó que existen factores inhibidores internos en las madres que saben de la existencia de violencia sexual incestuosa hacia sus hijas/os y sin embargo, no lo denuncian. Dichos factores están vinculados con el ideal de feminidad y con la construcción de la identidad femenina como: el amor romántico, el matrimonio heterosexual, la familia, la bondad de las mujeres, etc. La autora a través de su análisis desde la teoría de la complejidad, logra remover los mandatos que encubren delitos de violencia sexual incestuosa infantil. Dichos

[8] El instrumento de medición empleado en dicho estudio para la detección del antecedente de abuso sexual ("Cuestionario de antecedente de abuso sexual") únicamente buscaba determinar si las/os adolescentes habían sido o no abusados sexualmente, por lo que las preguntas empleadas fueron directas y cerradas, sin indagar más detalles sobre el vínculo que existía entre el agresor y la víctima, es decir, no se aclaró si la agresión fue cometida por un familiar, conocido/a, amigo/a, desconocido/a, etc.

[9] Aunque la cita de Finkelhor no especifica si se trata de abuso sexual por parte de familiares, personas cercanas o desconocidos, el contexto de la investigación realizada por Huacuz, si refiere claramente a situaciones de abuso sexual infantil incestuoso.

mandatos están construidos por el silencio cómplice, no sólo de la madre, sino de la comunidad y de servidores/as públicos/as.

En este sentido el ideal de feminidad que establece ciertas características deseables en una mujer como la obediencia, exige a éstas el tratar de hacer coincidir la imagen de sí mismas, con el modelo de mujer prescrito. Este esfuerzo por ajustarse a lo esperado socialmente, constituyó la hipótesis de una investigación que se realizó en el Estado de México con mujeres de una comunidad campesina (González, 1994). Los resultados de este estudio revelaron que el valor otorgado a la maternidad como función primordial de las mujeres no ha cambiado, sin embargo, se detectaron cambios con respecto a las expectativas, el significado de tener hijos y la forma de educarlos.[10]

Por otra parte, se sabe que el 18.4% de las denuncias que interponen las mujeres contra su pareja, son motivadas por la violencia física o sexual vivida y un alto porcentaje, es decir, un 81.6% no denuncia por diversas razones. De acuerdo con las cifras arrojadas, las razones por las que una mujer argumenta no denunciar hechos de violencia son diversas, entre ellas las siguientes: por los hijos (23.3%), para que su familia no se entere (13.7%), porque él no va a cambiar (12%), porque su pareja la amenazó (3.2%), o bien, porque su familia la convenció de no denunciar (2.4%), (*INEGI*, 2007).

[10] Yanina Ávila (2004) recupera los aportes que tanto en el contexto internacional, como a nivel nacional han realizado algunas investigadoras feministas para desestabilizar la noción construida y tan arraigada en torno a la figura de la madre abnegada, cuestionando así, la consigna *naturaleza es destino.* En otro de sus artículos titulado "Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres", la autora nos ayuda a repensar el ejercicio de la maternidad como una posibilidad que no todas las mujeres están dispuestas a elegir, es decir, que se están dando cambios en la construcción de la identidad femenina, la cual no tiene como eje primordial el ser madre. Aunque lo anterior no es una generalidad, si nos da indicios de algunos factores que pueden incidir en una construcción de la identidad femenina distinta, como: grado de escolaridad, situación laboral y también se habla de una capacidad individual de decisión, todo ello considerando otros aspectos relacionados con la historia de vida.

Es importante mencionar que se han llevado a cabo diversos estudios que dan cuenta de algunas alternativas existentes para mujeres en situación de violencia doméstica como los grupos de trabajo que desencadenan procesos de reflexión[11], tal es el caso de una investigación realizada por González (2006) en el que la autora identificó que la principal fortaleza de esta forma de intervención es el sentido del humor como un componente indiscutible de la capacidad resiliente de las mujeres del grupo estudiado.

Por su parte Julián (2010) en su estudio con mujeres que asistían a terapias grupales a una institución pública, concluye que por un lado, es importante priorizar la reconstrucción de la identidad de las mujeres a partir del análisis de la estructura patriarcal y que por otro lado, se requiere dar seguimiento continuo a los procesos grupales de las mujeres lo que permitiría conocer los impactos reales en la vida de ellas y sus familias. Aunque mi investigación no busca medir el impacto de las terapias grupales en la vida de las mujeres y sus familias, es preciso señalar que investigaciones como la de Julián (2010) no carecen de importancia pues dibujan líneas de investigación que hasta ahora parecen ser poco exploradas, como la incidencia de los modelos de atención grupal en la cotidianidad de las mujeres.

Otra investigación que indaga sobre las acciones encaminadas a romper las situaciones de violencia doméstica (Alfaro, 2001), concluye que los grupos terapéuticos de

[11] El trabajo a partir de grupos, se podría clasificar en tres grandes líneas: a) los que emplean un modelo de ayuda mutua (Alcohólicos Anónimos, Neuróticos Anónimos); b) los que reciben ayuda, es decir son asistidos o patrocinados (terapéuticos, tipo clubes, de trabajo, de discusión) y c) los que siguen un modelo de autoayuda (por ejemplo, el grupo para mujeres en situación de violencia de Apis), en (González, 2006). Dichos modelos de trabajo son implementados tanto por instituciones públicas como parte de los servicios que presta el estado, así como por organizaciones de la sociedad civil.

mujeres que acuden al “Centro Integral de Atención a la Mujer”[12] parecen tener mejores expectativas (en comparación con las que no acuden) en torno al mejoramiento de sus condiciones en relación con la violencia que viven, lo cual podría deberse según la autora, al respaldo que perciben por parte de la institución a través de los grupos de apoyo.

Las investigaciones realizadas por González (2006), Julián (2010) y Alfaro (2001) son relevantes para el presente estudio porque recuperan parte de las estrategias que las mujeres ponen en marcha, para salir de las situaciones de violencia doméstica en las que viven, como el buscar apoyo en instituciones o asociaciones que brindan servicios psicológicos y legales y contribuyen a visibilizar el papel activo que las mujeres juegan en sus procesos de recuperación.

En resumen algunos de los estudios realizados en los últimos años en torno a la violencia doméstica y el ejercicio de la maternidad, podrían agruparse en tres grandes líneas de investigación: a) Aquellos que se centran en reportar el impacto de la violencia doméstica en la salud física, psicológica y emocional de las mujeres y sus hijas e hijos (Reyes, 2007; Moreno, 2010); b) Las que han abordado aspectos relacionados con la violencia que viven las mujeres durante el ejercicio de su maternidad, sobre todo desde las prácticas reproductivas y sexuales (González, 1994; Castro y Ruiz, 2003) y c) Las que de una u otra manera visibilizan las acciones que llevan a cabo las mujeres para modificar las situaciones de violencia doméstica que experimentan (Alfaro, 2001; González, 2006; López y Meléndez, 2006; Julián, 2010). Estas últimas investigaciones enfatizan a las mujeres como sujetos con capacidad de

[12] En el Distrito Federal existen 16 Centros Integrales de Atención a la Mujer ubicados en cada una de las Delegaciones políticas. Dichos centros de atención tienen entre sus objetivos favorecer en las mujeres el ejercicio de sus derechos políticos, económicos y en general el ejercicio pleno de sus derechos humanos.

agencia; sin embargo, aún falta abundar y profundizar en el tema de las prácticas de cuidado como parte del ejercicio de la maternidad en contextos de violencia doméstica. Se requiere estudiar las pautas de comportamiento de las mujeres y el cómo se piensan y se viven, en relación con otros miembros de la familia, específicamente desde su papel como cuidadoras.

La presente investigación pretende dar continuidad a estos estudios a partir de una visión no victimizante de las mujeres, que reconozca tanto las estrategias, como el poder que las mujeres pueden ejercer en su vida cotidiana. En este sentido, busco contribuir al análisis de la complejidad del ejercicio de la maternidad a partir de las prácticas de cuidado en contextos de violencia doméstica.

Por lo anterior, en este trabajo analizo la maternidad como uno de los ejes de la construcción de las identidades femeninas y su relación con la violencia doméstica como expresión de las estructuras patriarcales que sustentan y reproducen la desigualdad de poder entre mujeres y hombres. El estudio se realizó con la colaboración de un grupo de madres que en el momento de la entrevista llevaban a cabo un proceso terapéutico[13] dirigido a mujeres en situación de violencia doméstica, en una asociación civil que ofrece este servicio. Cabe resaltar que las investigaciones revisadas, permiten reconocer que el tema del cuidado en entornos de violencia doméstica, ha sido poco estudiado.

[13] Como parte de la estrategia de acercamiento a las mujeres que colaboraron en esta investigación, participé como relatora en las sesiones de reflexión de un grupo de mujeres que viven situaciones de violencia doméstica que acuden a Apis, Fundación para la Equidad, A.C. Las relatorías tienen utilidad para el desarrollo de las sesiones subsecuentes, ya que la facilitadora retoma temas inconclusos, recupera comentarios o preocupaciones específicas de las asistentes, etc. Para la presente investigación las discusiones y reflexiones grupales constituyeron la voz de muchas otras mujeres que en la mayoría de las ocasiones, refuerzan lo dicho por las mujeres entrevistadas sobre temas específicos.

Los objetivos específicos estuvieron dirigidos a: 1) Indagar en torno a los cuidados que recibieron las mujeres en su familia de origen; 2) Averiguar sobre las experiencias que un grupo de madres tiene de la violencia doméstica en la familia de origen y en la nueva familia ; 3) Conocer de qué manera se expresa el cuidado que las madres procuran a sus hijas/os en la familia que conformaron en la vida adulta y 4) Analizar y reflexionar en torno al cuidado como una actividad exclusiva de las madres/amas de casa en entornos de violencia doméstica.

La hipótesis central de esta investigación fue que las madres pueden ejercer algún tipo de violencia contra las personas que dependen de sus cuidados, debido a la sobrecarga que representa para ellas el estar designadas como cuidadoras exclusivas en razón de su género, situación que se agrava por la violencia doméstica que ejerce la pareja en su contra.

Y algunas hipótesis específicas derivadas de la anterior fueron: a) El cuidar de otros (hijos e hijas) es una práctica aprendida desde la infancia, pero en contextos de violencia doméstica podría favorecer la reproducción de la subordinación de las mujeres; b) Hay mayores probabilidades de que una mujer que se mantiene en una relación de pareja violenta, haya vivido violencia en su familia de origen; y c) La asignación social de las mujeres como cuidadoras de personas dependientes en contextos de violencia doméstica, puede poner en riesgo su vida y su salud física y emocional, así como la de sus hijas e hijos.

En este trabajo el/la lectora encontrará un primer capítulo en el que recupero algunas de las discusiones teóricas en torno a la violencia doméstica y a las prácticas de cuidado como parte del ejercicio de la maternidad; así como las categorías que resultaron iluminadoras para el análisis de los datos empíricos obtenidos en el trabajo de campo.

En el segundo capítulo expongo el camino y las herramientas metodológicas que hicieron posible la realización del presente estudio de una manera más ordenada y clara. También planteo una serie de preguntas obligadas, relativas a la ética en las investigaciones cualitativas en el tema de la violencia doméstica. Los criterios que involucran cuestiones metodológicas, estuvieron orientados hacia el entendimiento y a la reconstrucción de experiencias individuales; así como a reconocer la fiabilidad y autenticidad del decir de las mujeres como una forma válida de acercamiento a sus realidades cotidianas; todo ello desde una postura feminista que parte de una premisa básica: la relación de desigualdad y jerarquía prevaleciente en las relaciones entre mujeres y hombres.

En el tercer capítulo por un lado, hago una breve reconstrucción de las historias de vida que cada una de las mujeres entrevistadas compartió conmigo. Por otro lado, a partir de los datos empíricos que arrojó este estudio, abordo la infancia de dichas mujeres, como una etapa de vida en la que a través de los procesos de socialización aprendieron a procurar cuidados, no sólo hacia sus hermanas/os menores, sino también hacia su madre y su padre, bajo un mandato de género que establece que el ser para otros es parte fundamental de lo femenino socialmente aceptable. No está de más señalar que contribuir a derrocar dicha noción arcaica, es un objetivo implícito de la presente investigación. La lectora encontrará también la percepción de las mujeres en torno a los cuidados que les fueron procurados durante la infancia; así como las situaciones de violencia física y psicológica que presenciaron o experimentaron en su familia de origen.

El siguiente capítulo contiene información empírica sobre las prácticas de cuidado que las mujeres entrevistadas llevaron a cabo en su nueva familia principalmente hacia sus hijas/os. Además expongo fragmentos (algunos muy impactantes, indignantes y en momentos

increíbles), de los relatos de las mujeres sobre los distintos tipos de violencia doméstica que sus parejas ejercieron en contra de ellas y de sus hijas e hijos. Finalmente presento situaciones de violencia en que algunas de ellas como madres se convirtieron en agresoras de sus propias hijas/os.

En el último capítulo planteo algunas reflexiones en torno a la madre/ama de casa en relación al rol de cuidadora asignado socialmente y las estrategias que las mujeres entrevistadas implementaron para el cumplimiento de dicho rol tomando en consideración la ausencia y nulo involucramiento del padre en las tareas de cuidado hacia las hijas/os. Finalmente abordo las acciones que llevaron a cabo para mitigar, evadir o terminar con la violencia doméstica en la que ellas y sus hijas/os se encontraban inmersas/os y las problemáticas de salud física y emocional que éstas/os presentaron en el marco de dicho entorno familiar violento.

## CAPÍTULO I. APROXIMARSE A LA VIOLENCIA DOMÉSTICA… CON CUIDADO

### 1. La división sexual del trabajo y el cuidado de las personas dependientes

En términos del análisis y discusión teórica en torno a la relación entre las prácticas de cuidado y la violencia doméstica, se puede hablar de aportaciones que han venido a modificar la forma de abordar dichas problemáticas. Por ejemplo, algunas autoras han cuestionado la tendencia a generar discursos victimizantes sobre las mujeres que viven violencia por parte de su cónyuge, que colocan a la mujer como víctima pasiva y al hombre como sujeto activo y agresor de ésta (Izquierdo, 2004), dichos discursos observan a la mujer únicamente como víctima de la violencia de su pareja, pero dejan de lado el potencial que las mujeres tenemos de causar daño a las personas que dependen de nuestros cuidados; autoras como Huacuz (2009) han analizado la complejidad de la violencia que viven las mujeres y sus hijas e hijos en los entornos familiares y cómo estas situaciones impactan y se ven afectadas por el entorno comunitario; de igual forma se ha puesto sobre la mesa el tema de la direccionalidad y normalización de la violencia (Saucedo, 2004).

A continuación hablo sobre la división sexual del trabajo y el cuidado de las niñas, niños y personas dependientes (Izquierdo, 2004), por tratarse de una de las discusiones más importantes para este estudio, en tanto que constituye el punto de partida hacia la reflexión y la discusión teóricas de la información empírica obtenida durante el trabajo de campo.

Recupero esta discusión de los planteamientos realizados por Ma. Jesús Izquierdo orientados hacia una política democrática del cuidado, en donde plantea que la división sexual del trabajo no es sólo un modo de producción, sino que constituye en sí mismo un mecanismo básico de socialización. En este sentido “las actividades designadas como femeninas van

encaminadas a la satisfacción directa de las necesidades humanas, los bienes o servicios que producen tienen un valor que se manifiesta en el uso y se mide por la satisfacción que proporcionan" a diferencia de las masculinas en las que "el valor de lo producido se realiza cuando el producto de un trabajador se intercambia por el de otro trabajador, y la unidad de medida es el dinero el cual adquiere la cualidad de equivalente universal" (Izquierdo, 2004: 8)

Izquierdo parte de la idea de que las personas nacemos y nos desarrollamos en un contexto de relaciones de dependencia que demandan cuidados en función de nuestra edad, capacidad física o psíquica e incluso, de nuestra disposición de tiempo para ocuparnos o no de determinadas actividades de cuidado de nuestra propia persona y de quienes dependen de nosotras/os, por lo que resulta cuestionable la idea del individuo como ciudadano libre, autónomo y autosuficiente. Noción prevaleciente en sociedades que se asumen como modernas y democráticas. Pero ¿qué relación tiene el tema del cuidado con la noción de individuo y a su vez con la idea de ciudadanía libre?

Al respecto Izquierdo apuntala una de las discusiones más importantes que desde la producción teórica feminista de los últimos años, se ha dado en cuanto al tema del cuidado/maltrato como elementos para una crítica a la división sexual del trabajo, la cual "construye la subjetividad femenina orientada al cuidado, a la conexión con los demás, a la disposición a satisfacer las necesidades ajenas" (Izquierdo, 2004: 2).

El cuidado entendido como una actividad "propia de las amas de casa" responsables de la infraestructura doméstica, abarcaría todas aquellas actividades no remuneradas de limpieza, orden y alimentación, orientadas a satisfacer las necesidades de las personas dependientes de la familia, es decir, de las hijas e hijos, así como de las personas enfermas,

ancianas y discapacitadas. Desde luego, la pareja goza de todos los cuidados y servicios que requiere -y que el ama de casa le procura- para ejercer su rol masculino de provisión, protección y cura; las cuales además le confieren el estatus de ciudadano libre e independiente a diferencia de la mujer, que juega un papel de extensión del varón, adulto de la familia (Izquierdo, 2004). Cabe cuestionarse qué sucede con las mujeres que además de llevar a cabo todas aquellas actividades de la infraestructura doméstica, es decir, que se ocupan de ser amas de casa exclusivamente, desarrollan un trabajo asalariado fuera de casa.

En concordancia con una postura no victimizante sobre las mujeres, la autora habla también sobre los costes que tiene el ser hombre, en tanto que "la posición pública del hombre va acompañada del extrañamiento de los hijos e hijas, de una sobrecarga de responsabilidad por el mantenimiento de la familia (…) se apropian de un patrimonio cuando se funda una familia, su otra cara es que con el divorcio se les expropia de algo que al casarse consideraban suyo" (Izquierdo, 2010: 118).

Las amas de casa confinadas al ámbito de la vida privada, sin reconocimiento o retribución económica por las tareas desempeñadas y privadas del estatus de ciudadanía, se ven forzadas a procurar cuidados a las personas dependientes que conforman la familia, la pregunta es ¿cómo logran cuidar de otros cuando ellas mismas se encuentran en una situación de desventaja, subordinación y falta de cuidado de sí mismas?

Si a una distribución del trabajo y de responsabilidades tan inequitativa, desventajosa y sin reconocimiento para las mujeres, le agregamos como telón de fondo la violencia cotidiana en la que se encuentran inmersas muchas amas de casa, podemos tener una idea clara a cerca del grado de frustración y sobrecarga de trabajo que experimenta en tanto que "está a

disposición de cualquiera que quiera absorber de ella no simplemente alimento y atención, sino la propia vida, que orientada a los demás se vive como agotada" (Izquierdo, 2004: 13).

Dicha autora ha cuestionado la asepsia con la que algunos discursos feministas han tratado el tema de las mujeres como "víctimas pasivas" de la violencia que ejercen los hombres, dejando de lado su potencial capacidad de maltrato hacia las personas que se encuentran a su cargo:

> Por qué cuando se habla de la violencia de género, sólo se toma en consideración el ejercicio de la violencia por parte de los hombres. Pensamos que de ese modo favorecemos a las mujeres cuando lo que hacemos es perpetuar su papel como cuidadoras de la sociedad y de sus miembros (…) en una sociedad sexista, en que las prácticas sociales conducen a la muerte civil de las mujeres dado que no cuentan, nos guardamos mucho de decir que las mujeres pueden ser dañinas en sus relaciones (Izquierdo, 2004: 34).

El señalamiento de Izquierdo es importante porque descubre una cara de la problemática que se ha querido obviar, por desagradable o quizá porque se desea mantener la ficción de que en la vida cotidiana las mujeres somos bondadosas e incondicionales. Si se acepta que las mujeres también podemos causar daño en la realización de las tareas de cuidado socialmente asignadas, ello abre la posibilidad de cuestionar desde otro sitio, la división sexual del trabajo y denunciar sus efectos tanto en las mujeres como cuidadoras designadas, así como en las niñas, niños y ancianos a su cargo en el espacio doméstico. Además este reconocimiento implicaría que "sería una exigencia social inexcusable sacar de la esfera privada las tareas de cuidado y convertirlas en una cuestión pública, en un problema social" (Izquierdo, 2004: 34-35).

Cabe mencionar que existen dos tendencias en las discusiones respecto al cuidado y su asociación con el género femenino. Por un lado, hay una tendencia a establecer una asociación estrecha entre el cuidado y el género, por ser la actividad que realizan las mujeres

así como porque supuestamente la realización de este trabajo implica tener o desarrollar ciertas cualidades, “propias de las mujeres”; por otro lado, hay quienes están en contra de reivindicar la ética del cuidado como femenina, considerando que dicha actividad, lejos de ser únicamente beneficiosa, también puede causar daños (Izquierdo, 2004: 27).

Considerar la discusión en torno al cuidado/maltrato en la presente investigación ha sido de vital importancia para examinar las vivencias de violencia doméstica en relación al ejercicio de la maternidad en la historia de vida del grupo de mujeres que colaboraron en la misma. Por lo anterior he recuperado no sólo aquellas prácticas que las mujeres realizan como parte de sus actividades diarias, como la preparación de alimentos, la limpieza de la casa, de la ropa y la higiene de sus hijas/os, que de acuerdo al mandato social deben realizar como madres; sino aquellas que pueden resultar dañinas, tanto para ellas, como para las personas que se encuentran a su cargo, como por ejemplo: el castigo corporal, la negligencia y la violencia psicológica.

También incluí la violencia que es ejercida hacia las mujeres por parte de su cónyuge y que está relacionada con las actividades de cuidado/maltrato que éstas llevan a cabo, ya que como quedó anotado en la introducción de este trabajo, diversas formas de violencia doméstica tienen como excusa el incumplimiento de las labores que tanto ellas como sus parejas asumen como una responsabilidad exclusiva de las mujeres –no por ello vivida con agrado- por ejemplo, tener la comida y el quehacer listos (INEGI, 2007).

El siguiente apartado se conforma de las categorías que sirvieron de hilo conductor para el análisis de la información empírica y sin las cuales, la lectura del problema de investigación que motivó esta tesis, sería fragmentaria y quizá desvinculada de las

condiciones socioeconómicas y culturales (vigencia de patrones culturales patriarcales) en las que se desarrollan y se construyen día con día las mujeres/madres de clase media/media baja, en una de las ciudades más pobladas del mundo, el Distrito Federal.

## 2. Categorías de análisis

Para lograr una aproximación que ayude a dimensionar a las madres como mujeres insertas en un contexto de relaciones de poder jerarquizadas, he retomado las siguientes categorías de análisis: género, patriarcado, violencia de género, violencia doméstica, maternidad y cuidado.

### 2.1. Género[14]

El interés en el género como categoría de análisis, es relativamente reciente. Fue Gayle Rubin (1986) teórica, feminista, anglosajona, quien introdujo el concepto en su formulación crítica al marxismo clásico, el cual como teoría de la vida social, era insuficiente para dar cuenta de la opresión sexual de las mujeres. La autora propone lo que denomina un "sistema de sexo/género" para referirse al "conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas" (Rubin, 1986: 97).

Según Joan Scott algunas de las teorías sociales formuladas durante el siglo XVIII se basaron en analogías a la oposición hombre y mujer, otras hablaban de la "cuestión de la mujer" e incluso plantearon la formación de la identidad sexual subjetiva, sin embargo, es

[14] Retomo el concepto de género de Scott (1999), el cual podría resumirse de la siguiente manera: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y se expresa en los símbolos culturalmente disponibles y conceptos normativos prescritos por doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas; que definen el significado de varón y mujer, de masculino y femenino.

hasta finales del siglo XX, cuando la categoría de género aparece en los abordajes teóricos sobre las relaciones sociales o sexuales (1999: 57).

Aunque en sus inicios el carácter reivindicativo y de denuncia de la apuesta feminista al emplear el concepto de género buscaba evidenciar la falta de cuerpos teóricos que explicaran la desigualdad entre hombres y mujeres (Scott, 1999: 57), el desarrollo del concepto de género a través del tiempo ha devenido en un uso distinto de aquel para el que fue introducido en el debate teórico feminista de los años setenta. A partir de la década de los ochentas e incluso hasta la fecha, el concepto se ha empleado como sinónimo de "mujeres" o bien, es utilizado para dar un carácter de seriedad, neutralidad y objetividad académica. El uso del término incluso, ha sido entendido como parte de un proceso en la búsqueda de legitimidad académica desde las estudiosas feministas (Scott, 1999).

Quizá el conflicto no estriba en la búsqueda de legitimidad en sí misma (o quizá sí, dependiendo de la corriente feminista de la que se trate), sino en el potencial que ha perdido el concepto, para señalar la desigualdad de poder y su capacidad enunciativa, nombrando al bando oprimido. No es lo mismo hablar de "mujeres" que hablar de "género", "el término <<historia de las mujeres>> proclama su política al afirmar (contrariamente a la práctica habitual) que las mujeres son sujetos históricos válidos, "género" incluye a las mujeres sin nombrarlas y así parece no plantear amenazas críticas" (Scott, 1999: 42).

Amén de la consideración anterior, el género como categoría de análisis constituyó un componente básico en esta investigación. El análisis de género lo centre en la división sexual del trabajo, es decir, en esta diferenciación de actividades que se hace a partir de los signos corporales asociados al sexo de la persona, masculino y femenino. Me pregunté si la división

sexual del trabajo se reproducía con las mismas características a través de varias generaciones y si dicha división sexual del trabajo había sido transmitida a través de la madre y del padre.

También analicé el proceso por el cual la madre a través de los roles sociales, reproduce en las hijas determinadas nociones en relación a la feminidad y la maternidad, tanto a través del ejemplo, es decir, de su actuar cotidiano; como a través de solicitudes explícitas hacia las hijas con respecto al cumplimiento de comportamientos, actividades y expectativas. Y cómo el padre por su parte, ejerce presión sobre las hijas para el cumplimiento de tales expectativas, comportamientos y actividades, reforzando así la división sexual del trabajo.

Uno de los aspectos del género que pude observar con detenimiento fue su carácter performativo. Analicé la forma en que la madre construye ideaciones sobre qué es ser buena madre y buena mujer, y la manera en que constantemente está intentando ajustarse a la norma, es decir, está performando una norma que de entrada, es inalcanzable.

Esta investigación también aporta información sobre el género como relación; pues analizo la relación de pareja en la que el poder se ejerce de manera extrema en el ámbito doméstico, en este sentido el género se expresa y reproduce en la desigualdad entre el hombre y la mujer. El ejercicio de la violencia se ve como resultado de una relación de poder del hombre/padre, como el “fuerte” del grupo familiar que alcanza e intenta someter no sólo a la mujer/madre, sino también a otras personas “débiles”, que conforman la familia, como las hijas/os, ancianas/os, y discapacitados/as.

## 2.2. Patriarcado

El feminismo y su significativo aporte teórico y combativo constituye un parteaguas al menos en la historia de la humanidad en occidente, ya que estableció las bases para pensar la violencia hacia las mujeres en general y la violencia doméstica en particular, vinculada a un contexto estructural más amplio, basado en un orden patriarcal, "el desarrollo de la teoría feminista y el nuevo conocimiento generado en el campo de los estudios de género autorizan a suponer que el patriarcado es un fenómeno de carácter estructural, constitutivo y constituyente del orden y la reproducción de las sociedades" (Castro y Riquer, 2003: 137).

A inicios de los años setenta, las feministas pertenecientes a lo que se ha denominado la tercera ola, comenzaron a emplear el término patriarcado para hacer referencia al orden moral y político perpetuador de la jerarquía masculina (Valcárcel, 2001). En ese contexto, la mística de la feminidad que representaba el modelo femenino introducido en la posguerra fue definida como ese “malestar que no tenía nombre” ese “estado mental y emocional de estrechez y desagrado, de falta de aire y horizontes” (Valcárcel, 2001: 23), malestar que aún hoy forma parte de las experiencias cotidianas de muchas mujeres.

El concepto patriarcado me fue útil en la presente investigación para pensar y concebir el ejercicio de la maternidad a través de las prácticas de cuidado, como resultado de las formas de relación estructurales de subordinación y desigualdad en que nos encontramos las mujeres respecto de los hombres. Por otro lado, me dio la posibilidad de dimensionar el problema de la violencia doméstica, descolocándolo del ámbito de la vida privada, al dejar en claro que esta problemática no tiene su raíz en características individuales de los sujetos, sino que responde a un contexto más amplio, estructural y estructurante de las relaciones entre los

géneros. Sin embargo, si bien las relaciones entre los géneros están enmarcadas en dicho contexto estructurante, lo cierto es que las mujeres no asumen la norma pasiva e incuestionablemente, sino que manifiestan su capacidad de agencia en su distanciamiento y desafío a la norma en la vida cotidiana.

## 2.3. Maternidad

El abordaje de la maternidad como objeto de estudio desde la antropología social y cultural se ha dado principalmente en el campo de la salud a partir de mediados de los años 80´s (Téllez y Heras, 2004). Dichos trabajos a diferencia de lo que sostienen las teorías esencialistas y universalistas, así como de las posturas que defienden la noción de "instinto materno"; permiten afirmar que en la actualidad la maternidad es asumida de diversas formas en función principalmente del entorno sociocultural y de la construcción de la identidad de cada mujer (Téllez y Heras, 2004: 63).

A partir de trabajos como el de Badinter (1991) sabemos que los significados y las construcciones sociales en torno al ejercicio de la maternidad varían según determinadas épocas y culturas. Esta obra ha significado un gran aporte para desmitificar el "instinto maternal" atribuido a las mujeres, pues a partir de un análisis histórico muestra que el "instinto maternal" o lo que se denominó después como amor maternal, es tan poco natural que es necesario prescribirlo y ordenarlo. Ya desde el siglo XVIII se desarrollaban argumentos "para recordarle a la madre su actividad <<instintiva>>. Habrá que apelar a su sentido del deber, culpabilizarla y hasta amenazarla para hacerla volver a su función nutritiva y materna, supuestamente espontánea y natural" (Badinter, 1991: 116).

El significado y la experiencia de la maternidad varía no sólo de unas épocas y sociedades a otras, sino incluso dentro de una misma sociedad existen factores individuales

como la edad, el nivel socioeconómico, la escolaridad, así como la orientación y las prácticas sexuales y reproductivas, que inciden en que las mujeres vivamos la maternidad de manera diferenciada.

Pero si el ejercicio de la maternidad ha tenido sus variaciones en el transcurso del tiempo, de acuerdo a cada sociedad y según ciertos factores individuales ¿qué características tiene y cómo se define a la maternidad en la época actual en el contexto mexicano? Una de las aportaciones que me resultó muy útil para pensar el ejercicio de la maternidad en el grupo de mujeres entrevistadas es el que propone Sánchez (2003). La autora define la maternidad como la "institución que establece, prescribe y asigna el lugar de madre a las mujeres", dicho lugar se define a partir de la relación social que designa a la madre como responsable de "nutrir, cuidar y atender a un infante. La tarea principal de la madre es la construcción sociocultural del nuevo ser, convertirlo en persona." (Sánchez, 2003: 13). Cabe señalar que la autora distingue la maternidad como institución en tanto que ideológicamente este lugar se define a partir de la relación social que designa a la madre su función nutricia y de cuidado; y el ejercicio de la maternidad a partir del cuidado. Es decir, culturalmente la norma asigna a la madre la tarea de construir socioculturalmente al infante; empíricamente se aspira llegar a la norma, sin conseguirlo a cabalidad.

En este sentido, la maternidad como institución rige y regula la actividad de las madres en términos morales, madre buena vs madre mala. La mujer constantemente está evaluando su trabajo en términos de las normas de la maternidad. Por otro lado, en las experiencias maternales vemos que el ejercicio maternal se desempeña como un trabajo compartido con otras integrantes del grupo de parentesco como son las hijas, las tías, abuelas, etc. Es decir,

que desde la cotidianidad las mujeres nos vinculamos de diversas formas y desde distintos lugares a la norma, de manera que nos permite performar la norma.

Uno de los aportes de esta investigación es que describe la manera en que el trabajo del cuidado es desempeñado por las hijas del grupo doméstico. Lo anterior permite afirmar que el lugar de hija implica el desempeño de actividades domésticas y de cuidado que estaban invisibilizadas, quizá por no ser explícitas.

Considerando los aspectos biológicos, cabe señalar que para la norma cultural de la maternidad, ésta última es un destino inevitable para las personas con cuerpo de mujer, ya que supone una relación de correspondencia entre órganos sexuales femeninos y reproducción de seres humanos. Sin embargo, la capacidad biológica de concebir, gestar, parir y amamantar de la mayoría de las mujeres, no tendría por qué traducirse en muchos de los casos, en una situación desventajosa o desigual para las que deciden ejercer su maternidad.

Algunas de las aportaciones feministas han contribuido a desmitificar aquello que pareciera tan natural y que nos coloca a las mujeres en una posición desventajosa con respecto al cumplimiento de un rol que no está por naturaleza en nosotras, que no constituye la fuente absoluta de nuestras satisfacciones, ni es algo que sea realmente reconocido como un aporte importante a la reproducción de seres humanos.

Un análisis del ejercicio de la maternidad debe considerar y analizar casos específicos de mujeres a la luz de ejes como el origen étnico y la clase, pues evidentemente y este es otro debate desde la teoría feminista, existe una amplia gama de variabilidad en las experiencias de las mujeres y no es posible hablar de una “identidad femenina”, ni de una maternidad

unívoca y estática, sino más bien, en el plano de lo empírico hablamos de identidades femeninas y de maternidades.

Según González (1994) en México prevalece con fuerza la idea de la feminidad expresada a través de la función de la maternidad, a tal grado que incluso se usan los términos mujer y madre indiferenciadamente, aún cuando en la actualidad el ejercicio de la maternidad esté siendo experimentado de diversas maneras. Por fortuna la ecuación mujer=madre ha tenido sus variaciones en tanto que la subjetividad femenina fundada y reproducida en el "ser para otros" se va orientando a un "ser para sí" (Asakura, 2000: 111).

Actualmente en la sociedad mexicana "coexisten mujeres que ejercen la maternidad a partir del matrimonio, sin cuestionar el deseo de ser madres y apegándose a la normatividad de género en cuanto a valores como la virginidad, el amor maternal, la sexualidad para la procreación, junto a mujeres que han cuestionado este modelo de maternidad desde distintas experiencias" (Sánchez, *et. al*., 2004: 55), sin embargo; el desafío a la normatividad por parte de las mujeres que viven sus maternidades de manera distinta al discurso dominante o bien, que eligen no ejercer su maternidad, muchas veces implica para ellas estar al margen de lo que se considera como "natural", estigmatizándolas y ejerciendo sobre ellas una fuerte presión social (Ávila, 2005). Un señalamiento importante en este sentido es reconocer que el sólo cuestionamiento sobre el ejercicio o no de la maternidad constituye ya una modificación a la noción de género como destino y que la maternidad es un tema complejo en el que se conjuntan aspectos biológicos, culturales y psíquicos (Ávila, 2005).

## 2.4. Cuidado

Fue complicado definir para esta investigación a qué me refiero con actividades domésticas y distinguirlo del concepto de cuidado, por lo que cuando me pregunto ¿qué es una tarea doméstica? y ¿qué es cuidado?, una respuesta tentativa sería: hacer la comida es una tarea doméstica. Pero ¿hacer la comida no implica también cuidar de alguien o de sí misma? Preparar el arroz, no es simplemente la realización de una actividad que busca cubrir la necesidad de alimento y entonces me pregunto ¿por qué resulta difícil concebir las tareas que la madre realiza en casa como simples actividades que buscan satisfacer una necesidad biológica? Y pienso que usualmente las actividades que el ama de casa/madre/cuidadora realiza, rebasan con mucho la posibilidad de responder únicamente a las necesidades nutricias, de higiene o de salud, en tanto que benefician de una u otra forma el desarrollo físico, psíquico, profesional, laboral y escolar de los integrantes de la familia, ya que como señala Murillo (1996), cubren tanto las necesidades materiales, como las necesidades afectivas de estos. De las actividades realizadas por las madres que no resultan benéficas, es decir, que producen maltrato hablaré más adelante.

Considero que tanto las actividades denominadas domésticas, como aquellas definidas como de cuidado, están estrechamente vinculadas y la tarea de distinguirlas en la cotidianidad de las mujeres que las realizan, se presenta muy complicada. Sin embargo, para una mejor comprensión e interpretación de los datos empíricos, es preciso hacer un esfuerzo de desarticulación a nivel conceptual. Justamente porque de acuerdo con los hallazgos del trabajo de campo, todas las mujeres entrevistadas otorgan un valor distinto y superior a las actividades de cuidado que tienen que ver con lo afectivo, en contraposición con el valor otorgado en sus relatos a las actividades que tienen que ver con el cuidado en términos

materiales. Por lo anterior, he optado por distinguir las *actividades de cuidado material* de las *actividades de cuidado afectivo*, pues aunque en los relatos frecuentemente una sola actitud o comportamiento contiene ambos tipos de cuidado, en ocasiones éstos pueden presentarse separadamente.

Para este estudio he considerado actividades de cuidado material, como todas aquellas tareas que realiza una madre/ama de casa y que están orientadas a procurar la satisfacción de necesidades básicas de alimentación e higiene, como preparar los alimentos, lavar la ropa o bañar a las/los hijos/as. A diferencia de las actividades de cuidado afectivo que son procuradas por la madre/ama de casa y generan un beneficio emocional o afectivo en las personas que dependen de sus cuidados. Este tipo de cuidado afectivo se relaciona con actividades de esparcimiento y diversión, como los juegos o el salir de paseo.

Recordemos que la distinción hecha en párrafos anteriores es únicamente con fines analíticos, por lo que es preciso señalar que los hallazgos de esta investigación, develan que las actividades de cuidado en general, rebasan el ámbito de lo material y abarcan una serie de actitudes, comportamientos, sentimientos y expectativas, que no tienen que ver exclusivamente con la satisfacción de necesidades nutricias, de higiene, de descanso, etc. Al respecto Murillo señala que "lo doméstico no se estrecha en los límites del hogar, es más una actitud encaminada al mantenimiento y cuidado del otro. De esta manera ampliamos su acepción, que trasciende la serialidad de tareas o la reproducción biológica. En otras palabras, cuando un sujeto no se percibe autorreflexivamente y, en cambio, está atento a cubrir las necesidades afectivas y materiales de otros sujetos" (Murillo, 1996: 9).

Esta actitud encaminada al mantenimiento y cuidado del otro, define en parte a quien es responsable de la infraestructura doméstica, es decir, al ama de casa/madre/cuidadora. En

este sentido la actitud de procurar a otros, ha sido denominada como disposición ética por María Jesús Izquierdo “se desarrolla una disposición de receptividad a las necesidades de los otros, y una gran preocupación por el impacto que se produce en las personas con las que nos relacionamos” (2004: 11) una receptividad que implica anteponer las necesidades de otros a las propias.

Por lo anterior, en la presente investigación hablar de la realización de actividades de *cuidado material*, así como de *cuidado afectivo,* implica hablar de dicha disposición ética (Izquierdo, 2004)

Cuando planteo que existe una *infraestructura doméstica* me refiero a todas aquellas condiciones materiales y las respectivas actividades que se realizan para mantener dichas condiciones y que no necesariamente se dirigen a algún integrante de la familia. La infraestructura doméstica se relaciona con el concepto de *familia fusional* ya que el sostenimiento de la primera, es posible gracias a que los integrantes adultos de la familia, juegan roles complementarios: el hombre quien provee y protege y la mujer quien cuida y nutre (Izquierdo, 2004) Aunque puede presentarse una disposición ética para sostener y hacer funcionar la infraestructura doméstica a través de la realización de actividades de cuidado material, la infraestructura doméstica refiere a condiciones materiales a diferencia de la disposición ética que constituye una acción de una persona específica, el ama de casa/madre/cuidadora, hacia las personas que dependen de sus cuidados materiales y afectivos. La infraestructura doméstica se conforma de inmuebles, espacios, insumos, pero requiere de la acción del ama de casa/madre/cuidadora para ponerse en funcionamiento. La disposición ética dirige sus esfuerzos a sostener y reproducir en la medida de lo posible, a la

primera, además de brindar cuidados materiales y afectivos a quienes se beneficiarán de que esa infraestructura marche correctamente.

Es importante señalar que aunque las actividades de cuidado material y afectivo son indispensables para el crecimiento integral de los miembros de la familia, éstas lejos de ser retribuidas económicamente o de gozar de reconocimiento social, son socialmente depreciadas. Tal como señala Izquierdo (2004) se trata de actividades femeninas cuyo valor está fincado en el uso que se les da y quienes se satisfacen de dichas actividades son otras personas, en este caso las y los hijos; así como el esposo. Al tener un valor de uso y no un valor de cambio, adquieren una jerarquía inferior, en comparación con el trabajo asalariado. Lo anterior es importante pues posibilita una mirada crítica sobre el lugar social –desventajoso- que ocupan las madres en el ámbito doméstico.

Los conceptos abordados en este apartado son clave en esta investigación pues permiten analizar y vincular la división sexual del trabajo y su papel en la reproducción de las condiciones de desigualdad entre mujeres y hombres; así como su relación con uno de los ámbitos en los que las mujeres y las niñas viven violencia por su condición de género: el ámbito doméstico y en muchos casos, las mujeres/amas de casa/madres, también la reproducen hacia las personas que dependen de sus cuidados.

## 2.5. Violencia de género

La discusión en torno a la violencia de género tuvo sus orígenes en el movimiento feminista, el cual sentó las bases para la conceptualización de lo que en un inicio se reconoció como *maltratos domésticos* y que posteriormente sería definido como *violencia de género* (Izquierdo, 2005).

Tal como han señalado Arisó y Mérida (2010), el análisis del pensamiento y los aportes de teóricas feministas como Gayle Rubín, Monique Wittig, Teresa de Lauretis y en particular de Judith Butler, nos da la posibilidad de ir más allá de los aportes iniciales del feminismo los cuales permitieron visibilizar la subordinación histórica y la asimetría de poder entre mujeres y hombres y la violencia que ello implica. La revelación de la existencia de "otro tipo de violencia que sigue estando oculta y que se torna invisible en el marco de una sociedad que utiliza la sexualidad como economía política y que aparece instalada en el marco de un pensamiento heterosexual normativo que oculta los verdaderos límites de la violencia que ejerce" (Arisó y Mérida, 2010) nos ayuda a entender la violencia a la que las personas estamos sometidas aún antes de nacer, en tanto que prescribe a través de un sistema binario de géneros, las posibilidades de ser.

Para esta investigación tomaré como punto de partida la concepción que Arisó y Mérida (2010) retoman de Butler, respecto a la violencia de género, estos autores la resumen de la siguiente manera: "tal modalidad de violencia (…) ya no debiera referirse exclusivamente a la que padecen las mujeres pues, aunque implícita, la violencia de género de la que trata nos afecta a todas y a todos en tanto que, al nacer, se nos impone una identidad con un género que modula y modela nuestro cuerpo sexuado, una identidad que, aunque ficticia, nos obliga a aprender e interpretar, y a representar, un guión prescrito bajo un rol normativo" (2010: 128).

Tal como afirma Izquierdo (2005) es preciso considerar el carácter estructurante de la violencia de género "y denunciar la existencia de un marco patriarcal de relaciones que hace de mujeres y hombres, de las unas y de los otros, lo que somos, y que nos impulsa a hacer lo que hacemos", desde luego no se trata de una relación determinante de la conducta humana en una sola dirección, sino que como señala dicha autora, las relaciones hombre/mujer están

estructuradas por la división sexual del trabajo, por lo que las conductas de hombre y mujer, son en parte inducidas estructuralmente y en parte voluntarias (Izquierdo, 2004). [15] Pensar de esta forma la violencia de género, me permite reconocer que con el ejercicio de la maternidad a través de las prácticas de cuidado, se busca ajustarse al guión prescrito.

## 2.6. Violencia doméstica

A pesar de que diversas autoras han abordado el tema de la violencia doméstica, no existe consenso en cuanto a la definición del concepto. Lejos de considerar lo anterior como una desventaja, en esta investigación he retomado las propuestas de varias autoras, cuyas concepciones se complementan. De tal forma que al final de este apartado propongo la definición que me fue útil como categoría de análisis del ejercicio de la maternidad a través de las prácticas de cuidado en contextos de violencia doméstica.

Existen trabajos que a pesar de centrarse en el tema de la violencia en el ámbito doméstico, emplean una definición muy general. Tal es el caso de Torres quién entiende “la violencia que ocurre en la casa” como un "comportamiento, bien sea un acto o una omisión, cuyo propósito sea ocasionar un daño o lesionar a otra persona, y en el que la acción

[15] Izquierdo (2010) retoma a Raewyn Connell y James Messerschmidt (2005), al distinguir dos combinaciones entre los tipos de masculinidades identificadas por éstos, por un lado estarían las masculinidades hegemónicas, en combinación con las subordinadas, y por otro lado, las masculinidades hegemónicas con las cómplices. Las masculinidades hegemónicas expresan el modo de ser hombre que se valora socialmente, constituyéndose en referente para otros hombres. Si hablamos de la existencia de una combinación de masculinidades hegemónicas y subordinadas (asociadas a los hombres homosexuales), ello implicaría una relación de dominación de las masculinidades hegemónicas sobre el conjunto de mujeres y sobre las masculinidades subordinadas, lo cual, genera la posibilidad de una política de alianzas, señala la autora. La segunda opción compuesta por la combinación de masculinidades hegemónicas y cómplices (que se benefician de la opresión aunque no opriman directamente al conjunto de las mujeres), nos habla de una dominación directa e indirecta del conjunto de hombres, sobre el conjunto mujeres.

transgreda el derecho de otro individuo" (2001: 29), en cualquier caso se trata de un comportamiento intencional.

Aunque si bien es cierto, que cualquier comportamiento que violente los derechos humanos de las personas es imputable, para una definición más precisa de lo que se entiende por violencia doméstica, son necesarias algunas consideraciones. Por ejemplo, hay que recordar que aunque el ámbito doméstico está permeado por la forma como están socialmente estructurados los géneros y las relaciones de poder entre hombres y mujeres, -es decir, no se trata de una burbuja asilada del entorno social- se habla de violencia doméstica precisamente porque es en ese contexto espacio-temporal en el que ocurre. De lo anterior se desprende una segunda consideración y es que dichos actos u omisiones, tienen lugar entre personas que no se encuentran en igualdad de condiciones (género, edad) con respecto al acceso a los recursos y al poder, por lo que, sin descartar la multidireccionalidad de la violencia, ésta tendencialmente estará dirigida de los hombres a las mujeres, sus hijas/os y otros miembros de la familia.

La definición que emplea Torres (2001), presenta además otro inconveniente al considerar que un comportamiento, acto u omisión, sólo puede considerarse violento si es *intencional*, de esta forma, deja fuera un tipo de maltrato hacia niñas, niños, personas ancianas o minusválidas; que por sus características podría o no ser considerada como violencia, dependiendo del contexto socioeconómico y cultural de los padres, me refiero a la negligencia[16].

[16] La negligencia hablando de infantes puede ser de dos tipos: emocional y física. La primera ocurre cuando en el niño no son cubiertas sus necesidades de sentirse amado, deseado, seguro y valioso. La negligencia física implica no cubrir todas aquellas necesidades físicas o biológicas de la niña o niño por parte de sus padres o cuidadores (Azaola, 2007: 39).

Especificar de manera operativa a qué tipo de violencia me refiero (violencia intrafamiliar, violencia familiar, abuso conyugal o maltrato a mujeres) es importante porque cada una de estas formas incluye a algunos actores (mujeres, hombres, menores, minusválidos y adultos mayores) y excluye a otros, los cuales pueden ser tanto receptores como ejecutores de la misma (Valdez, 2004: 428).

Considero que lo anterior me permite acercarme de mejor manera hacia la comprensión de la complejidad de las relaciones de violencia que se viven en el entorno doméstico. En éste sentido, Welzer-Lang anota que "Es probable que descubrir categorías particulares de personas maltratadas nos permita afinar nuestros análisis sobre los efectos en cascada de la utilización de modalidades de violencia doméstica, antaño bien guardadas en el secreto de lo privado" (2007: 156). Una consideración como esta, posibilita pensar la violencia doméstica como una compleja red de relaciones de poder y evitar caer en apreciaciones dicotómicas, simplistas y unidireccionales en el análisis del fenómeno.

Una definición de violencia doméstica, debe evitar ambigüedades y considerar todas las formas y tipos de violencia que se experimentan en el ámbito doméstico, en el vaivén de las interacciones personales. Principalmente aquellas interacciones en las que las madres, como responsables de la infraestructura doméstica (Izquierdo, 2004) pueden ejercer diferentes tipos de violencia hacia las personas que dependen de sus cuidados. Sin embargo, además de definir quiénes son ejecutores o receptores de la misma, es necesario preguntarse cómo y por qué se están dando estas relaciones, en las que el ejercicio de poder, no necesariamente es unidireccional, ni toma una única forma en la figura masculina dominante.

Por lo anteriormente expuesto, retomo a Saucedo quién sostiene que el concepto de violencia doméstica "define el entorno donde se da el fenómeno y abarca todas sus modalidades cotidianas crónicas: mujeres golpeadas, niños maltratados y ancianos o minusválidos violentados. Las formas que toman estas agresiones son muy variadas e incluyen violencia psicológica, física y sexual" (2004: 65-66). La autora plantea que además de definir el entorno (o contexto) donde este tipo de violencia ocurre, es preciso considerar que "dado que al interior de la familia o del espacio doméstico de convivencia se reproducen las jerarquías asignadas a los roles de género, edad y preferencia sexual predominantes en la sociedad, las actitudes agresivas y violentas van del <<fuerte>> hacia el <<débil>> del grupo por lo que la reproducción de jerarquías sociales en el entorno doméstico hace que el agresor sea predominantemente un hombre y las víctimas mujeres" (Saucedo, 2004: 65-66, retomado de Saucedo, 1995).

Este concepto es criticable[17] pues según la misma Saucedo "no incluye los actos de omisión relacionados con la atención o cuidado, ni los actos que limitan o niegan el acceso y uso de recursos económicos para la supervivencia" (2004: 67), lo cual es de vital importancia en la presente investigación dada la centralidad del cuidado.

El concepto de violencia doméstica empleado por Huacuz (2009), retoma parte de la propuesta anterior e integra el aspecto económico que no había sido considerado por Saucedo. En este sentido Huacuz señala que la violencia doméstica es aquella que incluye

[17] Según Saucedo (2004), este concepto intentó operacionalizar las definiciones que se habían generado hasta el momento desde el feminismo en los espacios de democratización, ciudadanía y derechos humanos en el país.

"todas las modalidades crónicas de agresión[18] y/o abuso en el entorno existencial (mujeres golpeadas, niños maltratados y abusados sexualmente, ancianos o minusválidos degradados emocionalmente, entre otras)" (2009: 15), en sus diferentes manifestaciones: psicológica, económica, física y sexual en diversas combinaciones (Saucedo *et. al*., 1996) citada en Huacuz (2009). Una de las modalidades a que se refiere Huacuz es la violencia conyugal "en la que se engloban las formas de los hechos violentos que ocurren, de manera constante, en una pareja erótico-afectiva" (2009: 15).

En ambas concepciones (Saucedo, 2004 y Huacuz, 2009) la violencia doméstica es considerada como tal en su carácter de *cronicidad.*[19] Este aspecto característico de la violencia doméstica, no es el único que me interesó considerar, puesto que para esta investigación un acto u omisión no necesariamente deben ser habituales u ocurrir de tiempo atrás para ser considerados violentos.

El concepto de violencia doméstica como categoría de análisis que he empleado en este estudio, está formulado a partir de las definiciones propuestas por Saucedo (2004) y Huacuz (2009), e incluye todo acto u omisión que ocasione un daño físico, psicológico, verbal, económico, sexual y patrimonial[20], sea éste intencional o no, crónico o no y que ocurra en el espacio-temporal doméstico, expresado principalmente en actitudes agresivas y violentas que

[18] Según Izquierdo (2011) la violencia se diferencia de la agresión en tanto que la primera es un medio, por lo que tiene un carácter instrumental, aunque el objetivo no sea necesariamente causar daño, por ejemplo, señala la autora, se puede violentar una puerta para abrirla. A diferencia de la agresión, rasgo constitutivo de los seres humanos que deriva en actos que dañan a otras personas como: herir, golpear o atacar. En este sentido, la agresión forma parte de la violencia de género, aunque no toda la violencia de género está constituida de agresiones propiamente dichas.

[19] Crónico: dicho de una enfermedad (larga); de una dolencia (habitual); de un vicio (inveterado); que viene de tiempo atrás. Tomado de Diccionario de la Lengua Española, Vigésima segunda edición. Web: http://buscon.rae.es/

[20] En el ámbito doméstico ocurren varios tipos de violencia, ésta puede darse en distintas etapas de la vida de las mujeres y también puede presentarse en diversos grados, ver Banda, 2007; Valdez, et. al., 2006.

van del “fuerte” hacia el “débil” del grupo. Aunque si bien es cierto que como afirma Saucedo (2004) la violencia que ocurre en el ámbito doméstico expresa y reproduce las jerarquías sociales en las que el agresor es predominantemente un hombre y las víctimas mujeres, también es cierto, según los resultados de esta investigación, que las niñas y niños, como integrantes “débiles” del grupo, son violentados no sólo por quién es considerado el “fuerte” del grupo, es decir, por el padre; sino que en dichas interacciones interpersonales, se descubre otra persona “fuerte” ante las hijas e hijos, que es la madre, quien también ejerce algún tipo de violencia en contra de éstos, quienes dependen de sus cuidados.

## CAPÍTULO II. INDAGAR SOBRE EL CUIDADO Y LA VIOLENCIA DESDE LA MEMORIA, EL HABLA Y LA ESCUCHA ATENTA

"Método, el camino. Metodología, reflexión sobre el camino" (Galindo, 1998: 26).

### 1. La elección del camino

El interés y la aproximación que las y los investigadores sociales tenemos sobre temas específicos, están mediados inevitablemente por factores como el género, el origen étnico, la clase y la edad; así como por los sucesos que le dan particularidad a nuestra historia personal en un tiempo y un contexto socioeconómico y cultural determinado.[21]

Esta investigación no fue la excepción, pues mi deseo de profundizar en el tema de la maternidad a partir de las prácticas de cuidado y la violencia doméstica, surgió de cuestionar diversas experiencias personales, principalmente relacionadas con el ejercicio de la maternidad. De igual forma los aprendizajes e inquietudes generados al realizar trabajo con mujeres, niñas, niños y población indígena, estimularon mis incursiones bibliográficas y empíricas sobre el tema.

La decisión de trabajar con mujeres y sus experiencias como madres que viven violencia doméstica desató un sinfín de interrogantes que resultaron claves a la hora de elegir el camino y reflexionar respecto del mismo para esta investigación. De tal manera que me fue imposible evadir preguntas tales como: ¿de qué manera puedo acercarme a una madre que vive situaciones de violencia doméstica, sin ser intrusiva o sin que ella se sienta lastimada?, ¿cómo espero que ella exteriorice parte de su historia de vida, cuando esta puede ser

[21] Lidia Fernández señala que la problematización que elaboramos no es independiente de las condiciones históricas o del momento de reflexión por el que cada ciencia atraviesa, lo anterior incide en cómo, cuándo y en qué condiciones de posibilidad se construyen los problemas de investigación (Fernández, 1998).

profundamente dolorosa e incluso indecible?, más allá de que las madres reconozcamos que ejercemos violencia contra las personas que dependen de nuestro cuidado, ¿cómo indagar las razones y circunstancias que motivan un comportamiento violento de las madres hacia sus hijos e hijas?, ¿cómo manejar la reacción inesperada de una madre cuando en la entrevista tocamos temas que pueden alterarla o provocar que rompa en llanto?, ¿qué hacer con mi propia reacción y las posibilidades de identificación o no, de la historia de aquella mujer con mi propia historia de vida?, ¿cómo mantener el equilibrio entre una actitud "rigurosa" y una postura humana frente a la investigación? y ¿cómo hacer coincidir a la investigadora social con un interés legítimo por un tema de investigación, con la mujer con una innegable historia, subjetividad y emociones; sin ser considerada poco "objetiva"?.

Estas y otras cuestiones orientaron la búsqueda de una metodología acorde a los objetivos de esta investigación, tomando en cuenta aspectos clave que revelan tanto una perspectiva teórica frente al tema de interés, como un posicionamiento frente a la propia investigación: a) la maternidad como una institución que establece, prescribe y asigna el lugar de madre a las mujeres y que regula las actividades maternales y las califica en términos morales (buena madre-mala madre); b) la violencia doméstica como una de las formas de reforzar y reproducir la desigualdad prevaleciente de unos sobre otras; c) el carácter ambivalente del ámbito doméstico, como un lugar de procuración de cuidados hacia las hijas e hijos y también como un lugar de riesgo para éstos; d) la implicación de la investigadora[22] y e) el componente humano de las investigaciones sociales.

[22] La perspectiva de investigación que propongo, desde la modalidad cualitativa sugiere reconocer y retomar la subjetividad de la investigadora y su implicación en todo el proceso en tanto que se considera que ilumina diversos aspectos del proceso (Devereux, 1995 citado en Baz, 1999).

Cabe recordar que este estudio se centró en conocer la relación existente entre las prácticas de cuidado, como parte del ejercicio de la maternidad y las experiencias de vivieron violencia doméstica, por lo que mi planteamiento metodológico respondió a un enfoque cualitativo (Galindo, 1998; Taylor y Bogdan, 1992) y se fundamentó en el método etnográfico desarrollado por la antropología, así como la propuesta de investigación feminista de Harding (2002).[23]

Por un lado, la metodología cualitativa se caracteriza por indagar en torno a las razones que motivan y explican el comportamiento humano, lo cual me dio la posibilidad de vislumbrar el sentido y significado (Taylor y Bogdan, 1992) de las prácticas de cuidado que las madres llevaban a cabo en contextos de violencia doméstica.

Por otro lado, aunque la discusión sobre la existencia o no de un método feminista es inacabada, se puede hablar de investigación feminista en tanto forma distintiva de realizar esta labor que caracteriza a algunas investigaciones, en palabras de Harding:[24] "aunque esta vía para producir conocimiento no es normalmente lo que la gente que piensa en <<métodos>> tiene en mente, sería, sin embargo, razonable sostener que existe un método de investigación feminista distinto; esto es, que hay un *método* específico producido por los feminismos" (2002: 33).

Según dicha autora, algunos de los rasgos distintivos de aquellas que pueden ser consideradas como las mejores investigaciones feministas, principalmente en función del poder explicativo que estas tienen, son las siguientes:

[23] A partir de una combinación entre el método etnográfico y la investigación feminista, me he posicionado como investigadora, como sujeta de análisis en tanto que la investigación se ve influida por mi subjetividad de mujer, antropóloga, madre, con posturas y prácticas feministas.

[24] Sobre el debate respecto de la existencia de un método de investigación feminista, ver Harding, Sandra, 2002.

a) Definen su problemática desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres, las cuales utilizadas como un recurso para el análisis social, impactan en la forma como se estructura la vida social en general.
b) Proponen hablar de "mujeres" y de "experiencias de mujeres" en plural, en tanto que hay diferencias de clase, raza y cultura particulares, que cruzan tanto lo femenino como lo masculino, se habla entonces de identidades fragmentadas.
c) La definición de los objetivos se establece en función de las explicaciones de los fenómenos sociales que las mujeres quieren y necesitan.
d) La investigadora se ubica como parte del objeto explícito de estudio, desde una postura crítica.

La postura desde la cual he planteado la presente investigación buscó lograr una coherencia teórica y metodológica, tarea nada sencilla. Coincido con algunos de los posicionamientos de la teoría crítica, como el interés en la transformación y la emancipación de la noción de maternidad tradicional. Sin embargo, siguiendo a Ruiz (1999), por la forma y desde el lugar a partir del cual me acerqué a esta investigación, el propósito de la misma estuvo orientado hacia el entendimiento y la reconstrucción de cómo las prácticas de cuidado de las mujeres hacia las hijas e hijos se vinculaban con las experiencias de violencia doméstica de dichas mujeres, más que a la búsqueda de la explicación, predicción y control. Mi planteamiento fue más acorde a la reconstrucción de experiencias individuales que a la verificación de hipótesis establecidas como hechos o leyes; este acercamiento tendió a generar reconstrucciones más informadas y sofisticadas, más que a la acumulación del conocimiento para el establecimiento de generalizaciones y del nexo entre causa y efecto; el criterio de calidad en la construcción de los datos estuvo más orientado a buscar la fiabilidad y

autenticidad desde el decir de las mujeres, que el "rigor, validez y objetividad" interna y externa y preferí la inclusión más que la exclusión de valores. Finalmente considero que mi posicionamiento en la presente investigación comprendió más una función de participante apasionada, facilitando la reconstrucción de opiniones múltiples, que un rol de informadora o investigadora desinteresada (Ruiz, 1999: 60-61).

## 2. **El trabajo de campo**

El trabajo de campo para esta investigación consistió en: a) la recopilación y consulta de información bibliográfica (materiales impresos, publicaciones periódicas, archivos electrónicos, etc.) en bibliotecas y sitios web; b) la observación etnográfica y registro de información a partir de sesiones grupales (relatoría[25], notas de campo); y c) la realización de entrevistas individuales a profundidad semi-estructuradas y focalizadas[26] a 5 mujeres madres que hubieran vivido violencia doméstica.[27]

[25] La intención de recuperar información a partir de las relatorías es identificar aquellas percepciones, opiniones y reflexiones verbalizadas por el grupo de mujeres en general que acuden a las sesiones grupales (aproximadamente 18 mujeres) en torno al ejercicio de su maternidad, a través de las prácticas de cuidado y a la violencia doméstica en la se encuentran inmersas. Aunque los contenidos de dichas sesiones grupales no fueron incluidas en el análisis de manera explícita, me fueron útiles para identificar nociones en torno a la maternidad, las prácticas de cuidado y la violencia doméstica que se corresponden en muchas ocasiones con la información que obtuve a través de las entrevistas a profundidad.

[26] Por entrevistas cualitativas en profundidad entiendo aquellos encuentros reiterados cara a cara entre el investigador y los informantes, dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras. Definición de Taylor S. J. y Bogdan R., 1987. En el presente estudio realicé este tipo de entrevistas de forma individual, es decir, platiqué con cada una de las mujeres por separado a la vez. Fueron entrevistas focalizadas, pues había aspectos concretos de la vida de éstas que me interesaba recuperar, como las situaciones concretas de cuidado (que su madre y padre) les procuraron durante la infancia, aunque, también se trató de entrevistas semi estructuradas en tanto que hubo cierto margen de libertad en la charla que permitió a las mujeres expresarse sobre diferentes tópicos que no necesariamente estaban contemplados y que sin embargo, resultaron enriquecedores para la comprensión de sus narraciones.

[27] De las 5 entrevistas que realicé, decidí, luego de consultarlo con mi asesora, descartar una de ellas pues identifiqué inconsistencias y contradicciones en el discurso de la entrevistada, lo que dificultó en términos del análisis de la

En principio establecí contacto vía telefónica y por correo electrónico con Apis, asociación civil que brinda espacios de atención terapéutica para mujeres que han vivido situaciones de violencia conyugal principalmente.[28] Les hablé de mi inquietud de trabajar con las mujeres que acudían al grupo de autoayuda y les envié mi propuesta de investigación.

Posteriormente concertamos una cita en la que les comenté mayores detalles sobre el proyecto, y mi propuesta –que incluía un ofrecimiento para realizar la relatoría de las sesiones durante el 2011- fue bien recibida.

De esta forma comencé mi acercamiento con las mujeres del grupo con el objetivo de que se fueran familiarizando con mi presencia. Con la mayoría de ellas fue un primer encuentro, pues aunque hay mujeres que acudieron por primera vez hace algunos años, la mayoría de las que integraban el grupo tenían en general menos de un año asistiendo.

En total participé como relatora en 25 sesiones del grupo de autoayuda, con duración de 2 horas cada una, en las que hubo un promedio de asistencia semanal de 14 mujeres.

Elaboré una solicitud por escrito a la asociación para pedir la colaboración de las mujeres del grupo en las entrevistas a profundidad, así como un resumen del proyecto de investigación y una carta de consentimiento informado[29] para las mujeres que decidieran participar en las entrevistas. Hacia la tercera semana de octubre del 2011 durante la última

---

información el formular opiniones, percepciones e ideas coherentes en el dicho de la entrevistada, sobre los temas específicos abordados en la entrevista.

[28] Conocí el trabajo que realiza la asociación en el 2004. Mi ahora ex esposo acudía en aquel entonces al Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias A.C. (CORIAC), institución en la que le sugirieron que su pareja acudiera a Apis. Por sugerencia de él y también motivada por un "malestar", decidí buscar apoyo profesional. Algunos síntomas específicos de ese malestar eran: desgano, sensación de extravío y somnolencia.

[29] La carta de consentimiento informado indica la confidencialidad de la información obtenida en las entrevistas, el anonimato de las mujeres que colaboraron en el estudio, la finalidad académica en la utilización de la información; así como la posibilidad de retirarse del estudio en el momento en que las mujeres consideraran pertinente. Ver formato empleado en anexos.

reunión del grupo de autoayuda que se llevaba a cabo[30], la facilitadora de la sesión comentó a las mujeres sobre la investigación que yo estaba realizando. A petición de la facilitadora les hablé sobre mi proyecto y las invité a colaborar, no sin comentarles sobre la relevancia del estudio y la confidencialidad en el manejo de la información. Las mujeres del grupo se mostraron interesadas y 5 de ellas manifestaron su deseo de colaborar en el estudio. Fue un momento muy importante y alentador.

En total realicé 5 entrevistas a mujeres que en ese momento acudían al grupo de autoayuda[31] aunque para el análisis únicamente fueron consideradas 4 entrevistas. Todas ellas tuvieron al menos 2 hijos y además de fungir como amas de casa, la mayoría de ellas realizaba trabajo asalariado fuera de casa durante la etapa de crianza de sus hijas/os. Al momento de realizar la entrevista para esta investigación, casi todas se habían separado del papá de sus hijos y la mayoría vivió distintos tipos de violencia durante más de 20 años. Sólo una de ellas, la más joven aún vivía con su pareja, aunque manifestó abiertamente su indecisión sobre el continuar o no esta relación.

[30] Las sesiones del grupo de autoayuda se suspenden cada año hacia la segunda semana de diciembre, sin embargo, en el 2011, Apis tuvo algunas situaciones internas que implicaron la suspensión de las sesiones desde el mes de octubre, reanudando actividades en enero del 2012.

[31] Llevé a cabo las entrevistas entre los meses de noviembre del 2011 y febrero del 2012.

CUADRO 1.

| "HISTORIAS DE CUIDADO" Maternidad-es en contextos de violencia doméstica<br>Entrevistas a profundidad individuales semi-estructuradas con mujeres madres de familia, 2012[32] | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| **Nombre** | **Edad** | **Escolaridad** | **Ocupación** | **Número de hijas/os** | **Edades de las hijas/os** | **Estado civil** | **Tiempo de acudir a Apis** |
| Gisella | 57 años | Secundaria terminada | Negocio propio: tintorería | 4 | 35 años, hija<br>30 años, hija<br>28 años, hijo<br>22 años, hijo | Separada | Comenzó a ir hace aprox. 10 años |
| Minerva | 41 años | Licenciada en Sociología | Maestra en institución educativa, Clases de inglés | 2 | 5 años, hijo<br>4 años, hijo | Unión libre | 4 meses |
| Lidia | 59 años | Escuela Normal Superior | Maestra de Historia | 3 | 38 años, hija<br>37 años, hija<br>34 años, hijo | Divorciada | Comenzó a ir hace aprox. 10 años |
| Bety | 57 años | Licenciatura trunca en Administración de empresas | Trabajos diversos (costura, t. doméstico) | 2 | 35 años, hijo<br>33 años, hijo | Divorciada | 11 años |

## 3. **Técnicas de investigación cualitativa**

Para la elección de las técnicas de recopilación de información fue necesario incorporar un criterio de apertura ante las exteriorizaciones de las madres que colaboraron en la

[32] Como mencioné con anterioridad, de las 5 entrevistas a profundidad que llevé a cabo, sólo 4 de estas fueron consideradas para el análisis, descartando una de dichas entrevistas por presentar inconsistencias y contradicciones importantes en el discurso de la entrevistada.

investigación, es decir, el permitirles abordar algún tópico en el que ellas tuvieran especial interés. Lo anterior, con la finalidad de recuperar las propias experiencias de estas mujeres[33].

Como parte de esta investigación realice observación etnográfica durante el desarrollo de las entrevistas; así como de las sesiones en el grupo de autoayuda y la información recopilada se registró a través de notas de campo. Aunque ideal y tradicionalmente la observación participante ha implicado para los investigadores sociales, particularmente para las antropólogas/os un proceso de inmersión en la cultura o modo de vida del grupo de interés (Boyle, 2003) a través del tiempo se han desarrollado algunas variantes de la observación como parte de la realización de etnografías, como las realizadas en el campo de la enfermería.[34]

Para este caso en particular, en razón del objetivo y el tema estudiado no llevé a cabo observación etnográfica en la casa o espacio de trabajo de las mujeres, por cuestiones de seguridad.

Para obtener los relatos de las mujeres que colaboran en la investigación, realicé entrevistas individuales, a profundidad, focalizadas y semi-estructuradas. En el proceso de construcción de datos propio de las investigaciones sociales, una de las vías para el acceso a las experiencias de maternidad de las mujeres es a través del relato que ellas mismas elaboran. En tanto que una construcción, se trata de una creación conjunta que llevan a cabo

[33] Galindo (1998) habla de dos actitudes por las que se puede optar en el proceso de planeación de la investigación: en la primera se trata de *cerrar* la información en nombre de la eficiencia y control posibles, a diferencia de la segunda actitud en la que se opta por *abrir* la información, lo que da pauta a un mejor aprovechamiento de las posibles configuraciones del sentido de las cosas.

[34] Dentro de las taxonomías de las etnografías propuestas por Werner y Schoepfle (1987, citados en Boyle, 2003) se encuentran la Taxonomía I que abarca las etnografías procesales y la Taxonomía II que clasifica a las etnografías a partir de rasgos binarios. Las etnografías más útiles en el campo de la salud, según Boyle se subdividen a su vez en: holísticas, particularistas, interseccionales y etnohistóricas.

tanto investigadora como sujetas de investigación, Margarita Baz lo llama un "encuentro a construir", en este sentido la entrevistadora forma parte activa del proceso y se constituye en el instrumento principal de investigación (1999: 77). El tipo de entrevista que llevé a cabo, implicó un doble movimiento. Por un lado, requirió focalizar las verbalizaciones de las mujeres entrevistadas a tópicos relevantes dentro del campo de dos grandes temáticas: el ejercicio de la maternidad a través de las prácticas de cuidado y la violencia doméstica; por otro lado, el centralizar la conversación tiene la ventaja de favorecer la profundización en temas específicos. No está de más señalar que una escucha atenta ante las experiencias que las mujeres compartieron conmigo acompañó mi labor investigativa "La mejor garantía- y lo que el investigador puede brindar a la situación –es un interés genuino tanto en la temática que se investiga como en el deseo de escuchar a los sujetos cuya colaboración requiere" (Baz, 1999: 90).

Dado que las expectativas de la presente investigación iban más allá de sólo obtener información, las entrevistas realizadas tuvieron como objetivo el conocimiento, tanto para mí como investigadora como para las propias mujeres pues "en el conocimiento hay una presencia de compromiso social, de enriquecimiento del sentido para los participantes directos e indirectos" (Galindo, 1998: 143).

Las notas de campo[35] me permitieron llevar un registro detallado de los diferentes sucesos y acciones de las mujeres involucradas en la investigación (incluida yo como investigadora), específicamente durante la realización de las entrevistas a profundidad. En mis notas de campo quedaron registrados acontecimientos, detalles, reacciones y cambios

[35] Las notas de campo no constituyen necesariamente un diario de campo, sin embargo, en este trabajo formaron parte de mi registro escrito sobre determinados datos, descripciones y reflexiones que fueron presentándose durante el proceso de investigación a propósito de eventos o temas específicos.

observados y experimentados no sólo con respecto a las mujeres con quienes llevé a cabo esta investigación, sino con respecto a mi propio proceso reflexivo. Según Galindo, quien escribe "tiene la oportunidad de darse cuenta, de volver una y otra vez sobre su asombro o su necedad, y de esa contemplación hacer posible el parto de lo nuevo y desestructurante, y entonces quizá también el cambio regenerador y vitalizante" (1998: 149). El dejar constancia escrita, es también una manera de formalizar el proceso de investigación, dicho autor le denomina *textualización* y esta debe quedar registrada de tal forma que permita regresar las veces que sea necesario "la textualización es una sucesión de momentos de lectura y escritura (…) pone en movimiento la reflexividad, la reconstrucción y la imaginación, además de ajustar disciplina y creatividad" (Galindo, 1998: 148).

También llevé a cabo el registro de los relatos[36], comentarios y opiniones vertidas por las mujeres durante las sesiones grupales. Dicho registro fue útil tanto para afinar la formulación del planteamiento del problema de investigación, la elaboración de objetivos e hipótesis, así como para delinear posibles líneas de análisis de la información obtenida en las sesiones, como en las entrevistas a profundidad.

4. **Criterios de elección y perfil de las mujeres que colaboraron en la investigación**

Las mujeres que fueron convocadas a colaborar en la investigación se encontraban en un proceso terapéutico grupal en Apis, Fundación para la Equidad. Aunque la pretensión del estudio no fue llegar a generalizaciones, según Ruiz (1999) tanto en los estudios cualitativos como cuantitativos, se habla de un muestreo que pueda tener cierta representatividad, la cual está en función del criterio de confianza elegido. Dicho criterio define el tipo de muestra,

[36] Llevé a cabo un registro de los relatos que las mujeres compartieron durante las sesiones grupales a partir de un formato que elaboré tomando en consideración aspectos específicos que la facilitadora del grupo me indicó, como fecha, número de asistentes, temas abordados, etc. Consultar anexos para ver el formato de registro de relatorías empleado.

misma que puede estar elegida al azar y denotar una aproximación *Probabilística,* o bien, puede implicar criterios denominados *Intencionales* (Ruiz, 1999: 63).

El criterio empleado para elegir a las mujeres que colaboraron en el estudio, está ubicado dentro de lo que Ruiz (1999) define como *criterio intencional*, en el que realicé una elección estratégica ya que las mujeres que participaron son aquellas que voluntariamente así lo decidieron. Se trata de mujeres que debido a su conocimiento y propio reconocimiento en torno a la vivencia de situaciones de violencia doméstica y su experiencia de maternidad, consideré como las más idóneas en comparación con mujeres que no habían sido madres (dentro del mismo grupo) ni asumían vivir o haber vivido situaciones de violencia (aquellas que no acudían a este grupo de autoayuda). Este tipo de criterios, responden a un *muestreo intencional opinático.* Las principales ventajas que reporta este tipo de criterio de muestreo es que permite incorporar a mujeres que no estaban contempladas inicialmente, con el objetivo de mejorar la riqueza y calidad de la información, así como la posibilidad de decidir que se ha llegado a la saturación teórica una vez que la información comienza a ser repetitiva. (Ruiz, 1999: 64, 66).

Las edades de las mujeres entrevistadas oscilaron entre los 41 y 59 años[37], pertenecían a un nivel socioeconómico medio a medio bajo y tenían en general un nivel de escolaridad medio básico a profesional. Todas tenían al menos 2 hijos/as, la mayoría tuvo un trabajo asalariado fuera de casa tanto durante la etapa de crianza de sus hijas/os como en el

[37] Inicialmente deseaba trabajar con mujeres que tuvieran hijos pequeños (menores de 12 años), ya que de acuerdo a los resultados de la ENDIREH (2006), las mujeres jóvenes son el grupo de edad más afectado por los distintos tipos de violencia. Sin embargo, el contacto con el campo (a partir de mi asistencia a las sesiones grupales) me permitió identificar también a mujeres con hijos adolescentes o adultos, cuyas dinámicas de relación continuaban dándose en términos de cuidado –ya no el cuidado que requieren las hijas/os pequeños- sino en la realización de prácticas de cuidado de manera distinta, pues ellas proveen de ciertos "servicios" a sus hijos/as directa o indirectamente (labores domésticas, cuidado de los nietos/as, apoyo afectivo, préstamos en efectivo, etc.). Además la mayoría de las mujeres que se propusieron voluntariamente para colaborar en la investigación ya tenían hijos adultos.

momento de realizar la entrevista y tenían en común el vivir o haber vivido situaciones de violencia doméstica.[38] El grupo al que acudían era abierto, por lo que la asistencia fue irregular y no todas las mujeres llevaron a cabo el proceso completo, el cual está estructurado para ser trabajado en el transcurso de 1 año, a partir de los contenidos temáticos que las propias mujeres propusieron y que coinciden casi en su totalidad con los temas previstos por la asociación.

Idealmente busqué entrevistar a las mujeres que hubieran concluido el proceso de trabajo de un año, ya que una de las hipótesis implícita en esta investigación fue que los grupos de autoayuda para mujeres en situación de violencia doméstica podían constituir una vía de desarticulación de las representaciones sobre la maternidad, abriendo con ello la posibilidad de generar procesos de modificación de las prácticas respecto de la misma. [39]

## 5. **Consideraciones éticas y de seguridad[40]**

Como lo señalé en apartados anteriores, la decisión de trabajar con mujeres madres que viven o vivían violencia doméstica, tenía tras de sí obviamente un interés académico y una historia personal, profesional y laboral; elementos que fueron definiendo diversos caminos de aproximación desde que comencé a plantearlo como proyecto de investigación. Con base en

[38] De acuerdo a mis observaciones a partir de las sesiones grupales (enero a mayo y de agosto a octubre del 2011), aparentemente la mayoría de las mujeres acudían a la asociación por estar viviendo en ese momento situaciones de violencia conyugal, aunque también asistían mujeres que se habían separado recientemente de su pareja. También se dieron casos de mujeres que se mantienen en el grupo sin llegar a separarse de su agresor. El tema no es simple y al parecer existen múltiples factores que favorecen o inhiben la separación por parte de las mujeres violentadas. Para una visión reciente sobre los acontecimientos personales, familiares y culturales que dificultan a las mujeres el modificar su posición dentro de los espacios sociales en los que se desenvuelven ver el trabajo de Guadalupe Julián Chávez, 2010.

[39] Dada la irregularidad con la que asistían algunas mujeres (algunas acudían unos meses, dejaban de ir varias sesiones y se volvían a incorporar meses más tarde), contemplé entrevistar en caso de ser necesario, a aquellas que llevaran al menos seis meses asistiendo regularmente a las sesiones semanales, el cual fue el caso de una de las mujeres entrevistadas.

[40] Este apartado está basado en el documento elaborado por la OMS, 2001.

el reconocimiento de que el estudio de la violencia contra las mujeres implicaba un enorme reto en términos éticos y metodológicos, procuré apegarme a las recomendaciones éticas y de seguridad, que basadas en las experiencias de la Red Internacional de Investigación sobre Violencia contra las Mujeres (IRNVAW) elaboró la Organización Mundial de la Salud hace poco más de10 años.

Dichas recomendaciones fueron planteadas específicamente en términos de ética y seguridad para las fases de planeación e investigación y para el tema de violencia doméstica en particular, ya que otras formas de violencia contra las mujeres como la violencia en situaciones de conflicto o el tráfico de mujeres, requieren otro tipo de consideraciones (OMS, 2001: 9).

Bajo la premisa de que cualquier investigación sobre violencia doméstica contra las mujeres debe dar prioridad a la seguridad de las mujeres que colaboran en la misma, así como garantizar que la investigación se conduzca con sensibilidad y ética, se elaboraron las recomendaciones cuyos principios éticos y de seguridad, presento en el siguiente cuadro (OMS, 2001: 12), mismos que retomé y adapté a las características de la presente investigación.

CUADRO 2.

| RECOMENDACIONES ÉTICAS Y DE SEGURIDAD<br>PARA LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA VIOLENCIA DOMÉSTICA |
|---|
| ➢ **La seguridad de las entrevistadas y del equipo de investigación es esencial y debe reflejarse en todas las decisiones del proyecto.** |
| ➢ **Los estudios de prevalencia necesitan ser metodológicamente acertados y basados en la experiencia actual en investigación sobre la manera para reducir a un mínimo la subnotificación del maltrato.** |
| ➢ **Es esencial proteger la confidencialidad a fin de garantizar tanto la seguridad de las mujeres como la calidad de los datos.** |
| ➢ **Todos los miembros del equipo de investigación deben seleccionarse cuidadosamente y recibir adiestramiento y apoyo continuo especializados.** |
| ➢ **El diseño del estudio debe incluir diferentes acciones encaminadas a reducir toda posible dificultad ocasionada a las participantes por la investigación.** |
| ➢ **Las trabajadoras de campo deben recibir adiestramiento para derivar a las mujeres que soliciten asistencia a las fuentes disponibles de apoyo. En los casos en que existan pocos recursos, tal vez sea necesario que el estudio genere mecanismos de apoyo a corto plazo.** |
| ➢ **Los investigadores y los donantes tienen una obligación ética para ayudar a garantizar que sus resultados se interpreten adecuadamente y que se usen para impulsar el desarrollo de políticas e intervenciones.** |
| ➢ **Se pueden incorporar preguntas sobre violencia a las encuestas diseñadas para otras finalidades sólo cuando pueden satisfacerse requisitos éticos y metodológicos.** |

Fuente: OMS, 2001.

A continuación planteo algunas de las consideraciones que formulé para la presente investigación de acuerdo a los principios arriba enunciados. También consideré incluir de ser necesario, otras medidas (no contempladas aquí) que pudieran redundar en establecer mejores condiciones de seguridad, confidencialidad y conducción ética.

- La seguridad de las entrevistadas y del equipo de investigación es esencial y debe reflejarse en todas las decisiones del proyecto.

Como mencioné anteriormente, las mujeres que colaboraron en el estudio acudían regularmente a un grupo de autoayuda. Inicialmente les propuse realizar las entrevistas en las oficinas de Apis, pues ellas habían manifestado el sentirse tranquilas y seguras en dichas instalaciones;[41] sin embargo, lo anterior no fue posible debido a que la institución dejo de laborar las últimas semanas del año, por lo que opté por permitir que las mujeres eligieran el lugar donde deseaban realizar la entrevista. La mayoría decidió realizar la conversación en un espacio público, como un café o un parque.

- Es esencial proteger la confidencialidad a fin de garantizar tanto la seguridad de las mujeres como la calidad de los datos.

Antes de la realización de las entrevistas, les solicite autorización para grabar la conversación en audio y les propuse que eligieran un seudónimo si así lo deseaban. Les aclaré que sólo yo como responsable de este estudio, tendría acceso a la información grabada en audio y que ésta sería utilizada únicamente con fines de análisis para el cumplimiento de los objetivos de la presente investigación.[42]

Los archivos de audio y cualquier otra información en los que se manejan datos de la entrevistada, fueron identificados con un seudónimo y se encuentran bajo mi resguardo, lo cual fue informado a las mujeres entrevistadas.

[41] Al momento de solicitarles su colaboración para la presente investigación, se explicaron los objetivos de la misma, así como todas las consideraciones éticas como la total confidencialidad de la información, es decir, antes de llevar a cabo las entrevistas, hubo un consentimiento informado sobre la índole del estudio. Ver formato de consentimiento informado en anexos.

[42] Con la asociación establecí un acuerdo por escrito para compartir los resultados del presente estudio, así como un ejemplar de la tesis una vez concluido el proceso de investigación. Consultar el formato en los anexos.

- Todos los miembros del equipo de investigación deben seleccionarse cuidadosamente y recibir adiestramiento y apoyo continuo especializados.

Sobre la necesidad de adiestramiento y apoyo especializados, además de la parte formativa[43], opté por iniciar un proceso de apoyo terapéutico individual específicamente para tratar cuestiones personales que pudieran vincularse con esta investigación.

- El diseño del estudio debe incluir diferentes acciones encaminadas a reducir toda posible dificultad ocasionada a las participantes por la investigación.

Con la finalidad no sólo de realizar preguntas no sesgadas a las madres de familia, sino también de disminuir la angustia que pudiera ocasionarles su participación en esta investigación, la formulación de las preguntas fue muy cuidadosa, evitando culpar, estigmatizar, criticar o emitir juicios de valor hacia las experiencias compartidas por las mujeres entrevistadas.

Con respecto a la creencia de que el compartir experiencias sobre la violencia que las mujeres han vivido puede resultar vergonzoso, coincido con una de las apreciaciones que en el documento de recomendaciones éticas y de seguridad se hace, pues desde mi experiencia, el dar a las mujeres la oportunidad de expresarse puede resultar beneficioso. Consideré que

[43] Como parte de mi formación realicé un Diplomado sobre el Modelo de Atención para Mujeres en Situación de Violencia Doméstica, con duración de un año, impartido por Apis, Fundación para la Equidad. Por parte de la Maestría en Estudios de la Mujer en la que se enmarca la presente investigación, acudí al Taller de Contención para Cursos de Especialización en Violencia de Género, impartido por la Dra. Irma Saucedo González de Corpórea S.C. Especialistas en Género, Salud y Construcción de Bienestar, que se llevó a cabo en México, D.F., en mayo del 2011. También he participado en talleres, cursos y conferencias sobre: la intervención para la convivencia sin violencia, la resolución noviolenta de conflictos, la prevención al maltrato y abuso sexual infantil, los derechos humanos en la comunidad educativa, la justicia con perspectiva de género, la prevención comunitaria del delito; así como foros, mesas y seminarios sobre la prevención y atención a la violencia de género.

ellas necesitaban ser escuchadas sin ser juzgadas, por lo que una escucha atenta fue parte indispensable de esta investigación.

Procuré que el cierre de las entrevistas fuera positivo en el sentido de retomar las estrategias que las mujeres hubieran llevado a cabo, recordándoles que el compartir su experiencia abría la posibilidad de ayudar a otras mujeres, pues esta investigación buscaba contribuir al análisis y comprensión de la complejidad del ejercicio de la maternidad en contextos de violencia doméstica.

- Los investigadores y los donantes tienen una obligación ética para ayudar a garantizar que sus resultados se interpreten adecuadamente y que se usen para impulsar el desarrollo de políticas e intervenciones.

Parte de la intención al realizar esta investigación con un grupo de mujeres que acudían a una institución como Apis, es la posibilidad de que los resultados fueran retomados e incorporados en la medida de lo posible al modelo de atención que implementa dicha asociación civil. En investigaciones anteriores desarrolladas con mujeres que asistían a esta misma asociación, ésta procuro retomar los resultados de dichos estudios, con el objetivo de mejorar el proceso de intervención, favoreciendo con ello a las mujeres que acuden al grupo.

## 6. **Límites de esta investigación**

Una de las principales dificultades con las que tropecé al inicio de esta investigación fue la escasez de trabajos que hablaran de la relación entre la violencia doméstica y el ejercicio de la maternidad, pues a pesar de que ambos temas han sido abordados extensamente por separado desde diversas disciplinas, pocos estudios tienen un enfoque integral del fenómeno.

Otro inconveniente se desprendió de la noción victimizante sobre las mujeres que prevalece en los abordajes en torno a la violencia doméstica, lo cual dificulta la elaboración de análisis críticos sobre la maternidad como institución y sobre las prácticas de cuidado de las mujeres en la vida cotidiana. Las mujeres –e incluso las/os hijos/as- no son sólo víctimas pasivas de la violencia.

Además de lo anterior, el estudio se planteó para recuperar únicamente las experiencias en torno a las prácticas de cuidado que las mujeres llevaron a cabo como parte del ejercicio de su maternidad, dejando para un estudio posterior el punto de vista de las hijas e hijos, de otros miembros de la familia e incluso, de las parejas de éstas mujeres. En este sentido, el criterio empleado responde a cuestiones temporales y de recursos (humanos y económicos) ya que realice esta investigación en el marco de la Maestría en Estudios de la Mujer, con duración de dos años.

Para concluir este capítulo me gustaría enfatizar que uno de los principios más importantes que guiaron tanto la elección del camino metodológico, como la realización del trabajo de campo fue: el recuperar el decir de las mujeres en el entendido de que son ellas las expertas de su propia experiencia y en tanto sujetos válidos de investigación y producción de conocimientos. El siguiente capítulo se conforma en su mayoría de los hallazgos empíricos expresados en los relatos de dichas mujeres, en torno a las experiencias de cuidado y de violencia doméstica durante la infancia de éstas.

## CAPÍTULO III. INFANCIA FELIZ O ¿EL INICIO DE HISTORIAS NO TAN FELICES?

En los capítulos anteriores elaboré un panorama teórico sobre algunos de los avances en las indagaciones realizadas en torno al tema que nos ocupa. También
expuse algunos elementos metodológicos que guiaron este estudio y me permitieron analizar los datos empíricos que obtuve durante el trabajo de campo.

El presente capítulo se conforma de 2 apartados en ellos analizo la riqueza de las experiencias que me compartió un grupo de mujeres en relación al tema del cuidado y las experiencias de violencia doméstica en sus familias de origen.

A continuación presento una breve semblanza de cada una de las mujeres entrevistadas. Antes de iniciar, es importante considerar que la información obtenida en los relatos fue expresada por ellas en un momento y circunstancias específicas, obsequiándonos con historias narradas desde el presente, en una mirada retrospectiva hacia situaciones vividas meses o años atrás.

### 1. Mujeres hablando de su experiencia: Gisella, Minerva, Bety y Lidia

Conocí a ***Gisella*** hace unos 7 años en Apis, por aquel entonces yo cursaba un diplomado para formarme como facilitadora de grupo, sobre el Modelo de Intervención para Mujeres en Situación de Violencia, que imparte dicha institución. Desde luego, no imaginé que algún día coincidiríamos en una investigación, pero agradezco que así haya sido, pues su historia de vida fue interesante y enriquecedora, tanto en términos académicos como personales.

A través de su relato, es posible conocer algunas de las situaciones de violencia física ejercida contra ella y sus hermanas/os, por parte de su madre y de su padre, durante la infancia y adolescencia; aunque desde la percepción que ella tiene hoy como adulta, considera que no fueron “niños maltratados”.

Desde muy pequeña su madre la involucró en la realización de tareas para el mantenimiento de la infraestructura doméstica y para el cuidado material y afectivo de sus hermanos/as menores.

En el momento de la entrevista Gisella tenía 57 años de edad. Originaria del estado de Puebla, migró a la Ciudad de México al concluir su educación secundaria a los 17 años, con el objetivo de continuar con sus estudios. Su padre era jornalero y su madre, además de realizar labores agrícolas, se dedicaba a la venta de fruta y de tortillas, así como a lavar ropa ajena. En su familia de origen fueron 10 hermanos/as, algunas de sus hermanas migraron a la Ciudad de México y algunos de sus hermanos, lo hicieron a los Estados Unidos.

Ya en el Distrito Federal a los 18 años de edad y con más claridad sobre lo difícil de la situación en la ciudad, Gisella estableció una relación de noviazgo con un hombre 5 años mayor que ella, con quien vivió en unión libre a partir de dar a luz a su primera hija, cuando tenía 22 años. Desde este primer embarazo su pareja comenzó a violentarla psicológicamente, tuvieron en total 4 hijas/os: 2 hijas quienes en el momento de la entrevista tenían 35 y 28 años; así como 2 hijos de 30 y 22 años.

Gisella vivió 26 años en situación de violencia doméstica de diversos tipos: física, verbal, psicológica, sexual, económica y patrimonial. Durante los primeros años de vida de sus hijas/os se dedicó a ser ama de casa, realizando también trabajos como: lavado y planchado de ropa ajena, así como venta de productos para complementar el gasto familiar; el resto del tiempo ha trabajado asalariadamente fuera de casa en el rubro de las tintorerías.

Ella acudió por primera vez a Apis hace aproximadamente 10 años. En aquel tiempo, asistía a terapias psicológicas en una Unidad de Atención y Prevención de la Violencia Familiar (UAPVIF) y fue el psicólogo que la atendía quién le recomendó dicha institución “me

habló de Apis y me llamó la atención porque sí quería seguir trabajando con lo mío y fortaleciéndome y quitándome los miedos" (Entrevista a profundidad, realizada en México, D.F., en noviembre del 2011).

En el momento en que la entrevisté, Gisella tenía más de 10 años separada de su ex pareja, no sin haber transitado un largo peregrinar (ruta crítica)[44] por instituciones como el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia del Distrito Federal (DIF-DF), la Unidad de Atención y Prevención de la Violencia Intrafamiliar (UAPVIF), el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal (TSJDF) y la Fiscalía de Delitos Sexuales (FDS). También acudió a un Juzgado con Detenido, a un Juzgado sin Detenido, a la policía judicial y a la policía preventiva.[45]

[44] Retomo el concepto de ruta crítica empleado por Sagot (2000), para referirme al proceso que inicia con la decisión de las mujeres para modificar sus situaciones de violencia y los diferentes obstáculos personales e institucionales, así como a aquellos factores que influyen para que ellas continúen su proceso hacia mejores condiciones de vida para ellas y sus hijas e hijos.

[45] El Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia del Distrito Federal (DIF-DF) brinda servicios de asistencia social a los segmentos de la población en situación de vulnerabilidad. Entre los órganos que lo integran, se encuentran las Direcciones Ejecutivas de: asuntos jurídicos, de atención alimentaria, de apoyo a la niñez y de personas con discapacidad. Fuente: http://www.nt.dif.df.gob.mx Las Unidades de Atención y Prevención de la Violencia Familiar (UAPVIF) han sido creadas para brindar servicios de atención psicológica, jurídica y de trabajo social, en el área de violencia familiar. Dichas unidades, se encuentran adscritas a la Dirección General de Igualdad y Diversidad Social y buscan dar cumplimiento a los lineamientos establecidos en la Ley de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. Fuente: http://www.equidad.df.gob.mx La Fiscalía Central de Investigación para Delitos Sexuales (FDS) se encuentra adscrita a la Subprocuraduría de Averiguaciones Previas Centrales de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal. Esta Fiscalía tiene entre sus funciones, entre otras, la de recibir, dar seguimiento y evaluar las denuncias que se presenten en las Agencias del Ministerio Público dependientes de la misma, en materia de delitos sexuales. Fuente: http://www.pgjdf.gob.mx El Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal (TSJ-DF) es el órgano máximo en el Distrito Federal en materia de administración e impartición de justicia. Dicho órgano cuenta con los Juzgados de Primera Instancia, que dentro de su estructura tiene un área específica para asuntos de índole familiar, penal, civil; así como de justicia para adolescentes para delitos no graves, de justicia para adolescentes para delitos graves y penal de ejecución de sentencias. Fuente: http://www.poderjudicialdf.gob.mx La policía complementaria, auxiliar o preventiva, pertenece a la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal y según el reglamento interior de ésta dependencia entre sus funciones se encuentran: proporcionar servicios de protección, custodia y vigilancia de personas y bienes, valores e inmuebles tanto a dependencias, órganos e instancias de gobierno locales y federales, como a personas morales y físicas, recibiendo por ello el pago correspondiente. Fuente: http://www.ssp.df.gob.mx

Comentó que se encontraba trabajado desde hacía aproximadamente 35 años en tintorerías y 10 años atrás, se asoció con unos compañeros de trabajo y echaron a andar una tintorería. Actualmente, no sin altibajos, ella lleva las riendas de su propio negocio en el mismo ramo.

Al momento de realizar la entrevista vivía con el menor de sus hijos de 22 años de edad, en el departamento del cual eran co-propietarios ella y su ex pareja. Este último, continuaba viviendo en ese mismo departamento, aunque ya no mantenían ninguna relación, excepto para la realización de los pagos del mismo. Precisamente ella se encontraba buscando que él le vendiera su parte o aceptara comprarle a ella la suya, pero su ex pareja se había negado, en un claro ejemplo de continuar ejerciendo control sobre ella. Como se ha documentado en otros estudios, muchos hombres agresores, continúan violentado de alguna manera a sus ex parejas, aún después de la separación, los bienes o los hijos/as, son pretextos comunes en este tipo de violencia.

Desde hacía 7 años tenía una relación amorosa, en la que aseguró sentirse cómoda, pues entre otras cosas ella se encontraba con dicha pareja, sólo cuando ella así lo deseaba. Lo anterior ha sido posible gracias al trabajo personal que ha llevado a cabo Gisella, el cual ha implicado necesariamente un desafío a las formas de relación establecidas y socialmente aceptadas. Para una mujer que ha vivido violencia doméstica, lo anterior cobra vital importancia.

En el caso de ***Minerva*** ella era la más joven de las mujeres entrevistadas y la conocí en Apis en el 2011. La primera impresión que tuve de ella, fue que se trataba de una mujer muy atareada, cuyo rostro expresaba mucho estrés. Al permitirme conocer un poco de su historia,

me di cuenta de que mi impresión no era errada y que había diversos elementos que explicaban la situación agotadora en que se encontraba en aquel entonces.

De acuerdo a lo relatado en la entrevista, a excepción de un episodio que consistió en un “sape” que su padre le dio en la cabeza, ella no recordó haber sido violentada de alguna otra forma, sin embargo, si presenció alguna ocasión en que su padre propinó un “cinturonazo” a su hermano mayor.

A diferencia de las demás mujeres entrevistadas, a ella no le fueron asignadas actividades domésticas durante la infancia y siendo la hija más pequeña, tampoco tuvo a su cargo el cuidado de hermanos/as menores.

Cuando la entrevisté Minerva tenía 41 años de edad, era de origen argentino y ella y su familia migraron a nuestro país por razones políticas, cuando ella tenía 8 años. Su madre estudió para educadora, pero nunca ejerció, se dedicó al hogar y su padre trabajaba en una consultoría privada.

Minerva tenía 2 hermanas y 1 hermano mayor, éste último regresó junto con sus padres a vivir a Argentina hace unos años, mientras que Minerva y sus hermanas, se quedaron a radicar en la Ciudad de México.

Socióloga de profesión, llevaba 15 años trabajando como maestra de inglés en un kínder y 10 años dando clases particulares de inglés. Inició una relación de noviazgo 6 años atrás y una semana antes de dar a luz a su primer hijo, estableció con esta pareja una relación de unión libre. Minerva, al igual que Gisella, no vivió previamente con su pareja, sino que lo hizo a partir del nacimiento de su primer hijo.

Minerva y su pareja tuvieron 2 hijos, quienes en el momento de la entrevista tenían 5 y 4 años de edad. Comentó haber vivido violencia psicológica, económica y sexual, durante 5 años; así como un intento de violencia física por parte de su pareja.

Además de su trabajo como maestra del kínder y de que prestaba sus servicios como maestra particular de inglés, se hacía cargo de la mayor parte de las responsabilidades de cuidado de su familia, con el apoyo de una trabajadora doméstica para la limpieza de la casa.

Acudió a Apis por primera vez a mediados del 2011, por recomendación de una amiga. Unos meses más tarde realicé la entrevista para esta investigación.

El futuro de la relación con el padre de sus hijos era incierto, pues Minerva expresaba no sentirse ya tan enamorada, pero tampoco había tomado una decisión al respecto. Ella fue la única de las mujeres que vivía con el papá de sus hijos en el momento de la entrevista. Cabe mencionar que durante la misma, ella manifestó sentirse muy cansada e incluso mencionó la posibilidad de tomarse un año para dedicarse al cuidado exclusivo de sus hijos, pues dijo que le resultaba muy pesado realizar la triple jornada; en la escuela, como maestra particular y en la casa.

Entre sus planes a mediano plazo, estaba estudiar un curso de yoga para niños y cursar una maestría. Ella había buscado darse un tiempo para cuidar de sí misma, sin embargo, su ritmo de vida hacía difícil la tarea por cuestiones de tiempo, dijo: “he intentado esta parte de ejercicio pero me come el tiempo la verdad” (Entrevista a profundidad realizada en México, D.F. en noviembre del 2011).

Cuando entrevisté a ***Bety*** tenía una expresión luminosa y sonriente en el rostro, en ese tiempo ella tenía 57 años de edad. Nació en el Distrito Federal y fue la segunda de 4 hermanos/as. Su madre padecía varias enfermedades: ciática, bronquitis y una enfermedad

conocida como el “dolor del suicidio”[46]; su padre se dedicó durante muchos años a la docencia en una institución de educación pública de nivel medio superior.

Bety recordó que desde la infancia realizaba diversas funciones que su madre no podía, debido a la enfermedad de ésta, por lo que, siendo adolescente, su padre le daba el gasto de la casa y ella se hacía cargo de actividades encaminadas al mantenimiento de la infraestructura doméstica y el cuidado de sus hermanos más pequeños. Reconoce que ella y su hermana vivieron violencia psicológica por parte de su madre durante la infancia.

Inició sus estudios en la carrera de administración de empresas, pero no concluyó su formación profesional. Contrajo matrimonio a los 18 años y tuvo 2 hijos, quienes actualmente tienen 35 y 33 años de edad, ambos ya formaron su propia familia y tienen 2 hijos y 1 hijo respectivamente.

Durante su matrimonio se dedicó al hogar, aunque gracias a un curso de corte y confección que tomó, realizaba trabajos de costura, colocación de cierres, dobladillos, etc., para tener recursos económicos propios, ya que su pareja no le daba “gasto”, pues él realizaba todas las compras, los pagos, etc. Ella recordó que:

> era tanta la violencia que me puse muy mala de una arritmia cardiaca entonces un doctor que era su amigo le dijo: “es que tu mujer está en un estrés que si no hace algo le va a dar un infarto o algo, tiene que distraerse en algo” entonces él me dijo: “¿pues qué vamos a hacer contigo?” le dije “pues aquí hay un cecati atrás de la casa”, dice “pero pues vas a ir a estudiar algo que no haya hombres” y corte y confección no había hombres

[46] El “dolor del suicidio” o Neuralgia del Trigémino (NT) se manifiesta en un dolor intenso e intolerable en la cabeza, parecido a un toque eléctrico usualmente a mitad de la cara y puede incapacitar a quien lo padece. Sucede porque que el nervio trigémino, en su entrada con el tallo cerebral, frecuentemente se encuentra con una arteria o una vena que comprime el nervio, lo que provoca la sintomatología dolorosa. Fuente: “Con cirugía de mínima invasión curan el llamado dolor del suicidio en el IMSS”, Milenio, noviembre 11 del 2012 Villahermosa/Redacción. Tomado el 11 de noviembre del 2012.

Bety vivió durante 28 años diferentes tipos de violencia por parte de su pareja: violencia física, verbal, psicológica, sexual, económica y patrimonial.

Ella al igual que Gisella, fue canalizada a Apis cuando concluyeron sus 12 sesiones de terapia en una UAPVIF, hace aproximadamente 11 años. Cuando Bety llegó a Apis, ya se había salido de su casa, es decir, ya había abandonado a su esposo y según su narración, necesitaba un espacio de apoyo psicológico para sobrellevar la separación.

Consiguió divorciarse y también una pensión alimenticia de su ex esposo. En el momento de la entrevista vivía en un departamento que construyó y amuebló a su gusto. Para obtener recursos económicos adicionales, se empleaba en diferentes trabajos de limpieza, de lavar y planchar ropa, trabajos de costura, etc. También practicaba yoga y natación y procuraba ahorrar para irse de viaje.

En el caso de ***Lidia,*** es preciso señalar que su aspecto físico en el momento en que realicé la entrevista, reflejaba a una mujer de aproximadamente 49 años, aunque ella en realidad tenía 59 años de edad. Recuerdo muy bien a Lidia en algunas de las reuniones del grupo, en Apis, porque ella nunca hablaba. Eso fue hace algunos años que comenzó su proceso de trabajo en la institución. Llegaba a las 5 de la tarde en punto, escuchaba atentamente los comentarios de las compañeras y de la facilitadora y al concluir la sesión, se retiraba en silencio. Un buen día, aunque suene a frase trillada, ella rompió el silencio. Lo demás, es una historia llena de logros. Durante el año pasado, Lidia fue una de las más participativas en las sesiones grupales.

Ella también nació en el Distrito Federal. Su madre se dedicaba a lavar ropa ajena y a vender comida para sostener a la familia, su padre les abandonó cuando Lidia tenía 2 años de edad. En total fueron 8 hermanos en la familia de origen de Lidia. Al igual que Gisella y Bety,

también se le asignó el cuidado de sus hermanos menores, sin embargo, fueron sus hermanas mayores quienes apoyaron para el mantenimiento de la infraestructura doméstica. Ella no recordó episodios de violencia de ningún tipo en su contra durante la infancia, aunque sí presenció violencia física hacia su hermana mayor por parte de su madre.

Tenía 15 años cuando conoció al papá de sus hijos, recién había comenzado sus estudios a nivel medio superior. Comenzó a esa edad una relación de noviazgo que duró 4 años. A los 19 años y habiendo concluido su formación como maestra de Historia, contrajo matrimonio. Tuvieron 2 hijas y 1 hijo, quienes actualmente tienen 38, 34 y 37 años respectivamente y todas/os son profesionistas.

Lidia se dedicó a trabajar como maestra de Historia desde que comenzó su matrimonio.

Vivió violencia psicológica, sexual, económica y patrimonial por aproximadamente 30 años con el papá de sus hijas/os. Llegó a Apis en el 2001, a partir de que encontró los números telefónicos y la dirección de esta institución en una relación de espacios de apoyo a la mujer, que le proporcionaron en un curso de desarrollo humano. Según me contó, ella deseaba divorciarse de su esposo, pero quiso buscar apoyo para fortalecer su decisión.

A pesar de la vida de violencia que vivió con el papá de sus hijos, antes de divorciarse hizo un último intento:

> ya estaba cansada de estarle atendiendo siempre, era yo su sirvienta, yo le dije: "¿sabes qué? ya me cansé, te he atendido durante muchos años, creo que es justo que ahora nos atendamos mutuamente, los dos mantenemos la casa, creo que es justo que los dos entremos a las labores y que no sea nada más yo", y entonces el me dijo: "no, yo no voy a ser mandilón"

Después de dos descubrimientos importantes (una infidelidad de su esposo que duró aproximadamente 10 años y el desfalco en la cuenta del banco por una suma considerable),

finalmente Lidia decidió divorciarse. Para ese entonces, ella llevaba 2 años acudiendo al grupo de autoayuda en Apis.

En el momento en que realicé la entrevista, ella vivía en la casa que adquirieron ella y su ex esposo. Tenía una relación de pareja con una persona a quién describía como no agresivo, noble y cariñoso. Se desempeñaba como supervisora de maestros en escuelas maestra de Historia en una escuela secundaria y cuidaba de sí practicando yoga y otras actividades físicas como correr o caminar.

Las entrevistas realizadas con este grupo de mujeres me permitieron observar por un lado, cómo éstas fueron socializadas en los roles de género, asumiendo actividades orientadas a mantener la infraestructura doméstica, así como tareas de cuidado material y afectivo hacia los hermanos/as más pequeños/as desde la infancia. Por otro lado, dan cuenta de los distintos tipos de violencia que vivieron o presenciaron tanto en su familia de origen, como en su vida adulta.

Dichos antecedentes de violencia en la infancia y de aprendizaje de los roles de género; así como las condiciones de violencia doméstica de su vida adulta, forman parte del escenario en el que se expresa una doble condición de cuidado/maltrato-violencia hacia sus propias hijas e hijos.

En su vida adulta, luego de separarse de su agresor la mayoría de ellas eran independientes económicamente y se ocupaban más de sí mismas realizando alguna actividad física como la yoga.

### 2. El cuidado y la violencia doméstica en la infancia

Este apartado contiene una parte de la información empírica que arrojó esta investigación, corresponde a las experiencias de la infancia de las mujeres entrevistadas y está organizada

en dos subtemas: 1) El cuidado material y afectivo, incluyendo algunos ejemplos de lo que he denominado cuidado bidireccional[47]; y 2) La violencia física y psicológica que el padre y la madre ejercieron contra ellas o sus hermanas/os.

### 2.1. "Mi mamá procuraba que estuviéramos comidos y bañados"

En este apartado hablaré básicamente del cuidado material y afectivo que las mujeres experimentaron siendo niñas. María Jesús Izquierdo habla de actividades de cuidado (2004) para referirse a las labores que realiza una "ama de casa" como responsable de la infraestructura doméstica y aunque la autora no lo enuncia de manera tan específica, consideremos que el cuidado abarca todas aquellas actividades no remuneradas de limpieza, orden y alimentación, como preparación de alimentos, limpieza de la ropa y de la casa, etc., orientadas a satisfacer las necesidades de las personas dependientes de la familia, es decir, de las hijas e hijos, así como de las personas enfermas, ancianas y discapacitadas.

A partir de las experiencias compartidas por las mujeres que colaboraron en el estudio, pude identificar que existen una serie de responsabilidades implícitas y explícitas asignadas a las mujeres que conforman la familia, independientemente si se trata de niñas, jóvenes o mujeres adultas.

Son al menos, cuatro tipos de actividades de cuidado o responsabilidades, que quienes pertenecen al género femenino se han visto constreñidas a realizar: a) actividades de cuidado material que buscan cubrir necesidades básicas nutricias, de higiene y salud; b) actividades de cuidado afectivo en las que incluyo todas aquellas acciones indispensables para el desarrollo psicológico y emocional adecuado de las hijas e hijos, por ejemplo, asistir a las

[47] Decidí usar el concepto de "cuidado bidireccional" para resaltar que el cuidado no es una actividad que realizan exclusivamente las mujeres adultas hacia personas dependientes o en situación de dependencia, sino que de acuerdo con la información empírica, las mujeres del estudio realizaron tareas de cuidado desde la infancia y adolescencia. Es decir, el cuidado al menos entre las mujeres de la familia va y viene en una doble dirección.

juntas y apoyarlos con las tareas escolares, convivir, jugar, llevar de paseo a las hijas/os; c) responsabilidad "moral" que refiere a las expectativas o exigencias sociales de comportamiento aceptable, como por ejemplo, "mantener a la familia unida"[48]; y d) responsabilidad económica, que sin ser propiamente asignada socialmente, fue asumida por las mujeres entrevistadas. Al respecto vale señalar que la mayoría de las mujeres manifestaron haberse hecho cargo en determinadas etapas de la relación de pareja, de todos los gastos familiares (manutención, pago de vivienda, salud, colegiatura, etc.) cuando sus parejas se encontraban sin empleo, además de hacerse cargo simultáneamente de las labores domésticas y de cuidado de las hijas/os.

La primera entrevista que realicé fue con Gisella y ha sido una de las experiencias más ricas y esclarecedoras para esta investigación. Tal como quedó descrito al inicio del capítulo, ella proviene de una familia de campesinos del estado de Puebla y es la quinta de 10 hermanas/os. Su padre era jornalero y su madre además de vender fruta, tortillas y lavar ropa ajena; realizaba actividades agrícolas contribuyendo así, junto con sus hijas mayores al trabajo del campo.

Las actividades de venta que realizaba la madre de Gisella le permitían el acceso a recursos económicos que destinaba al sustento familiar, sin embargo, le implicaban ausentarse de casa prácticamente todo el día en algunas temporadas. En esa situación las hijas mayores y Gisella, se encargaban de las tareas de cuidado material y afectivo de los hermanos más pequeños como lo muestra el siguiente testimonio:

[48] Cabe señalar que en el grupo de mujeres entrevistadas prevaleció una noción de familia idealmente compuesta por el padre, la madre, así como las y los hijos producto de esta relación. Desde el discurso de estas mujeres, otros tipos de familia como aquellos encabezados por la madre, o las familias compuestas por los miembros de la pareja cada uno/a con sus respectivos hijos/as, etc., no se encontraban dentro de lo deseable socialmente, al menos mientras se encontraban en la etapa de crianza de sus hijas/os.

> cuando yo estaba como de 11 años mi responsabilidad era cuidar a mis hermanos los más chiquitos, aparte de ir a la escuela, pero después cuando crecí, cuando estaba en la secundaria más o menos, si cuando mi mamá se iba a vender su fruta a otro lugar, yo me quedaba como de mamá y entonces yo tenía que darles de desayunar (Gisella, 57 años).

En caso de que la madre de la entrevistada no tuviera que salir a vender a otros pueblos, era la madre y sus hijas quienes se hacían cargo de la infraestructura doméstica y del cuidado material y afectivo de los hijos/as más pequeños.

Analizar los relatos desde la perspectiva de las mujeres entrevistadas me permitió en un primer momento identificar en estos casos un cuidado que no sólo es ejercido por las madres y excepcionalmente por los padres, ambos como responsables de las hijas/os; sino que me permitió contemplar sorprendentemente cómo el papel desempeñado por las hijas mayores como cuidadoras de apoyo en términos materiales y afectivos, o en algunos momentos como cuidadoras centrales, contribuye al mantenimiento de la infraestructura doméstica y con ello, a la reproducción del rol de género asignado, desde edades muy tempranas. Tal como ha sido señalado “los procesos de socialización son tan tempranos como eficaces en convenir las obligaciones de uno y otro género” (Murillo, 1996: 15), por lo que se define el “lugar donde les corresponde” estar a partir de designar a éstas como portadoras de los valores domésticos.

En estos grupos familiares el cuidado se da bidireccionalmente, de madres y algunos padres a las y los hijos; así como de las hijas mayores hacia las madres, los padres y los/as hermanas/os menores. De esta forma el aprendizaje de lo que corresponde hacer a unas y a otros, se inscribe desde edades muy tempranas, respecto del cuidado de sus hermanas/os Gisella señaló:

> Me acuerdo que si me gustaba, no me desagradaba porque mi mamá siempre iba a la plaza tempranito, yo me quedaba prendiendo la lumbre porque todavía se usaba la leña, entonces ya cuando llegaba mamá, pues ya este ayudarle a cocer los chiles, hacer la salsa porque en realidad yo no tenía así como trabajos pesados, ya más grandes nos repartíamos los trabajos pero cuando ella se iba, luego llegaba de la plaza y nos compraba nuestra gelatina a cada hijo y nos repartía entonces cuando ella se iba, igual yo hacía, me iba a la plaza y les compraba la gelatina a mis hermanos, les hacía la comida, pues como podía porque a lo mejor era un poquito más de responsabilidad, en esa etapa fíjate que si pues a veces yo le tenía que lavar la ropa a mi papá que era una ropa pesada y yo estaba chica (Gisella, 57 años).

Un aspecto importante de la relación de cuidado que la madre de Gisella estableció con ésta, tuvo que ver con que a diferencia de su padre, ella la apoyó decididamente para que cursara su educación secundaria. Lo anoto porque más adelante veremos cómo por la misma época, la madre de Gisella tuvo hacia ella actitudes de violencia psicológica, lo cual, sin descalificar el cuidado afectivo que le procuró, tuvo una influencia importante en la percepción que Gisella elaboró de sí misma en la edad adulta, según lo relatado por ella misma. En este sentido se puede apreciar una doble situación de cuidado/maltrato-violencia. Lo anterior me ha permitido en el análisis romper con la clásica dicotomía de la buena madre/mala madre, en tanto que como se puede ver a través de los relatos, las madres de las mujeres entrevistadas son sujetos que no pueden ser ubicadas en uno u otro polo pues al tiempo que procuraron cuidados a su descendencia, algunas de ellas también incurrieron en situaciones de violencia física y psicológica, como se muestra en el apartado correspondiente.

Para Bety la realización de actividades de cuidado estuvo determinada en parte debido a la enfermedad que padecía su madre desde que ella era muy pequeña, pero sin duda la noción que sobre los roles de género tenía la madre de Bety, fue muy importante pues a pesar de que había un hermano mayor que Bety a quién se podría haber designado como responsable de dichas actividades de cuidado, es a Bety a quién se atribuye la responsabilidad de las mismas por el hecho de ser mujer.

En la narración de Bety podemos identificar cómo no es el hermano quien asumiendo una disposición ética (Izquierdo, 2004) sustituye a su madre en la realización de tareas de cuidado material y afectivo, sino que estas actividades son realizadas principalmente por Bety, teniendo el hermano, sólo un rol de apoyo como se señala en el siguiente testimonio:

> pues yo hacía comida y arreglaba la casa, hacia el quehacer, había una señora que iba a lavar y a planchar y mi hermano el grande era el que ponía, quitaba mesa pues no sé, ya como que teníamos bien sabido qué teníamos qué hacer nosotros como los grandes, porque los otros estaban chicos (Bety, 57 años).

Este ejemplo ilustra claramente cómo opera la división sexual del trabajo, que de manera selectiva tomando como referencia el sexo de las personas, asigna funciones y tareas y establece determinadas expectativas para uno y otro sexo, lo que se traduce no sólo en una distribución inequitativa de las tareas domésticas, sino en una disposición ética hacia el cuidado de otros, que espera su compensación en el reconocimiento de los demás "al ocupar la posición femenina en la división sexual del trabajo se configura una subjetividad para la cual ser aceptada y valorada por las actividades que se realizan es cuestión de primordial importancia" (Izquierdo, 2004: 10).

Hay que señalar que la madre de Bety independientemente de sus problemas de salud se mantuvo al tanto de la alimentación de sus hijos/as "mi mamá con todo y su dolor y todo, nos procuraba que estuviéramos desayunados, comidos, cenados, o sea sí, no fue todo malo de mi mamá nomás su cochina enfermedad que tuvo no" (Bety, 57 años). Y sin dejar de ejercer por completo su rol de ama de casa/madre/cuidadora esta mujer compartió determinadas tareas con Bety quien desde temprana edad, asumió buena parte de la responsabilidad del mantenimiento de la infraestructura doméstica y de las actividades de cuidado material hacia sus hermanos menores. Como lo señalé anteriormente con respecto al

contexto familiar de Gisella, en el caso de Bety encontramos ejemplos de un cuidado bidireccional, de madre y padre hacia hijos/as y de ella como hija mayor, hacia sus hermanos menores, hacia su madre enferma y hacia su padre.

Como mujer adulta, Bety consideró que más que ser una niña cuidada, la enfermedad de su mamá propició el cuidado mutuo entre hermanas y hermanos, asumiendo ella el rol central de ama de casa como se describe a continuación:

> siempre estaba enferma y nos daba mucho miedo a nosotros como niños pues nos asustaba ver a mi mamá así porque no contábamos con ella, más bien ella contaba con nosotros, entonces yo creo que eso nos unió mucho a mis hermanos y a mi (…) pues nosotros solitos, yo me acuerdo que yo era como el ama de casa y mi hermano pues ayudaba en lo que podía porque pues éramos como los adultos de esa casa, mi papá pues daba el dinero pero nada más (Bety, 57 años).

Algunas discusiones se desprenden del testimonio anterior. Por mencionar sólo una se puede hablar de las condiciones necesarias para que niñas y niños tengan un desarrollo físico, psicológico y emocional óptimo. Desde luego se habla de cubrir necesidades básicas como alimento, salud, higiene y educación, sin embargo, poco se habla de la importancia de cubrir las necesidades afectivas de las/os niñas/os durante esta etapa de la vida. ¿Cómo se construye la subjetividad de una niña o niño que carece de los cuidados y la seguridad que en teoría tendría que procurarle la persona adulta responsable? Lo anterior nos puede llevar a una discusión de vital importancia con respecto a la concepción de sociedad que estamos construyendo en el día a día a través del tipo de socialización que reciben las niñas/os en la primera infancia (0 a 5 años). Como señaló el Comité Nacional Australiano sobre la Violencia "la mayor oportunidad que tenemos para evitar la violencia en la sociedad es criar a niños que rechacen la violencia como método para resolver problemas y que crean en el derecho de las personas a crecer en un ambiente saludable y libre de violencia" (García, 2002: 97). El aprendizaje de patrones de comportamiento violento conlleva a una probable reproducción de

esta forma de relación en su vida adulta con sus propios hijos/as.[49] En este sentido, unas líneas resumen la percepción que hoy tiene Bety del cuidado que sus padres debieron procurarle y que, según afirma, estuvo ausente "no, no, no yo fui una niña que me cuide yo sola como pude, no pues no, mi mamá enferma, mi papá en la calle" (Bety, 57 años).

Aunque su afirmación es contundente con respecto al no cuidado (o negligencia) hacia ella como niña de parte de la madre y el padre, es a su padre a quién le otorga cierto reconocimiento. Los recuerdos que tiene Bety sobre su padre retratan a un hombre totalmente ubicado en su rol de proveedor o ganador de pan, en términos de Izquierdo (1998)[50], que sin embargo, era alegre, llevaba a sus hijos/as de "pinta" o de paseo y cuando se encontraba en casa auxiliaba a la esposa en sus dolencias y padecimientos.

Al indagar sobre el recuerdo más bello que guarda Bety de su infancia, ella refiere a su padre y a la unión que tuvieron entre hermanos, la cual se manifestaba en cuidado mutuo:

> hay más bello… yo creo que aunque en ese tiempo no lo valoraba, pero ahora veo (que) mi papá era un señor muy alegre, muy, como muy niño a la vez, quizá como pareja yo no sé cómo sería la cosa (ríe) pero como papá era maravilloso, que luego en vez de la escuela nos llevaba de pinta, nos íbamos a Chapultepec al trenecito y nos decía que no le dijéramos a mi mamá (ríe) y eso me gustaba mucho, eso y la unión que teníamos mis hermanos y yo, eso son cosas que me gustaron mucho de mi infancia (Bety, 57 años).

[49] En un artículo publicado a inicios del 2011, Thelma Gómez habla de manera implícita del cuidado hacia las niñas/os en los primeros años de vida y específicamente cómo la "negligencia emocional" y el abandono en combinación con un entorno social agresivo, puede crear condiciones para cometer actos violentos en contra de otros. Dicho artículo fue galardonado con el Premio Nacional de Periodismo y Divulgación Científica 2012.

[50] La autora emplea el binomio "ama de casa"/"ganador de pan" para referirse a la división del trabajo entre los sexos en la cual los hombres no aportan trabajo directo a la unidad familiar y las mujeres no aportan ingresos económicos por ser la posición más frecuente que ocupan unos y otras. Sin embargo, el binomio se mueve en un continuum cuyo extremo estaría ocupado por una persona autónoma tanto económicamente como en cuanto a sus necesidades inmediatas y del entorno que habita. Una posición intermedia de dicho binomio implicaría la existencia de una mujer que no depende totalmente de los ingresos de su pareja y de un hombre que aunque implicado en las tareas del hogar, no lo está lo suficientemente como para restaurar su propia vida y la de las personas que se encuentran a su cargo (padre, madre, hijos/as, etc.), afirma la autora.

Como apunta el testimonio anterior, desde la percepción de Bety este acercamiento que estableció su padre con ellas como hijas e hijos mediante el juego o los paseos, fue una experiencia muy grata. En este sentido, la frecuencia no parece tener tanta importancia, pues para la entrevistada lo relevante fue el hecho mismo, independientemente de la frecuencia con que éste se presentó. Esto nos da pistas sobre cómo Bety elaboró su historia para ser narrada desde el presente, enfatizando lo que para ella fue más significativo: la enfermedad de su madre con necesidad de cuidados, por un lado y por el otro, la cercanía de su padre, en un rol de cuidador afectivo, aunque ausente en la realización de las labores domésticas se refiere.

En el caso de la familia de origen de Lidia la madre de ésta asumió el rol de género asignado socialmente, más el de proveedora de recursos económicos: ama de casa/madre/cuidadora/proveedora, pues el esposo abandonó totalmente sus responsabilidades paternas cuando sus 8 hijas/os eran muy pequeños. Este hecho fue crucial para el futuro de la entrevistada, principalmente con respecto a las decisiones que ella tomó en la familia que conformó siendo adulta. Hay que precisar que las hermanas mayores de Lidia contribuyeron al mantenimiento de la infraestructura doméstica.

De manera similar a la organización que se dio en la familia de origen de Gisella, también en casa de Lidia, operó la división sexual del trabajo, asignando a las mujeres de la familia aquellas actividades domésticas que se supone deben desempeñar en función del género al que pertenecen. La madre de Lidia se dedicaba a lavar ropa ajena y a vender comida. Las hermanas mayores de Lidia apoyaban a su madre en el mantenimiento de la infraestructura doméstica y Lidia ayudaba cuidando de sus dos hermanos menores.

De igual forma que Bety, Lidia consideró que ellas/os como hermanas/os, más que ser cuidados/as cuidaron de sí mismos/as, pues su madre se encontraba trabajando para sostener la economía familiar “mi mamá se la pasaba lavando y haciendo comida y yo no recuerdo que me cuidaran, yo empiezo a tener memoria cuando a mi me hacen que cuide a mis 2 hermanos más chicos” (Lidia, 59 años).

Cabe resaltar que en la narración que hace Lidia sobre su infancia y aunque ella no lo enuncie como tal, es posible identificar cómo la madre de ésta, procuró cuidado material y afectivo a sus hijas/as como se muestra en el siguiente testimonio:

> mi mamá por ejemplo, en la casa siempre llamaba a una hora a comer y ahí teníamos que estar y nos teníamos que comer lo que ella nos ponía, yo era la que nunca comía, pero si (decía) a comer, ¡a comer!, y todos (íbamos) a la casa a comer, o en la mañana igual, pues nos daba de desayunar… mi mamá siempre fue para mí una mamá muy consentidora, yo no recuerdo un regaño, ni un golpe, nada, mi infancia fue muy feliz (Lidia, 59 años).

Me gustaría detenerme un momento para señalar un aspecto importante: la ausencia de los niños/jóvenes/adultos varones en las narraciones de las mujeres cuando se habla de responsabilidades de la infraestructura doméstica y del cuidado material y afectivo. Ellos suelen aparecer en los relatos pero como personas dependientes, es decir, no como cuidadores, sino como cuidados.

Para Minerva, la más joven del grupo de mujeres entrevistadas, el cuidado y el mantenimiento de la infraestructura doméstica en su familia de origen recayó casi exclusivamente en su madre, quién tuvo estudios de educadora, pero se dedicó a ser ama de casa. El padre de Minerva era profesionista y jugaba primordialmente un rol de proveedor económico, aunque ella recuerda que por las mañanas llevaba a la escuela a su hermana, a su hermano y a ella. A diferencia de Bety y Lidia, y en coincidencia con la percepción de

Gisella, ella sí considera que fue una niña cuidada por su madre y padre, respecto a cómo ellos la cuidaban la entrevistada relató lo siguiente:

> generalmente mi papá era el que nos llevaba a la escuela en la mañana… y se nos hacía como un licuado en la mañana y (papá) se seguía al trabajo y en la tardecita mi mamá iba por nosotros a la escuela. Mi mamá estudió (…) pero en realidad se dedicó al hogar, ya no siguió la carrera; llegábamos (a la casa) y (ella era) la encargada de la casa, la que hacía la comida, la que de alguna forma nos atendía en cuanto a esta parte un poco como el vestir, las tareas, el cambio, en la tarde teníamos pues clases extraescolares, yo iba a ballet, mi hermano iba a música, mi hermano iba a guitarra, mi hermana iba a solfeo entonces ella era un poquito la que llevaba esto no (Minerva, 41 años).

De las mujeres entrevistadas, Minerva es la única que recuerda a su madre jugando con ella, al respecto comentó: “en la noche si algunas veces siento que mi mamá, no siempre pero algunas veces mi mamá llegó a jugar sobre todo conmigo más que con mis hermanos” (Minerva, 41 años). La entrevistada no refiere algún tipo de violencia en la infancia por parte de su madre, ni hacia ella, ni hacia su hermana y hermano, aunque sí por parte de su padre hacia su hermano.

A diferencia de Gisella, Lidia y Bety, Minerva fue la única de las entrevistadas quien señala que no le fueron asignadas actividades de cuidado hacia sus hermanas/os. Diversos factores pudieron influir, aunque lo más probable es que sólo se deba a que fue la menor de los hermanos/as. Otros aspectos como el nivel socioeconómico y de escolaridad del padre y la madre, la nacionalidad, el número de hijos/as, etc., también pudieron incidir en la organización de la familia de origen de Minerva. La madre de Minerva, al igual que las otras mujeres entrevistadas cuando se encontraban en la etapa de crianza de sus hijos, desarrolló el rol exclusivo de ama de casa. También hay que recordar que en casa de la familia de origen de Minerva hubo una trabajadora doméstica, lo que también pudo influir para que a las

hijas no se les designaran actividades de cuidado material o de mantenimiento de la infraestructura doméstica.

Más adelante veremos cómo coincidentemente algunas situaciones y comportamientos, como la enfermedad o el juego, que manifestaron las madres de las mujeres entrevistadas, se presentaron también en las familias que estas mujeres conformaron en su vida adulta. En el caso de Minerva, se encuentra en la etapa de crianza de sus dos hijos, por lo que aún están definiéndose muchas de las situaciones o actitudes de ella con respecto a sus hijos.

### 2.1. "Mi mamá era la que ponía disciplina, nada más nos miraba y ya sabíamos"

El término "maltrato" en la infancia siempre me ha causado conflicto pues no acabo de entender ¿por qué razón no se denomina violencia en la infancia?, de la misma forma como se expresa cuando se trata de la violencia ejercida en contra de las mujeres. Algunos de los autores que he retomado para esta investigación hacen referencia a mal trato y buen trato hacia niñas/os (Barudi y Marquebreucq, 2006); a maltrato físico, psicológico o emocional, abuso sexual y negligencia en la infancia (Azaola, 2007) o bien, a malos tratos en la infancia (García, 2002), sin embargo, usaré el término violencia indistintamente del término maltrato, aunque prefiero el primero por su potencial esclarecedor y de denuncia.

En este apartado abordaré dos temas relevantes en torno a las vivencias de violencia doméstica durante la infancia: la violencia física y psicológica que las mujeres vivieron o presenciaron siendo niñas o adolescentes y la justificación de ellas mismas, respecto de la violencia a la que estuvieron expuestas en esta etapa de su vida.

Al hablar de violencia física me refiero a "aquellos actos infligidos por los padres o cuidadores que causen daño físico real o tengan el potencial de provocarlo. Estos actos son cometidos de manera intencional o involuntaria. Incluyen conductas como *golpes en*

*diferentes partes del cuerpo, con las manos o con objetos, pellizcos, empujones, mordeduras y quemaduras*. El castigo, que no es muy intenso, pero sí frecuente y que se conoce como castigo crónico no severo, es también un tipo de violencia física" (CDHDF, 2008: 18).

Por violencia psicológica o emocional[51] entiendo aquella que "se produce cuando los padres o cuidadores no brindan las condiciones apropiadas y propicias, por lo que aparecen efectos adversos en la salud emocional y el desarrollo de la niña o el niño. Tales actos incluyen *restricción de los movimientos del menor, denigración, ridiculización, burlas, amenazas e intimidación, discriminación, rechazo, insultos y humillaciones*" (CDHDF, 2008: 18).[52]

Un punto de partida en esta sección es que todas las mujeres que compartieron sus experiencias conmigo, relataron algunas situaciones específicas de violencia durante la infancia hacia ellas o hacia sus hermanas y/o hermanos. En este sentido, la violencia física y la psicológica, formaron parte (entre otras) de las experiencias de la infancia de estas mujeres. Si atendemos a los relatos, se podría decir que sólo una de ellas vivió y presenció situaciones "fuertes" de violencia física y psicológica. Escribo "fuerte" entre comillas, pues como expondré más adelante, la frecuencia e intensidad de los eventos de violencia, pueden ser un criterio para dimensionar la violencia a la que una persona está expuesta; sin embargo, la percepción sobre la gravedad de los episodios violentos, es muy variable en cada una de ellas. Según datos estadísticos el impacto por vivir situaciones de violencia emocional y económica puede llegar a ser tan fuerte que lleve a la víctima al suicidio "es decir, aun cuando no han sido agredidas de otras formas más brutales –sexual y física– que pudieran

[51] Se define como maltrato emocional, sin embargo, también se usa el término violencia hacia niñas, niños y adolescentes.

[52] Cursivas del texto original.

aparentemente ser peores, la carga emocional de tales actos ha sido tan severa que las ha orillado a intentar quitarse la vida" (*INEGI,* 2007: 14)

Por lo anterior, independientemente de si se trató de golpizas, de un empujón, o de una frase hiriente, recordar el hecho permitió a las mujeres enunciar algo que quizá siendo niñas era difícil de expresar en palabras y dejó una huella importante en la historia de vida de cada una de ellas. En este sentido, tal como ha sido señalado por Valdez "en cuanto al impacto en los menores, ya sea como receptores o como testigos de la violencia, algunos estudios señalan que la exposición constante a la violencia familiar desde temprana edad tiene alcances devastadores en el desarrollo cognitivo, afectivo y de relación" (2004: 437).

Para Lidia, el presenciar que su madre golpeaba a una de sus hermanas fue una experiencia entristecedora y que la hacía sentirse vulnerable. Palabras como estar en riesgo, malestar, tensión y tristeza, describen lo que ella sentía cuando su hermana era violentada físicamente. Aunque el tema central de esta investigación no es hablar sobre el impacto que la violencia vivida o presenciada tiene para la construcción psíquica de las niñas y los niños, sí me interesa apuntar que en los relatos de las mujeres prevalece la noción de que "educar" y "disciplinar" a las hijas/os a través del uso de la fuerza física, por parte de las personas responsables del cuidado, en este caso las madres y los padres, es aceptable y "legítima" hasta cierto grado. Dicha "legitimidad" se presentó posteriormente, en la vida adulta de algunas de ellas en forma de prácticas de disciplinamiento y educación hacia sus propias hijas e hijos.[53]

En el caso de Gisella, son tres las situaciones específicas que narra: una de ellas, es cuando su madre ejerció violencia física contra ella; en otras dos ocasiones ella presencio

[53] En la actualidad sólo cinco países de Iberoamérica han incluido en sus legislaciones la prohibición de los castigos corporales hacia niñas y niños: Portugal, España, Uruguay, Costa Rica y Venezuela (El periódico, 2012).

cómo su hermana mayor fue golpeada por su padre y también recordó una vez en que siendo ella adolescente, escuchó al esposo de su hermana, violentarla psicológicamente.

La violencia física contra ella ocurrió en más de una ocasión, aunque recuerda poco los motivos específicos, tal como señala en el siguiente testimonio:

> bueno pues a lo mejor porque rompí un plato, a lo mejor, te digo que eran cosas así que no considero que hubieran sido cosas así muy marcadas así de… te digo que casi no recuerdo yo los motivos, sí recuerdo así en general… sí pues a mí también me pegaron, una vez me pegaron porque defendí a mi hermana la más chica, mi mamá le estaba pegando y la defendí… eso era no, pero así porque se me olvidó hacer alguna cosa de quehacer o sea pero realmente no recuerdo yo así en específico los motivos (Gisella, 57 años).

Las dos ocasiones en que su hermana mayor fue golpeada, independientemente de si fueron impactantes para ésta y para quienes presenciaron la violencia, es decir, los demás hermanos y la madre; para Gisella fue algo "muy fuerte", es un evento que ella recuerda vívidamente, a pesar de haber sido muy niña. Más adelante en la entrevista, ella elaboró una interesante reflexión que nos habla de la influencia que estos eventos de violencia pudieron tener en su relación de pareja, con el padre de sus hijos y al mismo tiempo, se vincula con dos temas: la noción de virginidad y la relación de subordinación entre hombres y mujeres.

Una primera golpiza propinada a la hermana de Gisella, fue porque se fugó con su novio, la entrevistada comentó: "yo recuerdo que mi hermana llegó y mi papá le pegó, la encerró en un cuarto él con ella nomás y yo recuerdo que le pegó muy feo y creo que ese mismo día nos salimos de Cuauhtla y nos fuimos, nos salimos huyendo de ese novio, para mí eso fue muy fuerte" (Gisella, 57 años). La siguiente vez que su padre ejerció violencia física contra esta misma hermana, se debió también a una relación de noviazgo, según recordó la entrevistada: "otra segunda ocasión que mi papá le pegó por un novio me acuerdo que todos

lo agarramos de las piernas para que no le pegara y mi mamá también y también a mi mamá le dio un golpe por que la defendió" (Gisella, 57 años).

Debemos tener presente que en una sociedad patriarcal como la nuestra la sexualidad femenina es controlada y manipulada de distintas formas, a diferencia de la sexualidad masculina que goza de una mayor libertad, lo que origina una doble moral sexual: una para hombres y una para mujeres, en este sentido "son los varones quienes a través de su hegemonía política y religiosa controlan el ritmo de embarazos de las mujeres con diversas normativas sobre prácticas anticonceptivas y aborto, así como por medio de concepciones populares o supuestamente científicas sobre lo que deben ser las prácticas sexuales normales" (Puleo, 1995: 34). En algunos contextos sociales, el padre controla la sexualidad de las hijas antes del matrimonio, como en el caso de la hermana de Gisella. La norma es aplicada a una mujer que no es reconocida como sujeto autónomo, sino como un ser a tutelar, responsabilidad que se encuentra por lo general a cargo de algún hombre de la familia, ya sea el padre, el hermano, el abuelo, el tío, etc.

Ahora bien, la narración de Minerva nos habla de que independientemente de la frecuencia, intensidad y tiempo que las mujeres permanezcan expuestas a los distintos tipos de violencia, cada persona experimenta de forma diversa estos actos violentos. Minerva es la única mujer que no relató situaciones de violencia física por parte de su pareja y que tampoco fue violentada por su madre, sin embargo, un solo hecho que pareciera ser mínimo, se quedó grabado en ella y al recordarlo expresa haber sentido molestia e incomprensión como lo relata a continuación:

> sí me acuerdo que mi papá… no me acuerdo si fue mi papá… yo creo que mi papá llegó a darme alguna vez ¿sabes qué me llegó como a molestar mucho?, que me llegó a dar en la cabeza así tipo sape y me llegó a molestar tanto, más que el dolor del golpe, así como ¿por qué?, ¿por qué así?, ¿por qué en la cabeza?" (Minerva, 41 años).

Para Gisella, algunas golpizas que su padre o madre infligieron a sus hermanas, hermano, o a ella misma, no fueron vividas como maltrato, ni mucho menos como violencia, es decir, existe una legitimación de la violencia por parte de la entrevistada; sin embargo para Bety o para Minerva, unas palabras hirientes o un golpe en la cabeza, fueron actos desagradables, que causaron dolor, incomprensión, indignación o molestia. Y son actos que recuerdan vivamente aún hoy, siendo adultas.

Con respecto a la violencia psicológica que vivió Bety por parte de su madre y en cada uno de los ejemplos que narra, pareciera que el motivo tiene que ver con una expectativa no alcanzada, generada por la madre en torno a su hija. Al respecto la entrevistada comentó lo siguiente:

> porque mi hermana y yo éramos gorditas y nos decía: "¡hay acabo de ver unas niñas bien delgaditas!, ¡hay cómo no son ustedes así!, bueno no, mejor no porque tenían los huesos de las rodillas muy salidos", pero pues siempre no, sí era especial para decir cosas cuando podía hablar (ríe) hirientes (Bety, 57 años).

Detenerme un momento en este fragmento de la entrevista con Bety, me obliga a considerar dos aspectos: por una parte, la legitimidad de la que hablaba en párrafos anteriores con respecto al ejercicio de la violencia hacia niñas y niños; y por la otra, que dicha legitimidad en el caso de Bety, es aplicada exclusivamente a ella y a su hermana y no a sus hermanos varones. El ejemplo anterior es bastante ilustrativo de una doble vulnerabilidad a la que estuvieron expuestas Bety y su hermana, en función de su género y edad.

Recordemos que la conformación de la identidad femenina sucede en un contexto patriarcal basado en discursos y normas que bajo un sistema binario de géneros (masculino y femenino) prescribe las posibilidades de ser (Arisó y Mérida, 2010). Tan es así que los cuerpos designados como femeninos deben ajustarse a la expectativa social que les exige

ciertas características para ser aceptados, según el estereotipo de belleza prevaleciente en nuestra sociedad, como delgadez extrema, cierta estatura, ser de piel y ojos claros de preferencia, etc. Heise, *et. al.* (1994) propusieron el término "prácticas culturales nocivas para la mujer" para señalar que además de la mutilación genital y el matrimonio infantil, existen otras prácticas que buscan "convertir a las mujeres en parejas sexuales aceptables y atractivas para el hombre. Las mismas incluyen las dietas patológicas (anorexia y bulimia) y la cirugía plástica de alto riesgo (todas estas prácticas buscan) ajustarse a normas sociales prescritas sobre belleza y condiciones para ser casaderas" (1994: 16).

Cabe mencionar que en todo el relato de Bety, no existen alusiones a algún tipo de violencia infligida hacia sus hermanos varones, (mucho menos debido a su apariencia física), como sí ocurrió en las experiencias compartidas por las demás mujeres. Respecto a la "selectividad" que la madre de Bety tuvo para ejercer la violencia psicológica sobre su hija, expresando mayor preferencia por su hijo varón, ella comentó lo siguiente:

> yo me esforzaba por hacer el quehacer y todo, todo el tiempo y un día me dijo que sacudiera un mueble, pero yo ya no quería estaba chica yo ya quería yo creo hacer otra cosa y me dijo: "¡qué barbaridad, por eso quiero más a tu hermano que a ti!", ¡Hay eso me dolió tanto, tanto, tanto que hasta la fecha me acuerdo y me duele mucho!, porque pues ahora sí que uno se esfuerza porque la quieran a uno y no fue nunca bastante, porque pues era mi mamá así como (preferir a) sus hijos hombres no (Bety, 57 años).

El testimonio anterior refleja por un lado, las expectativas de reconocimiento en torno a las actividades domésticas que Bety realizaba. Según Izquierdo a diferencia de lo producido por el hombre, es decir, bienes o servicios cuyo valor se establece en el mercado en relación con otros bienes o servicios; el valor de lo producido por la mujer depende del uso "en un cierto momento, en un cierto lugar, personas concretas hallan satisfacción al usar o consumir aquello que produce la mujer (…) la mujer obtiene satisfacción principalmente de ser querida y valorada y sólo es capaz de valorarse en la medida en que se siente valorada" (Izquierdo,

2004: 9-10) Lo anterior brinda elementos para reconocer el posible origen del profundo dolor que Bety experimentó a sentir el rechazo de su madre y al no ser reconocido “su” trabajo en el ámbito doméstico. La entrevistada intentó ajustarse al rol social asignado, sin embargo, no obtuvo el reconocimiento esperado.

Con respecto a la violencia psicológica que Gisella escuchó en contra de su hermana, vale decir que es una situación que se repitió para la misma Gisella en la vida adulta y con el mismo tipo de insulto por parte de su pareja “yo le cuidaba a sus niños cuando venía a pasar vacaciones (…) y en las noches yo escuché como él la insultaba y lo clásico de los hombres que te dicen, yo oía que le decía eres una puta lo común que le dijeron a ella me dijo a mí mi pareja” (Gisella, 57 años).

En el caso concreto de Gisella, ella elaboró un vínculo entre la noción de virginidad y la forma como se establecen las relaciones entre hombres y mujeres. Aquí la noción de “virginidad” fue clave en la vida de esta mujer, pues durante más de 20 años influyó en la manera como se relacionaba con su pareja. Ella, como muchas mujeres en nuestra cultura aprendió que la “virginidad” era un pre requisito, una exigencia necesaria para contraer matrimonio. La “virginidad” también alude a una condición de exclusividad de la sexualidad de las mujeres por parte de sus parejas varones. La razón por la que su hermana era violentada psicológicamente por su pareja, era que “ya no era virgen” cuando éste la conoció. Más adelante veremos como para Gisella, el no haber “llegado virgen” a la relación, se convirtió en argumento de su pareja para violentarla y en motivo de culpa y justificación para sí misma, pues el control de la sexualidad de las mujeres es una forma de violencia ejercida por los hombres que contribuye a mantener las relaciones de subordinación de unos sobre otras.

### a) Justificación de la violencia en la infancia

Sobre la presencia de la violencia física y psicológica en la infancia de las mujeres, lo revelador es la naturalización de su existencia, más que el hecho mismo. Como se sabe el "maltrato"[54] a los infantes como se le ha denominado, es una práctica común aún en nuestros días, es tolerada socialmente e incluso incentivada como forma de educar a las hijas e hijos, por lo que "todavía existe un reducto de legitimidad social de la víctima en las relaciones familiares, en concreto en las relaciones padres-hijos. Legitimidad que se disfraza con nombres como disciplina, práctica educativa, medida correctora o demostración de autoridad, pero que no deja de ser violencia utilizada <<legítimamente>> para conseguir unos fines determinados: el castigo corporal" (García, 2002: 91)

Lo sorprendente es cómo ese ejercicio de violencia contra niñas y niños, por ser considerado "legítimo", es naturalizado, minimizado o invisibilizado, perdiendo con ello todo potencial de denuncia o de análisis crítico.

Señalar lo anterior es importante porque siendo la violencia hacia niñas y niños una práctica tan común y "legitimada" culturalmente, se conforma como un precedente que puede favorecer la reproducción de la violencia en la vida adulta. Como se ha señalado "esta perpetuación del maltrato en el tiempo lleva a que los niños incorporen la violencia a su repertorio de conductas, ocurriendo de este modo una trasmisión cultural de los valores

[54] Según el Informe de América Latina a propósito del Estudio Mundial de las Naciones Unidas del 2006 (CDHDF, 2008) hay dos formas de violencia infantil: la disciplina violenta y el maltrato. La primera refiere a aquella que ejercen las personas adultas, de manera intencional para corregir una conducta no deseable y orientarla hacia lo socialmente aceptable para el desarrollo de la niñez y la adolescencia. Dicha "disciplina" se manifiesta en castigo físico. El maltrato consiste en acciones u omisiones que tienen la intención de causar daño a la niña o niño agredido, manifestándose en cuatro tipos: físico, emocional o psicológico, por negligencia o abandono, y abuso sexual que ocasionan lesiones físicas o emocionales, tanto leves como graves e incluso la muerte. Para esta investigación decidí no retomar la definición de violencia infantil tal como expresa dicho informe, en tanto que denomina "disciplina violenta" al ejercicio de violencia con el supuesto objetivo de "corregir" y buscar un desarrollo aceptable en la niña o niño, lo cual me parece inadmisible bajo ninguna circunstancia.

aprendidos" (Echeburúa, 2007: 20). Es decir, las personas que durante su infancia vivieron violencia, pueden llegar a reproducirla con sus propios hijos/as. El tema de la reproducción de la violencia a partir de la socialización y las experiencias de violencia en edades tempranas es de suma importancia pues constituye al mismo tiempo una de las claves para romper la cadena de la violencia. Un estudio realizado con asesinos convictos que cometieron homicidios alrededor de los 18 años de edad apunta la importancia del trato que reciben los infantes en los primeros años de vida, dicho estudio "muestra un factor frecuente que consiste en el antecedente de haber tenido unos padres violentos o poco afectuosos" (En González y Cárdenas, 2004, tomado de Hill-Smith, et. al., 2002, pp.267).

En el caso de Gisella, al inicio de la entrevista niega que su padre haya sido violento con ellas/os como hijos/as, o con su madre: "mi papá nunca tuvo con ella actitudes violentas ni con nosotros, pero si era un poquito pues apático no tenía como mucho interés en ganar dinero" (Gisella, 57 años), sin embargo, como quedó expuesto en el apartado anterior, durante la entrevista ella narra situaciones específicas de violencia, que contradicen su testimonio inicial.

Si vamos más adelante en el relato de Gisella nos encontramos la referencia que hizo sobre su padre respecto al tema "corregir", que por lo que se puede entender, podría ser para Gisella sinónimo de golpear como se muestra en el siguiente testimonio:

> y mi papá casi no nos corregía, sí recuerdo en una ocasión recuerdo que una vez me pegó y otra vez me dio un empujón pero como mi papá casi nunca nos pegaba, si lo recuerdo como que me dio más coraje de una vez que me dio un empujón o un golpe, a todas las veces que mi mamá lo hizo (Gisella, 57 años).

Lo que más me ha llamado la atención es que aún narrando distintas experiencias de violencia contra ella o contra sus hermanas/os, ella considere que no fueron "niños maltratados" e inevitablemente me pregunto ¿qué es ser maltratado/a?, ¿qué necesita

suceder para que pueda considerarse que existe el maltrato, o peor aún, que existe la violencia hacia niñas y niños? Alice Miller tiene un planteamiento interesante respecto de la dificultad que tenemos las personas adultas, de aceptar que fuimos víctimas de violencia durante la infancia pues vivimos en un contexto social que desaprueba el ejercicio crítico hacia la labor que desempeñan las madres y padres como responsables en la crianza de las/os hijas/os.[55] Un cuestionamiento más es preciso: ¿por qué no se reconoce la violencia ejercida por el padre y sí aquella que llevó a cabo la madre?

Cuando pienso el relato como un todo que habla de la historia de vida de una mujer llamada Gisella, puedo decir que comparada con la violencia que ella vivió con su pareja, esas experiencias de violencia durante la infancia, no fueron ni tan frecuentes, ni tan intensas, ni tan variadas. En otras palabras, la elaboración de Gisella con respecto a las vivencias de violencia durante su infancia, resalta ciertos aspectos, como por ejemplo, que es la madre la que corregía, era dura y golpeaba; y minimiza u oculta otros, como la violencia física ejercida por su padre hacia su hermana mayor. ¿Cómo pudo Gisella generar una opinión tan favorable de su padre, cuando según la narración, fue un agresor no sólo hacia su madre, sino hacia la hermana mayor y hacia ella misma? Ella dice que su padre casi no los golpeaba, lo que nos lleva a una lógica de sucesos comunes que se convierten en algo esperado, luego natural y luego legítimo.

[55] El tema central en algunos de los trabajos de Alice Miller (2004); (2009) en términos muy esquemáticos, es que las personas adultas solemos negar el sufrimiento ocasionado por haber sido maltratados durante la infancia por nuestros padres. Dicha negación se halla inserta en un contexto social en el que las normas morales y religiosas, constriñen nuestra posibilidad de crítica hacia nuestros progenitores y dado que es un asunto no resuelto para nuestra propia historia de vida, ello nos impide cuestionar nuestro proceder para con nuestras hijas e hijos, corriendo el riesgo de reproducir el maltrato.

Además la justificación “pedagógica” que tuvieron estas prácticas de “disciplinamiento”, estuvo fundamentada en el hecho de que tanto las mujeres entrevistadas, como las hermanas/os de estas, merecían el cinturonazo o el golpe, por “rebeldes”, como lo relata Lidia:

> mi mamá cuando estábamos cerca de ella, mi mamá era enérgica, no la podíamos ver mal porque se enojaba y a la que vi que le pegaran fue a mi hermana la mayor porque era muy rebelde, le decía mamá: “no quiero que se vayan a meter a casa de los vecinos” y era lo primero que iba a hacer, entonces yo veía eso y yo no lo hacía porque pues ya sabía que nos iba a tocar entonces yo era obediente, era juguetona pero obediente (Lidia, 59 años).

Esta justificación que sobre la violencia vivida han elaborado las mujeres entrevistadas, también la encontramos en el caso de Minerva y casualmente por la misma razón que argumentan las demás mujeres: rebeldía de los hermanos/as. Me llama la atención la expresión “ser obediente” en Lidia pues encaja perfectamente en el tipo de comportamiento esperado según el estereotipo de feminidad. Como se sabe la docilidad, la obediencia y las actitudes de sumisión constituyen parte de las características que aún hoy en día se infunden y esperan del comportamiento de niñas, jóvenes y adultas. Aunque en el caso de Lidia, además de haber sido aprendido como un comportamiento aceptable para una niña, el “ser obediente” se enmarca en un contexto de violencia que probablemente ponía en duda la seguridad y estabilidad de ésta. Como veremos más adelante, ella sentía tensión, tristeza y se sentía en riesgo de ser golpeada por su madre de igual forma como era golpeada su hermana.

Además me gustaría aclarar que deliberadamente indagué sobre el tema enunciándolo como disciplina o como poner límites y las preguntas fueron en su mayoría respondidas en términos de que la disciplina y el poner límites, implica golpes y maltrato, el siguiente testimonio explicita un poco a lo que me refiero:

> pues yo siento que… cómo decirte… yo siento que por tiempo, quizá mi mamá ponía como muchos límites, pero mi hermano retaba mucho a mi mamá, y jugaba como mucho a la bolita entonces le era más difícil, mi papá era más así como a rajatabla, o sea ahí era la disciplina como de aquí no pasas y ahí es cuando llegó a darle el cinturonazo no (Minerva, 41 años).

En la narración de Gisella es importante resaltar que ella coloca a su madre como la encargada de corregir, sin embargo, su padre también golpeó a una de sus hermanas mayores, pero ese hecho pareciera estar minimizado, excepto cuando lo enuncia para relatarlo. En otro apartado he señalado la percepción tan positiva que Gisella tenía de su padre, sin cuestionar en ningún momento de la entrevista la violencia física que éste ejerció en contra de su hermana y su madre, a diferencia de la opinión que tiene sobre ésta última, una opinión más crítica con respecto a la forma de "corregir" (a través de golpes) que su madre llevaba a cabo. En este sentido, hacia el final de la segunda entrevista que realicé a Gisella ella expresa una postura ambigua respecto de su madre, por un lado, no considera justo que ésta la haya golpeado, pero por otro lado, expresó no sentir enojo y justifico la violencia que ejerció su madre, como se muestra a continuación:

> la que se encargaba de corregir era mi mamá y sí recuerdo que me pegó por alguna razón a veces sin…yo recuerdo que no me parecía justo, tan no me parecía justo que cuando mis hermanas se quedaron conmigo a mi cuidado las más chicas que hacían travesuras, yo no las acusaba porque no me gustaba que mi mamá les pegara. Sí, sí pegaba y era muy dura… recuerdo a uno de mis hermanos que sí lo golpeó muy feo y a otra hermana también, como era rebelde pues también la golpeó pero yo personalmente sí recuerdo que a veces por defender a mis hermanos me tocaba también a mí, pero no lo recuerdo como con enojo no, a lo mejor yo creo que no estaba bien o sea como que exageró, pero ahora yo me explico el porqué yo creo que se desesperaba por su situación (Gisella, 57 años).

Lo anterior da pie para cuestionar las razones por las que se formula una postura más crítica hacia la madre que hacia el padre, ya que quizá nos habla de la expectativa que por razones de género nos crean de la madre como incondicional, buena y cariñosa y que

prevalece en nuestra sociedad. A diferencia del establecer disciplina, a través de la violencia que se encuentra legitimada en el padre, como autoridad reconocida.

Como en los casos de Lidia y Minerva, llama la atención en esta parte del relato cómo Gisella justifico de alguna manera los golpes que su mamá le dio a una de sus hermanas, al describirla como “rebelde”.

Para Lidia también existió una justificación de la violencia física que presencio cuando su mamá golpeaba a una de sus hermanas, al respecto expresó lo siguiente:

> era muy… enfrentaba a mi mamá, te digo que le decía: “no se vayan a meter” y era lo primero que iba a hacer. Entonces sí ese momento, yo creo que sí, me preguntabas antes de los momentos feos, era ver a veces que le pegaran a mi hermana porque se siente muy feo (Lidia, 59 años).

En el relato de Lidia no existen indicios de violencia física o psicológica hacia ella como niña, pero llama la atención que dice “yo era juguetona pero obediente”. Al respecto, cabe mencionar que en el tema de la violencia doméstica, quizá se ha desestimado el poder ejemplificador o amenazante, según se quiera ver, que tiene el presenciar la violencia hacia otros, especialmente cuando quien observa es una niña o un niño y quienes son violentados son otros iguales, es decir, niños/as también. Ya no hablemos de lo que significa que quien es responsable de cuidar y proteger, sea quien ejerza violencia.

Para concluir este capítulo, quisiera destacar que los relatos de las mujeres entrevistadas distan mucho de conformar un todo coherente y ordenado, pues se acercan más a lo complejo y en ocasiones contradictorio del comportamiento humano. Es por ello que algunas de las afirmaciones hechas por ellas, parecieran no coincidir con otras dentro de la misma narración. Además, se trata de historias, construidas verbalmente, en las que van entretejidas nociones, roles de género y mandatos sociales en torno a las prácticas de

cuidado y al ejercicio de la maternidad que constantemente se ven enfrentadas a las prácticas en la vida cotidiana que las mujeres llevan a cabo.

## CAPÍTULO IV. CUIDADO Y VIOLENCIA DOMÉSTICA EN LA VIDA ADULTA

En el capítulo anterior abordé los temas del cuidado y la violencia en la infancia de las mujeres entrevistadas, por lo que en el presente capítulo doy continuidad a dichos temas retomando el periodo en que las mujeres conformaron una nueva familia siendo adultas.

En el primer apartado hago referencia a cómo las mujeres entrevistadas se organizaron para desempeñar el rol de madres/cuidadoras, sin la contribución de sus parejas. Como lo indiqué previamente, distingo 4 tipos de actividades de cuidado: a) cuidado material; b) cuidado afectivo; c) responsabilidad moral y d) responsabilidad económica. Incluyo ejemplos de cuidado afectivo que dos de las mujeres relataron por parte de su hija e hijo respectivamente, así como la percepción de las mujeres sobre su propio desempeño en tanto cuidadoras, como parte del ejercicio de su maternidad y la que tienen del desempeño de sus parejas en tanto tales y como padres.

En el segundo apartado abordo la violencia doméstica que vivieron las mujeres y sus hijas/os por parte de la pareja/padre en la familia que conformaron siendo adultas e incluyo situaciones de violencia que las entrevistadas ejercieron hacia las hijas/os.

### 1. Al cuidado de mamá

Como punto inicial recordemos que estas mujeres comenzaron a realizar algunas de las tareas de cuidado desde la infancia y la adolescencia, como por ejemplo, las de cuidado material y afectivo hacia sus hermanos/as, tal como quedó expuesto en el capítulo anterior. Es importante realizar este acercamiento ya que permite comprender el cuidado como una práctica aprendida desde la infancia, que favorece la reproducción de la subordinación de las mujeres; así como identificar contextos y situaciones específicas que dan cuenta de la manera como van construyéndose las identidades de género.

## 1.1. Cuidado material y afectivo

Sin duda se puede afirmar que las mujeres entrevistadas fueron madres/cuidadoras en su vida adulta con sus propias hijas e hijos. Se presentó una variación respecto del tema del cuidado en comparación con la familia de origen, es decir, en algunas familias de origen hubo padres que ejercieron en parte un rol de cuidadores afectivos y en la mayoría de las familias que las mujeres conformaron siendo adultas, sus parejas no llevaron a cabo este rol.[56]

Otra de las diferencias es que en las familias de origen en las que hubo entre 3 y 8 hermanas/os, la mayoría de las mujeres entrevistadas, así como sus hermanas, llevaron a cabo prácticas de cuidado hacia las y los hermanos/as menores, así como hacia su madre y padre, lo que en las nuevas familias en las que el número de hijos/as osciló entre 2 y 4 hijos/as, ocurrió sólo en dos casos.

Recordemos que los relatos en torno al cuidado material y afectivo; así como al sostenimiento de la infraestructura doméstica, corresponden al periodo en que sus hijos/as, hoy adultos, eran pequeños.

Cada una de las mujeres se organizó de acuerdo a sus condiciones socioeconómicas, culturales y según la noción que tenían sobre la responsabilidad materna. En general no contaron con la colaboración de su pareja para el mantenimiento de la infraestructura doméstica, ni para actividades relacionadas con el cuidado material y afectivo de las hijas/os, en estas familias los hombres fungieron exclusivamente como proveedores.

[56] Sólo en el caso de la pareja de Minerva, la mujer más joven del grupo, su pareja se involucra en alguna medida con sus hijos al llevarlos de paseo eventualmente, actividad que no realizaron ninguna de las parejas de las demás mujeres.

Una de las estrategias más claras que la mayoría de las madres implementó fue buscar un trabajo asalariado de medio tiempo o con la flexibilidad suficiente que les permitiera cuidar de sus hijos/as por las tardes.

Para dos de las entrevistadas las responsabilidades en el trabajo fueron aumentando paulatinamente por lo que se organizaron de distintas maneras. Cuando Lidia tenía sólo un hijo y una hija, sus horarios de trabajo le permitían llevarlos a la escuela y recogerlos al terminar su jornada laboral, pero cuando tuvo a su tercera hija, optó por contratar a una persona para que recogiera a los hijos de la primaria, mientras que a la hija más pequeña comenzó a llevarla a la guardería "cuando salía de trabajar, recogía a mi hija que era a las 3 de la tarde, recogía a mi hija de la guardería y ya me iba a la casa y ahí estaban mis hijos, yo hacía comida un día antes, ya llegaba y les daba de comer que lávense los dientes, que la tarea y vámonos a las actividades de la tarde y así, todos los días" (Lidia, 59 años). Llevar a sus dos hijas y a su hijo a las actividades deportivas o artísticas por la tarde, así como implementar una rutina de horarios fueron las maneras que Lidia llevó a cabo para cuidar de sus hijas/o sin la colaboración del padre de éstos. Siempre me he preguntado ¿cómo hace una madre para cuidar de dos, tres o cuatro hijos pequeños, sin la colaboración del padre y sin apoyo de familiares y además debiendo cumplir un horario laboral?, al respecto Lidia expresó lo siguiente:

> ¡como la loca!, yo llegaba en la noche y decía: ¡ah, creo que no comí! y luego al otro día me levantaba a lavar y ya me andaba yo desmayando lavando, si… yo misma me asombro porque no creas que nada más los llevaba a la escuelita, en la tarde les buscaba actividad, que la natación, que el Tae kwon do, que el Jazz que les gustaba mucho a mis hijas, siempre traté de complementarles, que el inglés, ¿cómo le hacía?, no sé, pero pude… (Lidia, 59 años).

Para Lidia el trabajo de cuidado material y afectivo hacia sus hijas e hijo, fue un trabajo solitario, pues su pareja no se involucró en dichas actividades como narra a continuación:

“nunca jugó con mis hijos, nunca hizo tareas (escolares) una sola tarea que haya hecho con ellos, nunca, que haya jugado con ellas, tampoco, que las haya llevado al doctor jamás” (Lidia, 59 años). Con respecto a las actividades propiamente domésticas la pareja de Lidia tampoco asumió ninguna responsabilidad en este sentido: “¡no nunca, cállate no!, yo era todo, yo era todo, tenía que trabajar y tenía que tener la casa limpia y tenía que atender a los hijos y tenía…¡todo!” (Lidia, 59 años).

El jugar un papel de proveedora de recursos económicos y además realizar las respectivas actividades para el mantenimiento de la infraestructura doméstica y de cuidado material y afectivo de sus hijas e hijos, implicó para la entrevistada cuidar poco de sí misma, pues como afirma en el siguiente testimonio, su prioridad fueron sus hijas e hijo:

> mi amiga me decía: “arréglate, ¿por qué no te arreglas?”, pues es que no me, me bañaba, no me daba tiempo, o cambiaba a los hijos, yo medio me arreglaba, “arréglate eres muy bonita mira”… ¡yo estaba hecha un palo!, yo creo debí haber pesado 49 kilos y yo no me percataba de eso porque ¡el rollo de la responsabilidad de tus hijos! (…) fui dándome un poquito de más cuidado pero siempre mi prioridad fueron mis hijos, siempre fueron mis hijos, siempre andábamos juntos para todos lados, sábados, domingos, es más, él se iba a otras actividades que él tenía sábados y domingos y yo me iba con mi mamá y con mis hijos o me los llevaba de paseo (Lidia, 59 años).

Lidia resume de esta manera el tipo de relación que hubo con el papá de sus hijos “nunca fue un compañero, nunca fue una pareja, nunca me ayudó con los niños, nunca me ayudó a nada en la casa, a nada, no levantaba ni un popote y luego además era infiel, luego hubo periodos en que él no ganaba nada y yo era la que sostenía la casa” (Lidia, 59 años), esta narración ilustra por un lado, la irresponsabilidad y libertad que se toman los padres/”proveedores”, al no involucrarse en el resto de responsabilidades que también les corresponden, pero cuyo cumplimiento no representa una exigencia social y por otro lado, refleja el lugar de reclusión de las madres/amas de casa en el lugar de cuidadoras exclusivas.

Con respecto a la percepción que Lidia tenía de sí misma en su rol de madre, afirmó lo siguiente: “no los regañé, ni por las calificaciones también o sea como que fue muy naturalito para mi ser mamá” y agregó:

> yo disfruté mucho a mis hijos, yo jugaba mucho con ellos, yo era feliz, jugaba mucho, mucho, mucho con ellos, todavía mi hijo yo creo que tenía veintitantos años y dice: “hay mamá, hace mucho que no jugamos luchitas”, entonces me empezó a corretear y me lastime una rodilla y le dije: “ya no volvemos a jugar luchitas” ¡imagínate cómo nos llevábamos! (Lidia, 59 años).

Gisella por su parte, también buscó resolver el tema de los horarios de salida de la escuela y durante un tiempo tomaba su hora de comida en el trabajo para ir a recoger a su hijo menor a la escuela, pero eso le ocasionó algunos problemas, por lo que delegó esa responsabilidad a su hija mayor. Era ésta quien acudía a las juntas escolares de su hermano menor y firmaba las boletas en representación de su mamá. Cabe recordar que la madre de Gisella también delegaba en sus hijas mayores e incluso en la entrevistada (siendo aún menor de edad) la responsabilidad del cuidado de las/os hijos/as menores mientras ella salía a trabajar fuera de casa. En otro momento Gisella se apoyó en algunas vecinas quienes recogían de la primaria a su hijo menor, pero después de un tiempo tampoco resulto la mejor opción pues como ella señaló:

> cuando pasó a la primaria también fue muy difícil porque ya no (tenía) esa vecina, ya no me lo podía recoger sino me lo recogió otra señora, que la niña de esta señora era compañerita de mi hijo pero tenía un hijo mayor que ellos y mi hijo una vez me dijo: “mamá ya no quiero que me recoja la mamá de Sandra” y le digo: “¿por qué hijo?”, y me dice: “pues es que su hermano me pega” y entonces empecé a tener mucho coraje porque lo tenía que dejar (Gisella, 57 años).

Estas soluciones que Gisella encontró para el tema de la salida de la escuela de las y los hijos, además de coraje, posteriormente también le ocasionaron culpa, pues consideró que

por su trabajo no estuvo el suficiente tiempo al pendiente de las cuestiones escolares de sus hijos/as como se aprecia en el siguiente testimonio:

> andaba siempre corriendo porque pues en los trabajos no te dan permiso así tan fácil de estar faltando, a pesar de eso a veces si faltaba y llegaba tarde a las juntas que luego me reclamaban mis hijos, que "porque eres la última que llega y casi la primera que se va" (…) si tenía que pasar situaciones tan difíciles y de culpa porque los dejaba yo, porque no estaba tan constante en las juntas, porque a veces no podía ir a una fiesta del 10 de mayo o llegaba corriendo como siempre, entonces si fue complicado (Gisella, 57 años).

En el caso de Gisella el que contara con un trabajo asalariado fue favorable para la familia, pues en algunas temporadas su ingreso fue mayor que el de su pareja e incluso el único, es decir, que en algunas épocas cuando sus hijos/as eran pequeños/as, ella fungió como principal proveedora de recursos económicos para el sustento familiar. El salir de casa para realizar un trabajo asalariado también constituía para ella la posibilidad de sentirse más segura ante los eventos de violencia que ejercía su pareja, al respecto señaló "yo estaba esperando que (mi hijo) creciera, que ya fuera al kínder para que yo pudiera volver al trabajo y yo como que ahí me sentía como a salvo, pues menos expuesta con él", sin embargo, este lugar de seguridad que representaba el trabajo asalariado para Gisella, en otro momento fue vivido con culpa y como algo obligado debido en parte a la imposibilidad de su pareja de aportar lo suficiente para cubrir las necesidades económicas de la familia y en parte a la violencia que su pareja seguía ejerciendo contra ella como se puede apreciar a continuación:

> lo dejaba en el jardín de niños y entonces él se quedaba llorando y yo me iba llorando al trabajo y entonces me sentía mal por dejarlo y empecé a sentir mucho coraje en contra de mi pareja porque yo decía: ¿qué necesidad tiene mi hijo de estar pasando por estas situaciones? (…) él no cambia su actitud conmigo y que yo me vea obligada a salir otra vez a trabajar, que no me pesaba pero en ese momento dejar a mi hijo si me dolía mucho (Gisella, 57 años).

A partir del testimonio anterior es posible afirmar que la entrevistada asumió el trabajo asalariado como algo obligado pues subyace en ella la noción de los roles sexuales y el

funcionamiento de la división sexual del trabajo, de acuerdo a la cual, ella no “debería” tener que salir a trabajar, si su pareja cumpliera con el rol que “le corresponde” en tanto ganador de pan (Izquierdo, 2004).

A pesar de que Gisella trabajó asalariadamente la mayor parte del tiempo que vivió con el papá de sus hijos/as, también dedicó algún tiempo para estar con estos, ayudándoles a hacer las tareas. Las temporadas en que no trabajó asalariadamente, es decir, durante los primeros años de vida de sus hijas/os, ella seguía aportando económicamente al sustento familiar, además de ocuparse del mantenimiento de la infraestructura doméstica y del cuidado material y afectivo de sus hijas e hijos, tal como relata a continuación:

> aún estando en la casa, pues yo veía qué vendía y eso para completar el gasto y yo veía que eso no lo tomaba en cuenta, incluso todas esas cosas de yo vender productos o planchar o lavar ropa ajena, como que yo lo tenía que hacer a escondidas porque él tenía mucha dignidad como hombre y como proveedor, que no daba lo suficiente, pero que si le parecía mal que yo trabajara, porque lo estaba desacreditando con los vecinos (por) que no era un marido cumplido (Gisella, 57 años).

En la narración anterior es posible identificar cómo el asumir los roles de género de manera tan radical pueden llevar a la violencia doméstica en tanto que el transgredir el rol prescrito significa romper parcialmente con el “orden” establecido en las relaciones entre los sexos y también constituye un desafío a la autoridad masculina que se coloca en una posición superior jerárquica con respecto a la mujer.

Gisella nos ejemplifica a través de su narración algunas de las dudas e incertidumbres que viven las madres/”amas de casa” en el proceso de cumplir con su rol de cuidadoras, pues por un lado, buscan aportar recursos económicos y por otro, la noción de cuidado expresado en la presencia permanente de las madres con sus hijas/os puede generar sentimientos de culpa o tristeza, como en el caso de Gisella cuando decidía volver al trabajo asalariado, tal como señala a continuación: “él no ganaba mucho, pues ya nos hacía falta el dinero entonces

busqué trabajo y empecé a trabajar otra vez pero ya se me hizo muy doloroso dejar a mi hija, dejar a mi hija en esas condiciones, pero también como yo veía que ya le hacía falta todo ya no tenía zapatos, ya no tenía ropa" (Gisella, 57 años).

Aunque en algún momento de la entrevista Gisella afirmó que fue una "buena madre", consideró también que su maternidad fue "impuesta" de alguna manera, pues más que desear tener una pareja e hijos/as, es más un asunto de educación y de inercia para las mujeres, veamos el siguiente testimonio:

> la maternidad, pues si la viví con (breve silencio), pues fue como una maternidad impuesta, la veo así y yo quiero mucho a mis hijos porque no me arrepiento de haberlos tenido pero si siento que no los, que no elegí yo embarazarme no, no estaba como consciente de que yo lo quería hacer o de que tenía que, yo no quería tener ese número de hijos y tan no quería tener ese número de hijos que en lo posible pues si me controlé (Gisella, 57 años).

En el caso de Gisella, se dio una situación de cuidado por parte de su hija mayor hacia sus hermanos menores e incluso hacia la propia Gisella. Dado que la violencia de su pareja no cesaba, afirmó que pensó en varias alternativas para salir de la violencia. Una de las posibilidades fue irse a vivir a los Estados Unidos con sus hermanos y mandar desde allá dinero a sus hijos/as, incluso otra de las opciones que pasaron por la cabeza de la entrevistada fue el suicidio. Finalmente Gisella decidió salirse de casa por segunda ocasión, con el apoyo abierto de su hija mayor, al respecto mencionó: "mi hija la mayor también me dijo: "¡ya mamá ponle un límite a mi papá!", si quieres mis hermanos y yo nos quedamos aquí y tú te sales y yo cuido a mis hermanos y pues tu no nos vas a dejar de apoyar ¿no?, "pues si" le dije "porque ya volvió a pegarme otra vez" y entonces me salí" (Gisella, 57 años).

Es importante resaltar que la misma irresponsabilidad que mostró la pareja de Lidia para con las actividades de la casa, así como para el cuidado material y afectivo de sus hijos/as, fue manifiesta en la pareja de Gisella, sin embargo esta última se mantuvo en la

relación porque según afirmó: “no quería que mis hijos dijeran que no tenían papá, que aunque estaba ahí, que nunca lo tenían, que nunca iba a la escuela, a las juntas, a las firmas, a los eventos de la escuela no iba” (Gisella, 57 años). Es decir que la entrevistada decidió durante años no “romper” con los roles de género establecidos.

En el caso de Bety, ella no laboraba asalariadamente cuando sus hijos eran pequeños, por lo que tuvo condiciones distintas para ejercer su maternidad y el cuidado de sus hijos, dedicando tiempo por las tardes para ayudarlos con las tareas y trabajos escolares, entre otras actividades. Al parecer Bety permaneció muy cercana a sus dos hijos, lo cual en algún momento se convirtió en sobreprotección, según relató ella misma: “¿te dejaron una pintura Armando? yo te pinto, yo les hacía las cosas con tal de no sé, yo creo que ellos las hacían mejor que yo, pero yo estaba ahí, “oye mamá cóseme un botón”, “si mijito” (…) yo también entendí después que era mucha sobreprotección como que bueno (mi hijo) tenía 15 años y yo lo atravesaba la calle” (Bety, 57 años).

Se puede decir que en el caso de Bety el cuidado hacia sus hijos estuvo orientado hacia la alimentación, la limpieza de la casa y otras labores domésticas, sin embargo, éstas eran actividades que Bety realizaba no sólo para cumplir con la expectativa del rol de esposa y madre, sino como una forma de evadir una realidad de violencia en la que tanto ella como sus hijos estaban inmersos como lo podemos apreciar en el siguiente testimonio:

> había una cosa que sabía hacer muy bien que era limpiar casa si, ahí me fugaba mucho, era limpiar casa, limpiar casa, todo estaba limpio, limpio, lavar, planchar todo que no faltara nada, comida, eso sí, mis hijos no se pueden quejar de (no estar) bien alimentados, bien alimentados no comidas así de engordar ni nada, bien alimentados y en la escuela o sea bien cumplida en eso, en mis obligaciones y pues no sé como sobreviví (Bety, 57 años).

Las actividades para el mantenimiento de la infraestructura doméstica, no sólo servían a Bety para “fugarse” de la situación de violencia doméstica en la que estaba inmersa, sino

también se vinculaban en ella con un deseo de ser aceptada y esa búsqueda la mantuvo en un sitio de desventaja con respecto a la percepción de sí misma, en comparación con su pareja:

> yo decía: pues ¿qué tengo qué hacer?, porque también mi terquedad no, que vea que soy linda y hermosa, tengo que demostrarle que como yo no hay quien y ahí me desgaste queriendo demostrar que yo era bien buena y bien limpia, bien hacendosa, bien buena madre, o sea yo quería, quizá también es una forma de obsesión, obcecada era yo de querer demostrarle a alguien algo que pues a él qué le importaba, qué le iba a andar importando, ¡hay que maravilla de casa!, ¡hay qué mujer tengo!, pues no él estaba en su rollo y yo necia (Bety, 57 años).

El testimonio anterior es realmente ilustrativo del lugar tan vulnerable que experimenta el "ama de casa" cuando su disposición ética hacia otros limita e invisibiliza el cuidado que debiera procurarse a ella misma. Como señalé anteriormente siguiendo a Izquierdo (2004), el "ama de casa" sólo es capaz de valorarse a sí misma, en la medida en que es valorada por aquellos a quienes procura cuidados y servicios. Indudablemente Bety buscaba ajustarse a ese lugar asignado de madre, que en sí mismo es inalcanzable, humanamente imposible. El reconocimiento que Bety esperaba obtener por parte de su pareja no se materializó en ningún momento, quizá lo que sugiere Izquierdo nos ayude a comprender por qué, las actividades para el mantenimiento de la infraestructura doméstica que la entrevistada realizaba, fueron tan infravaloradas, la autora señala: "cuando las atenciones son constantes, cuando siempre está a punto aquello que se necesita, o hay una mirada atenta, una receptividad dispuesta, una necesidad colmada, el cuidado deja de percibirse como el don del bienestar" (Izquierdo, 2004: 10).

Con respecto al cuidado afectivo, Bety buscaba convivir con su hijo menor las ocasiones en que su pareja no llegaba a la casa por varios días, hay que recordar que ella prácticamente no salía sola a ningún sitio, su pareja la llevaba a todas partes, de modo que

cuando no se encontraba para controlar las salidas de ella, ésta salía con su hijo "cuando estábamos juntos ahí en la casa éramos íntimos, íntimos nos íbamos a museos, al cine disfrutábamos muchísimo juntos los dos" (Bety, 57 años).

También en el caso de Bety, como en el de Gisella, uno de sus hijos, el menor, intentó cuidar de su madre al tratar de mantener "controlado" a su padre, para que éste no la dañara; ella consideró que su hijo menor hizo un rol de mediador entre ella y su pareja, como se puede apreciar a continuación:

> se hicieron como cómplices de muchas cosas, pero a la vez era dice él como para controlarlo para que no llegara a lastimarme a mí, dice: "es que yo quería tenerlo contento para que no llegara y te lastimara" o sea era el mediador, muy difícil su papel (…) pobre de mi hijo andaba mucho conmigo porque pues como que me sentía inútil, desvalida y estúpida mamá (ríe) que "mejor ando con ella para que no le pase nada, porque está mensa mi mamá" (ríe) o sea ese fue como su papel de estar viendo a la mamá cuidada (Bety, 57 años).

De hecho Bety es una de las entrevistadas que consideró que no supo *cuidar* a sus hijos ya que durante años, no encontró la forma de terminar su relación de pareja, por lo que sus hijos además de ser testigos de la violencia que su padre ejercía contra Bety, ellos mismos fueron violentados por el padre, al respecto dijo:

> como que a los hijos, aunque sí fui muy sobreprotectora mucho muy sobreprotectora, no los supe defender de una situación tan grave como la que estábamos viviendo sí, eso todavía me lo recriminan mis hijos yo ya lo entiendo, ya no me duele, ni lloro, porque lloraba y antes decía es que mis hijos… pero si les hice mucho daño como mamá, no fui buena mamá los dejé que les hicieran daño, bastante daño les hicieron, bueno les hizo él (Bety, 57 años).

La afirmación de Bety respecto de su papel como madre nos habla de las expectativas depositadas en el lugar de la maternidad (incondicionalidad, disposición hacia otros/as, presencia permanente, responsable exclusiva de la infraestructura doméstica y del cuidado de las hijas/os, "buena madre", "buena esposa") y cómo en su caso y en las circunstancias en que se encontraba, se convirtieron en un lugar inalcanzable y a la vez paradójico. La paradoja

deviene por un lado, de que la posibilidad de terminar la relación violenta habría sido una forma de cuidado hacia sí misma y hacia sus hijos, para evitar la violencia del padre; por otro lado, para la entrevistada el mantenerse en la relación era una forma de "cuidar" a sus hijos evitando que éstos "se quedaran sin padre". Observemos que para Bety sobreproteger a sus hijos significaba cubrir sus necesidades materiales básicas, es decir, brindarles servicios, pero no necesariamente protegerlos de situaciones de riesgo, como la violencia del padre hacia estos.

La concepción que hoy tiene Bety sobre la maternidad es distinta pues considera que se debe favorecer un desarrollo más independiente de las/os hijos/as que les permita aprender a realizar sus actividades y cuidar de sí mismos: "buena madre alimentarlos bien, estar pendiente de sus vacunas cuando están chicos, llevarlos al doctor y todo pero no estar sobre ellos, que si se dan un coquito, pues que se lo den así van a aprender que ya no se tienen que subir ahí porque se dan en el coquito" (Bety, 57 años), aunque cabe aclarar que durante el tiempo que sus hijos fueron pequeños, su noción de lo que implicaba el ejercicio de la maternidad cruzaba por el hecho de brindar atenciones "antes ser una madre era lo que hice mucho con mis hijos que está requeté bien mal, atenderlos de todo a todo, que no les pase nada según yo ¿verdad?, pero todo les pasó, pero cuidarlos, protegerlos, alimentarlos, para mí eso sería antes una buena madre" (Bety, 57 años).

Para la entrevistada el tema de la autoestima[57] es un factor importante para apoyar a los hijos y que éstos tengan también buena autoestima, -según dijo- en este sentido, ella se

[57] Según el diccionario de la Real Academia Española, la autoestima es la valoración generalmente positiva de sí mismo. Fuente: tomado el 14 de noviembre del 2012. Según (Ordóñez y Dzib, 2010) la autoestima es la autoevaluación realizada por el individuo; actitud propia hacia sí a lo largo de una dimensión positiva-negativa.

coloca como la responsable exclusiva de la salud mental de sus hijos. Al respecto Bety señaló: “yo creo que para que ellos tengan una buena autoestima uno debe de tenerla primero, si no pues ¿cómo?, yo creo que teniendo una buena autoestima pues tendría unos hijos mejores que los que hice yo, porque sin autoestima la pobre mamá, pues ¿de dónde?” (Bety, 57 años).

A pesar de que Bety tuvo dificultad para modificar la situación de violencia doméstica que vivía junto con sus hijos, o quizá por ello, al momento de la entrevista, ella seguía siendo un referente de cuidado para su familia de origen, su padre aún la consultaba cuando se trataba de cuestiones relacionadas con la salud de su esposa y de él mismo:

> mi papá tan infantil que era porque pues realmente era infantil y me hablaba cuando estaba casada “oye tu mamá se siente mal ¿qué hago?”, “hay pues llévala al doctor” o sea, “pero ¿a dónde?”, no “pues acá”… o algo, “¿oye me siento mal, qué hago?”, o sea como que me veían como que yo podía resolver (Bety, 57 años).

Recordemos que debido a la enfermedad de su madre, Bety fue la responsable de la infraestructura doméstica y del cuidado de sus hermanos menores, sustituyendo en parte el rol de madre/ama de casa que le correspondía a su madre.

Minerva por su parte trabajaba en el kínder al que acudían sus pequeños de 4 y 5 años, por lo que su jornada laboral coincidía con el horario de clases de estos, lo que le daba la posibilidad de regresar junto con ellos a casa y cuidarlos por las tardes. De hecho en algún momento de la entrevista, Minerva expresó su intención de renunciar a sus empleos para dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, lo cual nos habla del mandato social que constriñe a muchas mujeres a dar prioridad a “la familia” por encima de sus intereses personales e incluso del desempeño de un trabajo asalariado. En este sentido “según la construcción genérica, la familia debe ser el centro de interés de las mujeres, por lo que

ocuparse <<de otros>> espacios implica dar la espalda a parte de esa identidad" (Murillo, 1996: 21)

Cuando fueron bebés Minerva cuidó a sus hijos casi simultáneamente pues recordemos que se llevaban muy poco tiempo de edad entre ellos "casi me los llevé como tipo gemelos no, mamilas, pañales o control de esfínter en fin todo el tiempo ha sido así como, en lo que le daba pecho a Rodrigo, Pablo ya andaba escalando o andaba enseñando a gatear a Pablo con la pansa de seis meses de Rodrigo" (Minerva, 41 años).

Recordemos también que la pareja de Minerva, no asumía sus responsabilidades en el ámbito de lo doméstico y apenas colaboraba con el cuidado de sus hijos ayudándolos a vestirse por las mañanas y llevándolos de paseo eventualmente. Lo anterior fue todo un logro para Minerva, pues no es algo que el papá de sus hijos hubiera decidido hacer por sí mismo, sino una demanda de la entrevistada para que su pareja se involucrara de alguna manera en el cuidado de sus hijos. Las ocasiones en que la pareja de Minerva llevaba a pasear a sus hijos los domingos, resultaron un tanto problemáticas para ella con respecto a la noción de disciplina que había establecido con sus hijos, sobre el tema comentó lo siguiente:

> yo estaba encargada de que los niños coman sanamente fruta, verdura y todo lo demás y Rafa se los podía llevar y ¡que comieran papas no!, o cualquier otro tipo de cosas, entonces le dije: "oye no eres el abuelito de los niños, también es tu responsabilidad que los niños coman sano porque si no, ¡qué a gusto!, tú te los llevas el domingo a que se diviertan y yo soy la gendarme de entre semana que coman bien, que tengan horarios, que se bañen a tal hora, que hagan la tarea, que se duerman" y le dije: "no", o algunas veces yo ponía los límites y él los quitaba así y él así como de que no pasa nada, yo le dije: "no, me estás quitando autoridad, si por lo menos no estás, pues respeta estos límites de horarios" (Minerva, 41 años).

El cuidado material que Minerva procuraba a sus hijos no se reducía a alimentarlos adecuadamente, a generar en ellos hábitos de sueño, de higiene y de realización de sus tareas escolares; también se encargaba de procurar a uno de ellos atención especializada de

terapias de lenguaje y al otro atención psicológica. Ella es una de las mujeres entrevistadas que había buscado tener más convivencia con sus hijos en términos lúdicos, es decir, procuraba cuidado afectivo, tal como expresó en el siguiente testimonio: “yo el sábado lo dedico completo a mis hijos pues, ya no en un plan de reglas y córrele y cuestiones así, o sea más trato de o ya sea de quedarnos en casa, pero por lo general si es un día de salir al parque, a Universum, a alguna granja, en fin ver qué hacer” (Minerva, 41 años).

Otra parte del cuidado que podría definirse como cuidado material que Minerva tenía para con su familia era la búsqueda de otro espacio para vivir, pues se ocupó de buscar compradores a los departamentos que ocupaban como familia, ya que deseaba encontrar un lugar mejor para vivir

> donde vivimos es un lugar muy difícil porque ahí es una zona muy popular, venden droga así abiertamente, todo mundo lo sabe, hay delincuencia, hay prostitución (…) no es un ambiente (adecuado), ni mis hijos tienen el parquecito, es un edificio a medio construir, muchos años no hubo vecinos, entonces estaba todo en obra gris con polvo, muchas cosas entonces me sentía como muy encerrada digo, yo que era muy sociable, entonces ni ellos (hijos) tenían amiguitos, pero tampoco podían salir a la calle porque el ambiente no daba, yo me quería ir de ahí (Minerva, 41 años).

A pesar de que Minerva cumplía un rol de proveedora económica desempeñándose en dos empleos, de que era responsable del mantenimiento de la infraestructura doméstica y del cuidado material y afectivo de sus hijos; ella pensaba que no había destinado suficiente tiempo para jugar con ellos. En parte es por eso que en el momento de la entrevista, estaba contemplando la posibilidad de dedicar un año al cuidado exclusivo de sus pequeños. Respecto de las responsabilidades que ella había asumido, a diferencia de su pareja que sólo fungía como “proveedor” ella expresó lo siguiente:

> todavía se me hace muy pesado, sin embargo, creo que he tenido que ir casi, casi ganando como un terreno que he tenido que ir peleando para que así se hiciera porque si no, él podía levantarse, bañarse, irse (luego) llegar, prender su tele y pues para mí era como muy difícil esta idea de trabajar con triple turno, en el kínder, en la casa y en

> el consultorio y me parecía así como muy injusto, de verdad se lo decía así, “oye pues yo también quisiera llegar a la casa a sentarme a ver la tele”, pero pues es seguir, llego a la casa, hacer la comida y cambiarlos y hacer la tarea y jugar un ratito y pues ya llega la noche, la cena y preparar lo que hay que llevar el día de mañana para la escuela y lo que tengo que hacer con mis alumnos particulares y con mi trabajo también (Minerva, 41 años).

Finalmente Minerva reconoció que el ejercicio de su maternidad tal como la había vivido hasta el momento de la entrevista, le había dificultado ocuparse de sí misma, tal como relató: “yo he dedicado mucho a esta parte de la maternidad y como que he dejado la parte personal que también para mí es como muy valiosa” (Minerva, 41 años).

Para cerrar este apartado me gustaría señalar cómo la dificultad que tuvieron las mujeres entrevistadas para cuidar de su descendencia como parte del ejercicio de la maternidad se convirtió en un reto, mismo que enfrentaron de diversas formas a fin de cubrir las necesidades de cuidado afectivo y material de sus hijas/os, sin dejar de contribuir económicamente para el sustento familiar. También es preciso realizar una distinción importante que se dio entre la mayoría de las mujeres entrevistadas que tenían en promedio 58 años de edad, con respecto a la mujer más joven de 41 años de edad en cuanto al significado del ejercicio de la maternidad. Las mujeres “mayores” asumieron como propias las tareas de mantenimiento de la infraestructura doméstica, es decir, todas aquellas actividades que contribuyen para que la casa y los servicios funcionen adecuadamente y las personas que integran la unidad familiar puedan realizar sus actividades sin ocuparse de dichas labores. A diferencia de la mujer más joven quien a pesar de que asumió tanto las tareas de cuidado como las relacionadas con el mantenimiento de la infraestructura doméstica, ha cuestionado y exigido el involucramiento de su pareja en dichas actividades, teniendo mucha claridad en que es una labor que debe ser compartida entre ambos miembros de la pareja. Aunque esta mujer ha tenido poco éxito en el involucramientos de su pareja en labores

domésticas, ha logrado que se haga responsable de prepararlos en las mañanas para ir a la escuela y también de ocuparse de ellos algunos fines de semana. Lo relevante aquí es que ella enseña a sus dos hijos varones a realizar tareas como lavar los trastes, ayudar a preparar el agua, mantener en orden su recámara y sus juguetes, etc., con lo que contribuye a formar en los niños una percepción distinta de lo que son las labores domésticas como actividades que son responsabilidad de las personas que habitan un mismo espacio independientemente del género al que pertenezcan.

### 1.2. Responsabilidad moral

Existen otro tipo de responsabilidades que se desprenden de las narraciones de las mujeres, como por ejemplo, aquellas que tienen como fin "mantener a la familia unida", que las hijas/hijos tengan un padre, el mantener la "armonía" de las relaciones sociales entre quienes integran la familia, o la responsabilidad exclusiva de la anticoncepción.

Al releer una de las entrevistas que realicé, me llamó la atención la noción de lo que simboliza la familia y la institución del matrimonio en nuestra sociedad y cómo las mujeres parecieran ser las depositarias de la responsabilidad de que tales figuras persistan, tal como narra Lidia "yo tenía tatuado el lograr a costa de lo que fuera y de mi misma, mi matrimonio o sea mis hijitos y la imagen del marido, porque ni aparecía por nada así era, y yo me casé para toda la vida según yo" (Lidia, 59 años).

Y para que las mujeres podamos cumplir con ciertas exigencias, una característica que se requiere dominar es la "prudencia", pues de lo contrario, podríamos alterar el orden o peor aún, provocar la violencia de nuestras parejas. Es así como Bety, al referirse a una de sus nueras, implícitamente espera que ella se comporte de manera "prudente" ante el intento de

su pareja (hijo de Bety) de no ejercer violencia, como se puede apreciar en el siguiente testimonio:

> que luego ¡nosotras también nos queremos trepar eh!, cuando vemos que el hombre está así tranquilo y todo, bueno ella por ejemplo, luego es la que lo quiere tratar mal, si como, digo es que no debería de ser, si está viendo que Alejandro está procurando (no ser violento) y todo, pues ella también tranquila no, pero le empieza a decir, no pero tú este, el otro día le dijo: "pues lo bueno es que ahorita te doy tus $50 pesos y te vas a comer", así cosas para molestar y dice también uno, ese también no es el chiste (Bety, 57 años).

Lidia comentó al respecto que cuando identificaba que su pareja estaba molesto, ella se comportaba de manera "prudente", lo que desde su perspectiva, le valió no generar discusiones fuertes "fíjate que nunca, nunca nos peleamos así de que" tú eres esto y tú eres esto", no, discutíamos, pero era, yo era muy prudente, lo veía enojado y ya no decía yo nada" (Lidia, 59 años).

Finalmente y como parte de las responsabilidades asignadas implícitamente, llama la atención que la pareja de Gisella no deseaba que ella se realizara la ligadura de trompas, el esposo tampoco usaba preservativo, ni estaba de acuerdo en que ella tomara las pastillas anticonceptivas (ella tomaba pastillas a escondidas); por lo que la responsabilidad de no embarazarse, recaía exclusivamente en la entrevistada quien al respecto comentó lo siguiente:

> yo le pedía a él que por favor contribuyera, que usara preservativo, que se controlara, porque yo ya no me quería embarazar, entonces como el siempre (lo) sacaba cuando peleábamos, siempre decía (que) el motivo de la pelea era que porque yo no había sido virgen cuando empecé a tener la relación con él, siempre me decía: "cuando andabas de puta ¿con qué te controlabas? o sea contrólate con eso", porque él no quería contribuir a que no tuviéramos más hijos, entonces seguimos con esa relación y yo me estuve controlando, pero después mi hijo, el tercero, tuvo problemas de salud y yo suspendí la píldora como un mes y después de ese mes me di cuenta de que estaba embarazada (Gisella, 57 años).

Aunque breve, este apartado muestra algunos ejemplos de ideología patriarcal de consentimiento en tanto que las mujeres asumen por sí mismas, actitudes o comportamientos pues han introyectado y asumido como propias algunas exigencias de lo que se espera de las mujeres en una sociedad patriarcal como la nuestra, como por ejemplo, la sumisión ante las decisiones del hombre, la obediencia y la "prudencia", comportamientos que no expresan otra cosa sino la responsabilidad asignada a las mujeres de mantener las instituciones de la familia y el matrimonio. Otro aspecto de la violencia doméstica que se evidencia en este apartado es el control de los cuerpos por parte de las parejas de las mujeres entrevistadas. Al menos en dos de los casos, los hombres se opusieron a que las mujeres se realizaran la salpingoclasia (ligadura de trompas) y en todos los casos ellas fueron violentadas sexualmente, como se verá posteriormente.

### 1.3. Responsabilidad económica

Una última responsabilidad asumida por las 4 mujeres entrevistadas es aportar ingresos económicos para el sustento de la familia, un rol asignado socialmente a los hombres o ganadores de pan (Izquierdo, 2004), pero que en sus vidas cotidianas fue realizado por estas mujeres como parte de sus responsabilidades como madres.

En este sentido y según las narraciones existió siempre la aportación económica de parte de ellas para el sustento de la familia, en mayor o en menor medida. En dos de los casos, gracias a los ingresos de ambos miembros de la pareja, la familia pudo adquirir bienes, como departamento, casa o automóvil.

En la mayoría de los casos, las parejas de las mujeres, tuvieron dificultades para asumir su rol de “proveedor” en la familia, por lo que ellas se vieron obligadas a exigir el “gasto”.

Para Lidia, los ingresos de su esposo constituyeron el ahorro que posteriormente les permitió comprar una casa, ya que con lo que ella ganaba podía sostener a la familia:

> fíjate que fui muy soberbia porque no quería yo depender de él, yo le decía: “es que tú me tienes que dar gasto” y decía, “pues dime cuanto necesitas”, “no necesito decirte, tú me tienes que dar un gasto”, por fin que en eso nos la pasamos toda la vida y nunca me dio un gasto sino me daba dinero y yo lo metía al banco, todo lo metía al banco y casi siempre sobrevivíamos o vivíamos con lo que yo ganaba, entonces ahí pudimos ahorrar (Lidia, 59 años).

En el caso de Minerva, también fue difícil lograr que su pareja cumpliera con su rol de “proveedor”, al respecto ella comentó:

> se lo pedí (el gasto) desde un principio, no es una cuestión cultural de Argentina pero como en México dicen el gasto, se lo pedí desde un principio pero me lo iba dando de poquitos en poquitos, a mi me chocaba porque no, por tiempos no, o sea no me servía así, entonces en realidad lo está depositando en mi cuenta hace como… hay no sé tal vez como un año, dos años más o menos (Minerva, 41 años).

Para Gisella la situación económica fue inestable cuando ella dejaba de trabajar asalariadamente, pues los ingresos de su pareja no eran suficientes. Cabe mencionar que durante muchos años ella le daba su ingreso a su pareja, independientemente de que él tuviera o no sus propios recursos, como se observa en el siguiente testimonio:

> cuando yo inicié mi vida con él, el salario que yo le daba, se lo empecé a dar porque cuando él se salió de donde estábamos, que se salió que lo despidieron, empezó a trabajar con uno de sus hermanos pero ganaba muy poquito y entonces yo en ese tiempo cuando yo volví al trabajo asalariado, me pagaban mejor y entonces para que él no se sintiera mal porque era el jefe de la casa y ganaba muy poquito, yo le empecé a dar mi salario (Gisella, 57 años).

Al parecer ella buscaba o esperaba complacer a su pareja al trasferir a él los recursos económicos que ella ganaba, así lo expresó la entrevistada:

> cuando volví al trabajo y te digo que conseguí ese trabajo mejor pagado, yo llegué muy contenta y le dije: "¿qué crees? ¡me van a pagar tanto!", y ahí era en un lugar donde yo iba uniformada, llevaba yo una blusita y una faldita y cuando llegue y le dije que me iban a pagar más, dijo: "ah", o sea yo llegué contenta, porque dije: "ya va a ser más dinero el que le voy a dar, o sea ya voy a aportar más, pues ya va a estar contento" (Gisella, 57 años).

En el caso de Bety, aunque ella no trabajaba fuera de casa asalariadamente, realizaba trabajos de costura para tener ingresos propios, pues como veremos más adelante, su pareja ejercía violencia económica contra ella.

Pensar en aquellas características y funciones en las que se va moldeando la identidad de género femenina, nos da pistas para observar desde otro lugar, al género como norma y como mandato social, el cual se encuentra íntimamente ligado con las respuestas de las mujeres ante situaciones tales como las experiencias de violencia doméstica.

La construcción de las identidades y subjetividades femeninas es un proceso tan dinámico como inasible, por lo que, el camino que han de transitar muchas mujeres para re-construirse desde lugares menos desventajosos, resulta sumamente sinuoso. Lo anterior debido a que la violencia doméstica es posible y se reproduce gracias a un entorno social patriarcal que la refuerza desde fuera a través de los mandatos culturales que constriñen el comportamiento de las mujeres y contribuyen a su subordinación y desigualdad.

## 2. "Fueron 28 años en que me pasmé ahí… no sé que me pasó"

En primer lugar señalaré que todas las mujeres entrevistadas presenciaron violencia física y/o psicológica en la infancia, aunque no todas experimentaron estos tipos de violencia en esa

etapa de la vida. En segundo lugar es preciso resaltar que todas ellas vivieron violencia psicológica, sexual y económica en la vida adulta y algunas de ellas, también enfrentaron la violencia física y patrimonial por parte de su pareja. No olvidemos que aunque las mujeres que colaboraron en el estudio experimentaron de manera diferenciada los distintos tipos de violencia dentro del ámbito doméstico, ésta no puede ser explicada considerando únicamente factores individuales en los miembros de la pareja. Es decir, que la violencia doméstica tiene lugar en el marco de una cultura patriarcal en la que hombres y mujeres no nos hallamos en igualdad de condiciones, por lo que "si se acepta que la violencia de género es un problema relacional y específicamente de acceso y uso desigual de diversos recursos entre los integrantes de una pareja y/o al interior del hogar, sobre lo que habría que preguntar es acerca del poder en las relaciones de género" (Castro y Riquer, 2003: 138). Un poder que como se podrá ver a lo largo de este trabajo, se expresa de diversas maneras por ambos miembros de la pareja, según la información que arrojaron los relatos. Tendencialmente son los hombres quienes detentan y ejercen poder contra esposas e hijos/as a través de la violencia (insultos, humillaciones, chantajes, agresiones físicas, control de los recursos económicos, abuso sexual, etc.).

Todas las mujeres entrevistadas intentaron mitigar de diversas formas estos tipos de violencia, o bien, intentaron negociar o mejorar la relación con el padre de sus hijas/os. Cabe recordar que uno de los principios que guiaron esta investigación fue presentar una mirada no victimizante de las mujeres que viven violencia doméstica por lo que una parte fundamental de este trabajo es recuperar las acciones, alternativas y estrategias que ellas implementaron durante su vida de pareja y específicamente para resistir y romper con las situaciones de violencia.

Al respecto hay que anotar que todas las mujeres entrevistadas excepto Minerva, se separaron o divorciaron de su agresor después de más de 20 años de vivir ellas y sus hijas e hijos, en un entorno de violencia. Con respecto a los factores involucrados en la permanencia de las mujeres en situaciones de violencia doméstica, algunos estudios hablan del peso que tiene la familia extensa del agresor, ya que específicamente las mujeres de la familia de éste "presionan explícitamente a la mujer para que asuma el matrimonio, se mantenga subordinada al esposo, y tenga menores derechos que él mientras hay convivencia conyugal y de ser posible aún cuando ya estén separados" (Ávila, *et. al*., 2008: 23).

Por su parte Banda describe algunos de los elementos que dificultan a las mujeres salir de las situaciones de violencia en el ámbito doméstico, ya que señala la autora, éste último se convierte en un espacio en el que las mujeres se encuentran en constante alerta, angustia y miedo; a lo anterior se suma el aislamiento y "el desgaste constante que implica en su salud no sólo por el maltrato, sino también, por la energía que gasta en estar alerta en sus intentos de prevenir la violencia, así como el contexto sociocultural que minimiza la agresión" (2007: 15).

Otro aspecto a considerar es la noción prevaleciente respecto de la violencia doméstica como un asunto de la vida privada. Dicha noción quizá tenía mayor fuerza en la época en que las mujeres entrevistadas se encontraban en la etapa de crianza de sus hijas/os hace 30 o 40 años. Según García (2002) en un experimento realizado por Shotland y Straw, tendencialmente las personas que atestiguan una situación de violencia de un hombre hacia una mujer a pensar que hay menor riesgo de que el hombre dañe a la mujer, que el agresor seguramente enfrentará a quien interviene para detener la violencia y que no es una situación de su incumbencia. Sin embargo, sucede a la lo contrario cuando los testigos perciben que el

atacante es un desconocido para la víctima. En las reacciones de las personas en dicho experimento se encuentra implícita la idea de que las mujeres son propiedad de sus parejas, de que se trata de un asunto personal y por lo tanto debe resolverse en la vida privada.

De acuerdo con los relatos de las mujeres, todas ellas fueron amenazadas de muerte e incluso una de ellas fue amenazada de ser asesinada junto con su familia, si intentaban abandonar a su agresor y/o llevarse a las hijas/os o bien, si denunciaban las agresiones de su pareja. En este sentido y hablando de la dificultad que tienen las mujeres para romper con las situaciones de violencia Echeburúa señala que "el temor a las represalias del agresor (crueldad, acoso e incluso asesinato) y la posible extensión de la violencia a los hijos constituyen también un freno para la ruptura" (2007: 25).

Cabe apuntar que la mayoría de las mujeres de quienes conocemos un poco de su historia a partir de este estudio, en el momento de la entrevista, ya habían transitado por un proceso de trabajo personal en el grupo de autoayuda y a nivel de terapia individual[58]. Es por ello que su mirada desde el presente y luego de dicho proceso, les ha permitido enunciar, nombrar e identificar formas de violencia que en aquel tiempo eran menos claras para ellas. De hecho su noción de maternidad y de cuidado, entre otras, se modificaron después de haber trabajado en el grupo.

No olvidemos que la violencia doméstica tiene un impacto real en la salud física y emocional de las mujeres que la viven, inicialmente por el vínculo afectivo establecido con la pareja, a quién se eligió para compartir la vida y que sin embargo, resultó ser el agresor y

[58] Tres de las mujeres entrevistadas, luego de su proceso de trabajo de reflexión en el grupo de autoayuda de Apis y también de trabajar de manera más personalizada en terapia individual, decidieron cursar un diplomado en la misma institución para formarse como facilitadoras. Este diplomado constituye una alternativa que ha sido pensada para que las mujeres que han llevado a cabo un proceso de reflexión en el grupo, puedan formarse en temas de género, pero sobretodo en el modelo de intervención que maneja la institución, con la finalidad de que se conviertan en replicadoras del mismo.

principal amenaza dentro de la familia. Las mujeres sometidas a situaciones de violencia doméstica también desarrollan una serie de síndromes[59] que hablan del desgaste y las afectaciones en la salud de éstas, por ejemplo, un síndrome muy común en las mujeres que asisten al grupo de autoayuda de Apis, es la rumia mental. Este síndrome consiste en que la mujer se encuentra pensando constantemente en los episodios violentos, en los errores que ella pudo haber cometido para ser merecedora de tal violencia, tiene ideas destructivas y de sometimiento, así como pensamientos suicidas u homicidas (Banda, 2007).

Con respecto a cómo se inicia la violencia hacia las mujeres por parte de su pareja, algunos autores señalan la presencia de violencia desde el noviazgo, lo cual puede convertirse en la forma habitual de relación en la pareja durante el matrimonio o la unión libre (Ruiz, G. y Fawcett, G., 1999) e ir en aumento con el tiempo.

Para una mejor comprensión de la dinámica de la violencia conyugal (su carácter cíclico e intensidad creciente), es preciso tener en cuenta que esta se expresa en lo que se ha denominado el "ciclo de la violencia" (Walker, 1979 citado en Banda, 2007). Según dicha autora, el "ciclo de la violencia" se presenta en tres fases: la primera fase o acumulación de tensión, se caracteriza por episodios menores que son minimizados y justificados por los miembros de la pareja, esto va generando un incremento de ansiedad y hostilidad, la mujer reacciona pasivamente intentando evitar el contacto con el agresor, en tanto que él se comporta posesivo, celoso y hostigante produciendo esos pequeños incidentes de manera más frecuente, para finalmente estallar en un episodio agudo.

[59] Otros síndromes que las mujeres desarrollan son: síndrome de fatiga crónica, desorientación, letargia, culpa, distorsión de la percepción, creencia mágica, vivencia de catástrofe, síndrome de Estocolmo, resistencia silenciosa, síndrome del "dejarse morir", de indefensión aprendida y síndrome del esclavo (Banda, 2007).

En la segunda fase o episodio agudo hay un evento violento incontrolado que puede llegar al homicidio, el detonante de la "explosión" violenta por parte del agresor puede provenir del estado interno o emocional de éste o bien, de factores externos como por ejemplo, que la mujer realice alguna actividad "sin avisar". Luego de dicho ataque violento la pareja entra en un estado de shock, negando o minimizando el hecho. Algunos síntomas que se manifiestan luego del episodio agudo son: indiferencia, depresión y sentimientos de desamparo.

En la Tercera fase o "luna de miel" ante el arrepentimiento de su compañero, sus ruegos y promesas de no volver a agredirla, la mujer vislumbra la relación maravillosa y perfecta que soñó e interpreta que la faceta de manifestaciones amorosas y encantadoras, son la verdadera cara de su pareja. Cabe mencionar que en algunas relaciones la duración de esta última fase puede durar sólo unos momentos e incluso desaparecer (Walker, 1979 citado en Banda, 2007).

A continuación presento algunos ejemplos representativos de los tipos de violencia que este grupo de mujeres vivió.

### 2.1. Violencia patrimonial[60]

La violencia patrimonial es infligida por el hombre agresor, con el objetivo de dañar a una mujer, a través de romper, destruir, robar, retener, etc., las pertenencias o bienes de ésta.

Pensemos en la siguiente historia: tus padres te regalaron un auto ya estando casada, pues consideraban que lo necesitabas para tener mayor movilidad e independencia, sin embargo, tu esposo te propone venderlo para comprarte uno más "nuevo". Tú accedes y tu

[60] La violencia patrimonial es toda acción u omisión que ocasiona daño o menoscabo en los bienes muebles o inmuebles de la mujer y su patrimonio; también puede consistir en la sustracción, destrucción, desaparición, ocultamiento o retención de objetos, documentos personales, bienes o valores o recursos económicos (*INMUJERES-DF*, 2008).

esposo se encarga de realizar la venta-compra de otro auto, sólo que al comprarlo lo pone a su nombre. Luego tu pareja no te permite manejar ese auto nuevo y él se encarga de llevarte de compras. Tú no tienes amigas, ni muchos sitios a donde puedas ir sola, no trabajas asalariadamente y el único lugar al que vas es a casa de tus padres. Tu esposo te lleva frecuentemente a casa de tus padres por las tardes, te deja ahí, se va (tú sospechas que tiene una amante) y regresa por la noche para llevarte a casa. En ocasiones tu pareja desaparece durante días sin dar mayor explicación. Lo descrito anteriormente parece una historia inventada, pero lamentablemente no es así, se trata de algo que le sucedió a Bety, una de las mujeres que colaboraron en este estudio. Cabe precisar que ella vivió además violencia física, psicoemocional, económica y sexual.

Aunque en el anterior bosquejo de una parte de las experiencias narradas por Bety, podemos identificar la violencia psicoemocional que ejerció su pareja a través de controlar las salidas de ella o siendo infiel, en este momento quiero enfocarme en la violencia patrimonial.

Respecto a este tipo de violencia Bety relató dos eventos específicos. El primero es aquel referido a cómo su pareja la despojó de su auto y se compró uno para él, como quedó expresado en el siguiente testimonio:

> como no me dejaban salir nada más andaba con él en coche, aunque mi papá me compró coche pero me lo quito, lo vendió (…) lo que pasa es que era, bueno yo era muy ingenua y él era muy inteligente y me dijo “mira vamos a vender tu coche y te compro uno más”, ora sí que “uno más mejor” (ríe) y compró un golf pero ya salió a su nombre, entonces ya no tenía coche, entonces ya pues me quedé sin coche (Bety, 57 años).

Y la otra situación de violencia patrimonial vivida por Bety fue porque ella eventualmente confeccionaba ropa para algunas amigas o conocidas. El confeccionar ropa era una actividad que ella realizaba a escondidas de su esposo y que le permitía obtener

algunos recursos económicos dado que éste no le permitía manejar dinero “yo empecé a hacer ropa a escondidas de él porque ¡no capaz que si sabía!, pero una vez me encontró y me rompió la tela, ¡no! fue un verdadero terrorífico episodio pero de eso también trabajé” (Bety, 57 años).

Desde luego el suceso fue relevante, pues complicó aún más la posibilidad de que Bety tuviera sus propios recursos económicos, ante una situación en la que su esposo nunca le dio dinero para los gastos en la casa.

Por su parte Lidia vivió violencia patrimonial cuando su esposo en aquel entonces, hizo perdediza una suma importante de dinero que ambos habían ahorrado. El dinero simplemente desapareció de la cuenta de banco según narro la entrevistada:

> cuando yo le pregunto, “oye ¿y dónde está esta parte? porque ¡ya no hay nada!”, y me empecé yo a dar cuenta que el me estaba mintiendo y el dinero no sé a dónde se iba (…) ahora ya no le tenía confianza ni en el manejo del dinero porque siempre yo llevé las cuentas, porque siempre yo le daba y le decía “mira esto es lo que me diste y así, así”, pero cuando se supone que él iba a llevar las cuentas de repente ya no había dinero, y no eran 10 mil pesos, eran cientos de miles que desaparecieron (Lidia, 59 años).

De las mujeres entrevistadas, Gisella y Bety son las que vivieron todos los tipos de violencia. A Gisella cuando se fue de su casa debido a las situaciones de violencia doméstica que vivía, su pareja intentó despojarla de la parte del departamento que le correspondía, pues eran co propietarios, así lo expresó ella: “dijo: “no puedes regresar” y dije “si puedo regresar y voy a regresar” y además dijo: “¿donde dice que es tu departamento, que es tu casa?”, “pues en las escrituras, ahí dice”, “pues te lo ganaste como puta”, “pues como lo que tú quieras, pero es mío y voy a regresar” (Gisella, 57 años).

Gisella y Bety a diferencia de Minerva y Lidia, tuvieron severos problemas de salud física y emocional. Gisella tuvo pensamientos suicidas, que se agregaron al estrés que según los médicos, fue lo que le impidió amamantar a su primera hija. Luego de más de 20 años de vida en violencia, Gisella desarrolló cáncer. Bety por su parte, padeció depresión durante años, también se le detectó colitis, gastritis y arritmia cardiaca.

A diferencia de Gisella y Bety, Lidia y Minerva no fueron violentadas física o psicológicamente por su madre. Desde luego, de lo anterior no se desprende que las mujeres que vivieron violencia en la infancia por parte de su madre, desarrollaran algún tipo de enfermedad crónica o grave y quienes no, se mantendrán sanas, pues este no es un estudio que pretenda establecer causalidades. Lo que si debo puntualizar es que cada una de las mujeres, a partir de sus características particulares y antecedentes de violencia en la infancia, fue generando formas y relaciones distintas con sus respectivas parejas y con sus hijas e hijos. Por ejemplo, Lidia es una mujer que durante el tiempo que duró su matrimonio se mantuvo laboralmente activa, percibiendo sus propios ingresos económicos. Ella gozó de mayor independencia en la toma de decisiones en lo relacionado con sus hijas e hijo, ya que su pareja ejercía menos control sobre ella en comparación con el control que tanto Gisella como Bety padecieron. Bety prácticamente no iba sola a ningún lado si no la llevaba su marido, Gisella tenía que contestar el teléfono de su trabajo inmediatamente o reportarse a su casa a cierta hora, para evitar que su pareja se enojara con ella y también tenía establecida determinada hora para llegar del trabajo. Aún con las diferencias que guardan Gisella y Bety con Lidia y Minerva, hubo en todos los casos violencia sexual, económica y psicológica.

Los casos presentados, dan cuenta de la complejidad cuando se viven situaciones de violencia doméstica. Nos habla también de mujeres que al negarse u oponer resistencia ante

la violencia del agresor se vuelven víctimas de mayor violencia por parte de éste. Pero es aquí donde podemos observar claramente a esas mujeres agentes activas y no pasivas, receptoras de violencia.

### 2.2. Violencia económica[61]

La violencia económica incluye todas aquellas acciones que afectan la economía de las mujeres a partir de limitar, controlar o negar el gasto, por lo que es posible afirmar que todas las mujeres entrevistadas vivieron este tipo de violencia.

A continuación expondré algunos ejemplos de las narraciones de las mujeres. Uno de ellos tiene que ver con el controlar en qué y cómo el ama de casa gasta los recursos, es decir, limitar el gasto familiar.

Al respecto Gisella comentó lo siguiente "a él se le hacía pesado darme el gasto porque me lo controlaba, tenía yo que ponerle una lista de todo lo que compraba durante el día y si repetía alguna cosa del día anterior pues se molestaba". Este tipo de violencia ocurrió cuando Gisella no laboraba asalariadamente, es decir, durante los primeros años de vida de sus hijas/os.

A excepción del tiempo que Gisella se quedaba en casa dedicándose exclusivamente al cuidado de sus hijas/os y de la infraestructura doméstica, ella siempre laboró asalariadamente. Hubo épocas en que su pareja no trabajó o bien, en que sus ingresos económicos fueron inferiores a los de Gisella, razón por la que ella decidió entregarle el dinero

[61] Entiendo por violencia económica: toda acción u omisión que afecta la economía de la mujer, a través de limitaciones encaminadas a controlar el ingreso de sus percepciones económicas, en la restricción, limitación y/o negación injustificada para obtener recursos económicos, percepción de un salario menor por igual trabajo, explotación laboral, exigencia de exámenes de no gravidez, así como la discriminación para la promoción laboral (*INMUJERES-DF*, 2008).

que ella ganaba, a fin de que él lo distribuyera para los gastos familiares. Años después ella decidió no darle más su salario, pues descubrió que él se negaba a darle dinero a su hija mayor, que en ese momento se encontraba cursando sus estudios universitarios, como lo muestra el siguiente testimonio:

> mi hija le estaba pidiendo dinero para cosas de la escuela y oí que le dijo el "oye pero ya estás grandecita ¿no?, como para que yo te tenga que estar dando dinero ¿por qué no trabajas?", le dijo mi hija, "papá si trabajo", porque trabajaba ayudándole a un profesor repartiendo volantes y dijo "si trabajo papá pero gano poco no me alcanza" (…) "vas a tener 60 años y vas a querer que yo te siga manteniendo", entonces yo escuché y vi a mi hija que lloró (…) "¿oye por qué no le diste dinero a Erika? Yo me voy a trabajar y te doy mi dinero para que ese dinero lo distribuyas en los gastos de la casa y los gastos de la casa también son la escuela de Erika ¿por qué no le das?" (…) le dije "ya no te voy a dar mi dinero", entonces el siguiente sábado ya no le di mi dinero y me pegó o sea me costó una golpiza pero no se lo di entonces en el momento que ya no se lo di, el ya no me aportó nada, nada, nada para los gastos de la casa, el teléfono, el gas, nada para presionarme para que se lo volviera a dar (Gisella, 57 años).

Para Bety la situación fue aún más drástica, pues su esposo no le daba dinero, él realizaba todas las compras y los pagos como se relata a continuación:

> yo nunca fui al súper ni nada porque él se ocupaba de eso ¿pero por qué?, porque no me daba dinero, no me quería dar dinero entonces él iba, compraba las cosas y las llevaba, o sea no me falto nunca nada porque es lo que me decía una amiga "¿de qué te quejas si no te da dinero?, mejor así tú no te preocupas si te alcanza o no te alcanza" (Bety, 57 años).

Se podría pensar que las mujeres que únicamente se dedican al hogar, es decir, que son "amas de casa", experimentan mayor violencia económica al no percibir ingresos económicos propios, sin embargo, como se puede apreciar a partir de los ejemplos dados, las mujeres entrevistadas, aunque obtenían sus propios recursos económicos, no estuvieron exentas de ser violentadas por razones económicas por parte de sus parejas.

## 2.3. Violencia psicoemocional[62]

Este tipo de violencia, uno de los más frecuentes hacia las mujeres entrevistadas por parte de sus parejas, tiene efectos negativos en los procesos autocognitivos y autovalorativos, así como en la estructura psíquica de quienes la viven. Según Heise, *et. al.* (1994) incluso para algunas mujeres los efectos de este tipo de violencia, que se manifiestan en forma de miedo, ansiedad, fatiga, desórdenes de estrés postraumático, de sueño y alimentación; son más debilitantes que los ocasionados por abusos físicos:

> Las mujeres abusadas pueden tornarse dependientes y sugestionables y encontrar dificultades para tomar decisiones por sí mismas (…) Los vínculos legales, financieros y afectivos que las víctimas de la violencia conyugal tienen a menudo con el abusador, acentúan sus sentimientos de vulnerabilidad, pérdida, engaño y desesperanza. Las mujeres abusadas frecuentemente se aíslan y se recluyen tratando de esconder la evidencia del abuso (Heise, *et. al.* 1994: 25-26).

Celos, infidelidad, chantaje, insultos, amenazas y control, entre otras, son algunas de las formas en que se expresó la violencia psicológica hacia las mujeres que colaboraron en el estudio.

Minerva, una mujer independiente, sociable, trabajadora y responsable, señaló haber padecido los celos y la inseguridad de su pareja e incluso haber sido acusada de ser infiel, como se relata en el siguiente testimonio:

> es como muy celoso, esta parte de ser como muy posesivo, entonces bueno, yo no sé si también la diferencia de edad, yo soy muy sociable, soy muy amiguera, bueno creo que soy muy independiente, yo trabajando de lunes a sábado todos los días,

[62] Entiendo por violencia psicoemocional: toda acción y omisión dirigida a desvalorar, intimidar o controlar las acciones, comportamientos y decisiones de las mujeres, consistente en prohibiciones, coacciones, condicionamientos, intimidaciones, insultos, amenazas, celotipia, desdén, indiferencia, descuido reiterado, chantaje, humillaciones, comparaciones destructivas, abandono o actitudes devaluatorias, o cualquier otra, que provoque en quien la recibe alteración autocognitiva y autovalorativa que integran su autoestima o alteraciones en alguna esfera o área de su estructura psíquica. (INMUJERES-DF, 2008).

> manteniéndome entonces no sé, esta parte de ser tan independiente, no depender de él pues, yo creo que le hacía como mucho ruido, pero sí el siempre ha tenido la sensación de que yo le he sido infiel, de que incluso (daba clases) para verme con otras personas (ríe) qué horror!… en fin siempre ha sido como muy dudoso de mí en ese sentido (Minerva, 41 años).

Minerva también vivió violencia psicológica a través del abandono de su pareja por la importancia que él le daba a su trabajo, así lo afirmó ella: "él es muy involucrado en su trabajo, mucho, entonces pues me sentí como muy hecha a un lado, muy dejada, como muy abandonada" (Minerva, 41 años). También ha sido muy indiferente con ella, no sólo en su relación de pareja, sino en lo referente a las tareas domésticas.

Lidia vivió durante 10 años la infidelidad de su esposo, sin saberlo. Cuando por fin se entero, él ya llevaba varios años de mantener relaciones simultáneas con ambas mujeres, como apunta el siguiente testimonio:

> yo me doy cuenta que anda con una persona con la que anduvo 10 años antes que yo me divorciara, pero después ya te enteras de todo, tú sospechas pero ya cuando te divorcias todo el mundo te dice: "es que así, así, así", te dan pelos y señales… "¿y por qué no me lo dijeron antes?", entonces esa mujer, ahorita, yo estuve con él 30 años, pero esa mujer ahorita a la fecha debe tener más de 20 años con él, yo tengo 10 años de divorciada (Lidia, 59 años).

Además la pareja de Lidia la violentó psicológicamente a ella y a sus hijos intentando desacreditarla ante éstos: "lo que jamás me imaginé porque no lo creo tan mala persona, no lo creía tan mala persona era que él hablara mal de mí con mis hijos y comprobé que sí" (Lidia, 59 años). También la amenazó de muerte cuando ésta quiso divorciarse "antes de divorciarme me dijo que me iba a matar, entonces yo le dije: "pues prefiero estar muerta que contigo, mátame pero yo ya no sigo contigo"… si tenía miedo porque me decía que hiciera mi testamento y le decía a mis hijos que me iba a matar" ( Lidia, 59 años). Aquí se puede identificar una doble violencia por parte de la pareja de Lidia, ¿qué sentirías o pensarías tú que estás leyendo este trabajo, si tu papá dice que matará a tu madre y sabes que es un

hombre violento? Se trata de una violencia definitivamente en contra de la madre, pero también en contra de las/os hijos/as de ésta.

Gisella también fue amenazada de no recibir la contribución económica que a él le correspondía y de muerte si interponía una denuncia "si te vas y te llevas a los niños no esperes que yo te de ningún dinero y si vas y te quejas de que te golpeo de que te maltrato, a lo mejor me meten al bote pero antes de que me metan yo te dejo casi muerta… y pues yo si tenía temor" (Gisella, 57 años).

Gisella no sólo hubo de experimentar violencia psicológica, sino también física y sexual a raíz de no haber sido "virgen" cuando comenzó su relación con el papá de sus hijos/as, según lo recuerda ella. Es importante señalar que en el momento de la entrevista, ella se posicionó con respecto a esta noción de "virginidad", rechazándola y reconociendo el peso que tuvo en su relación de pareja. Para ella desde un inicio de la relación existieron situaciones de violencia psicológica como se puede apreciar en el siguiente testimonio:

> durante la etapa del noviazgo ya cuando yo estaba embarazada si se empezaron a dar algunas situaciones de violencia que en ese tiempo al principio era el chantaje, porque cuando yo tuve relaciones con él, cuando yo empecé a ser novia de él le hice el comentario de que yo había tenido relaciones sexuales ya con otra persona y entonces en ese tiempo después pues era el chantaje de hacerme sentir mal que, "¿por qué no me esperaste?" porque esto así, "¿por qué lo hiciste?" y me empecé a sentir culpable (Gisella, 57 años).

También hubo celos por parte de la pareja de Gisella y dado que un tiempo trabajaron en el mismo lugar, el la violentaba a través de los celos. También la culpaba, la insultaba y degradaba. Cuando se encontraba en la búsqueda de empleo, le decía: "ya estás vieja, ¿quién te va a dar trabajo?" En otra ocasión en que ella lo denunció, negó que quisiera obligarla a tener relaciones sexuales, arguyendo que ella tal vez estaría contagiada de alguna enfermedad pues seguramente "andaba de puta".

En el caso de Bety, una de las principales formas de ser violentada psicológicamente fue a través de las amenazas de su pareja, como se puede apreciar a continuación:

> fueron 28 años en que me pasme ahí, no sé, no sé qué pasó, no sé si mucho miedo, mucho pánico porque me decía que me iba a matar a mí y a mi pinche raza, así me decía cuando eran chicos, cuando eran mis niños chicos me decía que no los iba a volver a ver y yo le creía y entonces también por eso me quedaba y sí sé que también me fui debilitando me aisló de la gente, me quitó armas de trabajo, no tenía trabajo (Bety, 57 años).

Cuando Bety se fue de su casa y abandonó definitivamente a su esposo, también fue amenazada por éste con decirles a sus hijos que ella se había ido con otro hombre.

La violencia hacia Gisella no sólo consistió en golpizas y violaciones sexuales, sino que su pareja ejerció una forma de violencia que muchas mujeres no registran como tal, el control, esto es lo que comentó la entrevistada:

> ahí había mucho control, porque él veía que ganaba bien había ocasiones en que por ejemplo, yo le tenía que hablar a las 6 de la tarde por teléfono a mi casa si no le hablaba a las 6, a las 6:01 ya el descolgaba el teléfono en la casa y ya no entraba mi llamada y yo desde ese momento empezaba a angustiarme porque yo sabía que llegando a la casa el me iba a reclamar por qué no le hablé y yo le decía: “es que estoy atendiendo mi trabajo o llega un cliente y que no está la ropa” y como yo era la encargada de producción pues yo tenía que ver que esa ropa estuviera lista o que simplemente el patrón estaba usando el teléfono o no me daba permiso (Gisella, 57 años).

Como se puede observar, tres de las cuatro mujeres fueron amenazadas de muerte y en un caso la amenaza incluía a la familia. Recordemos que de acuerdo al *INEGI* (2007) la mayoría de mujeres encuestadas habían padecido violencia emocional o psicoemocional, es decir, un total de 12.5 millones de mujeres entrevistadas correspondiente al 37.5% habían sido víctimas de insultos, humillaciones amenazas, aislamiento, celotipia, intimidaciones, burlas e infidelidad, por mencionar algunas de las formas en que se expresa este tipo de violencia.

## 2.4. Violencia física

Entiendo por violencia física contra las mujeres “toda acción u omisión intencional que causa daño en su integridad física” (*INMUJERES-DF,* 2008). Aunque esta definición incluye cualquier acto deliberado que busque causar daño a la víctima, para mayor claridad sobre las formas en que este tipo de violencia puede manifestarse, retomaré a Banda (2007) quién en base a su amplia trayectoria de trabajo con mujeres en situación de violencia doméstica y conyugal, enlista un conjunto de acciones violentas que quedan incluidas en la definición anterior:

- Golpes con el puño, cachetadas, patadas
- Pellizcos, tirones, empujones
- Mordeduras
- Jalones de cabello
- Arrojar sustancias tóxicas, líquidos al cuerpo o cara
- Quemaduras
- Escupir, orinar o ensuciar el cuerpo de la víctima
- Aplastarle la cara contra el plato de comida
- Obligarla a tomar algún tipo de fármaco o sustancia
- Obligarla a tragar basura, papeles, etc.
- Cortaduras, pinchazos
- Arrojarle objetos o golpearla con objetos
- Apretarla contra las paredes o el suelo
- Encerrarla
- Acercarse a la víctima de forma intimidante
- Sacudirla
- Desfigurarla
- Arrancarle la ropa
- Perseguirla por la casa
- Sacarla de su casa por la fuerza
- Arrastrarla por el suelo
- Tirarla por la escalera
- Tirarla del coche
- Dejarla sola en lugares desconocidos
- Pegar en el vientre durante el embarazo
- Despertarla por las noches sin causa aparente

- Amenazarla con armas de fuego
- Atarla, encadenarla, sumergirle la cabeza en agua
- Cualquier contacto físico no deseado por la víctima
- Homicidio

Comenzaré por Bety porque desde su percepción, las experiencias de violencia física fueron muy impactantes tanto para ella como para sus hijos, como muestra el relato a continuación:

> pues el ver cómo me golpeaban, me insultaban, tengo todavía muy grabado en la memoria que (mi esposo) llegaba borracho porque era alcohólico y mi hijo estaba enfermo, mi hijo chico estaba enfermo y me empezó a hablar primero llegaba a decirme que me amaba, que me quería, pero se volteaba y ya luego era odiosa y espantosa y estaba despierto mi hijo y vio cómo me escupió en la cara (rostro rígido) para mí eso fue muy violento, para mí pero yo creo que también para él…pues "¿que tengo aquí?, esta mamá no…me sirve, ¿cómo se deja hacer eso no?" para mí fue muy doloroso (Bety, 57 años).

En el caso de Gisella, ella fue golpeada en el cuerpo y en el rostro hasta hacer que casi le reventara un ojo, fue arrastrada de los cabellos, fue pateada por su pareja por diversos motivos y variadas circunstancias, al respecto narró lo siguiente:

> cuando se enojaba conmigo si estábamos ya en la noche acostados, me pateaba y me hacía que me fuera de la cama y me acostaba en un sillón y al rato, yo ni siquiera dormía porque yo sabía que iba a ir por mi entonces estaba yo pues llorando y con tensión y al rato el llegaba y me llevaba de los pelos de vuelta a la cama (Gisella, 57 años).

Hay que señalar que Gisella fue una de las mujeres de la muestra que mayor violencia vivió y presenció durante la infancia y fue también quien experimento todos los tipos de violencia por parte de su pareja. A raíz de dicha violencia, ella fue también la única entrevistada que acudió a diversas instancias públicas para denunciar la violencia de la que fue víctima.

Por su parte Minerva expresó haber vivido sólo un intento de violencia física por parte de su pareja. Hay que recordar que ella, sus hermanas y su hermano, no fueron violentados físicamente por su madre durante la infancia, pero con respecto a su pareja comentó lo siguiente: “sí, el tuvo un intento de golpearme, sí (…) si, levantó la mano y se quedó en el intento, los niños presentes” (Minerva, 41 años).

Lidia fue la única entrevistada que no narró situaciones de violencia física por parte de su pareja, recordemos que ella afirmó no haber sido violentada físicamente por su madre, sin embargo, presenció este tipo de violencia hacia una de sus hermanas, lo cual provocaba, entre otras, la sensación de sentirse en riesgo de ser golpeada también. Cabe reflexionar sobre el impacto que el presenciar violencia doméstica puede generar en las niñas y niños, ya que no sólo existe la posibilidad de que éstos la reproduzcan en la vida adulta, sino que en el caso específico de las mujeres, dado que experimentan un proceso de interiorización de las formas jerárquicas de relación hombres superiores-mujeres inferiores, las coloca en una situación de vulnerabilidad cuando establecen relaciones de pareja con hombres violentos.

### 2.5. Violencia sexual

La violencia sexual es “toda acción u omisión que amenaza, pone en riesgo o lesiona la libertad, seguridad, integridad y desarrollo psicosexual de la mujer, como miradas o palabras lascivas, hostigamiento, prácticas sexuales no voluntarias, acoso, violación, explotación sexual comercial, trata de personas para la explotación sexual o el uso denigrante de la imagen de la mujer” (*INMUJERES-DF,* 2008).

Este tipo de violencia se expresó en los relatos de todas las mujeres entrevistadas. Ya sea obligándolas a tener relaciones sexuales en formas y momentos no deseados por ellas,

abandonando cualquier acercamiento físico como los besos y caricias, o bien, evitando las relaciones sexuales, estas últimas seguían siendo en el caso de Minerva, algunas de las formas específicas de violencia sexual contra ella, puesto que era la única que continuaba viviendo con su pareja. Por su parte, Lidia comentó al respecto lo siguiente:

> abusaba incluso hasta sexualmente me obli (SIC) no me obligaba de (forzarla físicamente)… sino se ponía, ya sabía que cuando él quería y yo no le hacía caso empezaba a ser muy hostil con los niños, yo ya sabía que no me quedaba de otra más que ceder con él para que no molestara a mis hijos entonces sí había mucha manipulación y muchos abusos por parte de él, mucha violencia (Lidia, 59 años).

Aquí hay que precisar dos cosas: una es que Lidia decidió dormir separada de su pareja cuando descubrió algunas situaciones de infidelidad, sin embargo, cuando él quería tener relaciones sexuales con ella, la obligaba siendo hostil con sus hijos/as. La segunda se desprende de la primera y es que, no hay que dejar de notar que estamos ante una doble violencia que era ejercida por su pareja, con el objetivo de someter sexualmente a Lidia: por un lado, al "ser hostil" con las hijas/os, violentándolos de esa forma y por otro lado, forzándola a ella a sostener la relación sexual.

A su vez Gisella recuerda "él me hacía que me pusiera liguero, medias, me pintaba la cara como payaso porque no me gustaba, porque unos colores que usaba en los ojos y en la boca y usaba espejos y cuando quería tener relaciones sexuales conmigo me decía: ponte tu equipo de puta"

Minerva por su parte vivía una variante que es poco mencionada cuando se habla de violencia sexual, es decir, su pareja la ignoraba y se alejaba de ella en lugar de buscar el acercamiento físico y sexual, así lo comentó ella:

> ¿cómo decirte?... has de cuenta que él se alejó como mucho sexualmente, o sea, no fue de buscarme sexualmente sino al contrario, de dejar la relación sexual, entonces yo

> lo empecé como a buscar y buscar y no necesariamente por la relación en sí, sino a veces como el abrazo, o el besito y él, parecíamos como adolesc…(SIC) “espérame, estoy cansado, ahorita no quiero” (Minerva, 41 años).

En el caso de Bety además de ser obligada a tener relaciones sexuales en el momento y del modo que quería su esposo, también hubo un intento de obligarla a tener relaciones sexuales justo cuando ella se operó para no tener más hijos “en la noche quiso tener relaciones sexuales y yo estaba recién operada eso, insultos, golpes, humillaciones todo, no me faltó nada creo que no me faltó nada, todo, todo estaba incluido en el paquete” (risa nerviosa) (Bety, 57 años).

## 3. Violencia hacia las y los hijos

### 3.1. “Sí lo agarré a nalgadas”

Como expuse con anterioridad en los apartados sobre la violencia física y emocional que vivieron las mujeres entrevistadas durante la infancia, el maltrato o mejor dicho, la violencia en la infancia es un acto inaceptable desde cualquier perspectiva. En la actualidad golpear o insultar a una niña o niño es tan frecuente como reprobable. Aunque existen otras formas de violentar a las niñas/os como el abuso sexual y sin ser menos grave que otros abusos, hay que llamar la atención sobre una forma de violencia que es poco señalada, pero tan relevante para la salud física y emocional de los infantes como las otras, me refiero a la negligencia. Tal como señala González “Las distintas modalidades que puede tener la negligencia hacia éstos, como no alimentarlos, no asearlos o no atender sus necesidades de salud, constituyen formas de abuso que ponen en peligro la integridad física, psicológica y emocional de los niños” (2004: 266). Desde luego, la forma más extrema de violencia hacia las niñas/os es el homicidio. Según el Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud, para el año 2000 hubo

alrededor de 57 000 defunciones por homicidio en menores de 15 años y el grupo etario que se encuentra en mayor riesgo son las niñas/os de 0 a 4 años de edad (Villatoro, et. al., 2006).

Hay que precisar que se han detectado síntomas característicos de niñas/os que presencian la violencia crónica del padre hacia la madre, como: terrores nocturnos, problemas alimenticios, ansiedad, estrés, sentimientos de culpa, bloqueo de emociones, etc. (Echeburúa, 2007).

La información que arrojaron las entrevistas fue suficiente como para detectar que la violencia doméstica que las mujeres reportan, no sólo es en contra de ellas, sino que hubo situaciones de violencia física y psicológica ejercida por la mayoría de los padres y de algunas de las mujeres en contra sus hijas e hijos.

Gisella ejerció violencia física en contra de sus hijos/as, pero principalmente contra su hija mayor, cuando ésta era niña, esto fue lo que comentó la entrevistada:

> ya por un tiempo era ya de dejar de trabajar mientras crecían y ya estando en la casa el me empezó a violentar peor entonces, a mi hija la mayor cuando nació yo siento que la quería mucho, la cuidaba, le dedicaba tiempo a pesar de estar fuera de la casa cuando llegaba le daba un tiempo (…) pero cuando nació la segunda, porque yo creo que por el mismo estrés como que mi segunda hija era muy demandante de mi tiempo y lloraba desde bebé lloraba mucho, quería que siempre yo estuviera con ella y yo cuando lograba dormirla para poder hacer mi quehacer, yo empecé a sentir mucho enojo con la mayor todavía siento mucho dolor (se le quiebra la voz) por eso no sé porque empecé a sentir mucho coraje que si hacía un ruidito (de nuevo se le quiebra la voz) y se despertaba la niña yo la culpaba a ella y este, si se dieron situaciones como de (se humedecen sus ojos)(pausa)… de violencia hacia ella (Gisella, 57 años).

Respecto a la violencia que Gisella ejerció en contra de su hija mayor, ella misma hace una reflexión sobre las razones que pudieran explicar, algo que ella misma no ha logrado comprender, según comentó

> sí me he puesto a reflexionar, pero pudiera ser que a lo mejor desde que fue chiquita su papá cuando peleábamos a ella la tomaba como que “esta es mía yo estoy aquí por ella, no estoy aquí por ti” y como que me confrontaba Erika desde chiquita, porque su

> papá le decía “tu mamá es como una sirvienta aquí en la casa”, pudiera ser que sea por ahí porque realmente no he logrado como definir bien por qué hubo un tiempo que le tenía coraje a mi hija (Gisella, 57 años).

Otra forma de “maltrato” que Gisella ejerció contra sus hijas/os fue el tener una actitud de enojo “con mis hijos así como que si hubo maltrato o sea a lo mejor no les pegaba, pero si hubo actitudes de enojo, de siempre estar enojada de siempre como que no disfrutar tanto con mis hijos” (Gisella, 57 años). Sin negar que el enojo era una actitud que podía afectar la relación que estableció Gisella con sus hijas/os, es inevitable preguntarse ¿cómo puede una madre mantenerse de “buenas” sin sentir enojo, frustración o algún otro sentimiento mientras vive constantes y diversas formas de violencia por parte de su pareja?

Respecto de esta contradicción entre el cuidado y el maltrato-violencia que se presentó en casi todas las mujeres que colaboraron en el estudio, María Jesús Izquierdo sostuvo en una conferencia impartida en el 2011[63]

> si el pago que recibe una mujer por ocuparse de los dependientes es ser aislada, despreciada y subordinada socialmente ¿de qué carne y de qué sangre está hecha esa mujer para que pueda enfrentar el problema, sin experimentar sentimientos de rencor hacia la gente que cuida?, y que esos sentimientos de rencor, que no dudo que están asociados con amor, no son simplemente sentimientos de rencor, o sea que hay una asociación entre el amor que tienes hacia la gente que cuidas y el rencor que experimentas porque te están fastidiando la vida de tener que cuidar (Izquierdo, 2011).

Minerva me relato la ocasión que le dio una nalgada a su hijo de 5 años, ella comentó que el trato con este hijo se le dificultaba un poco más en comparación con el trato que lograba establecer con su otro hijo de 4 años, como se expresa en el siguiente testimonio:

> Pablo tiene sus ratos de trabajar bien pero hay ratos que cuando está en el berrinche, que “no quiero hacer esto, no quiero hacer lo otro y no quiero hacer aquello” es muy difícil o sea, tengo que poner límites muy firmes o sí llegar a darle una nalgada así

[63] Conferencia titulada “El sexismo y sus violencias” impartida por la Dra. María Jesús Izquierdo en la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, el 17 de octubre del 2011.

como de “¡para!” “¡no, no quiero parar!”, “paras tu o te paro yo”, “¡no, no quiero!”, entonces sí, sí he tenido que darle una nalgada (Minerva, 41 años).

Hay que recordar que Minerva es la mujer más joven que colaboró en el estudio y en el momento de la entrevista sus hijos tenían 5 y 4 años de edad. Para ella el haber tenido dos embarazos muy cercanos uno del otro, implicó dejar su vida de soltera y asumir la responsabilidad del cuidado de sus dos bebés en relativamente poco tiempo, así lo expresó ella: “dos partos seguidos porque bueno se llevan 11 meses mis hijos, entonces casi me eché año y medio de embarazo o sea Pablo tenía casi tres meses cuando yo me embaracé de Rodrigo (…) seguiditos, entonces para mí fue físicamente pesado y todo el tiempo he estado así con los dos” (Minerva, 41 años).

Criar a dos niños implicó para Minerva que durante los primeros años de éstos, su pareja no se involucró en absoluto, ni en el mantenimiento de la infraestructura doméstica, ni en la crianza de sus hijos. Recientemente a raíz de un acuerdo que Minerva estableció con su pareja, él se hace cargo de ayudar a los niños a ponerse el uniforme por las mañanas.

Ahora, es preciso tener en consideración diversos factores que colocan a esta Minerva en condiciones de desgaste físico y emocional, al asumir prácticamente de manera exclusiva las tareas relacionadas con el mantenimiento de la infraestructura doméstica y el cuidado material y afectivo de sus hijos. Todo ello en un contexto en el que ella efectúa una doble y hasta triple jornada, pues labora asalariadamente en dos empleos y aporta económicamente para el sustento familiar. A lo anterior hay que agregar la violencia psicológica y sexual que su pareja ejerce contra ella. ¿Qué sucede aquí? Tenemos a dos personas adultas con la responsabilidad de la crianza y el cuidado de dos hijos pequeños, pero sólo una de ellas –la cuidadora asignada- se hace cargo de procurar las condiciones para que tanto ella como su

pareja, puedan continuar siendo económicamente productivos, esa misma persona –el ama de casa- se hace cargo de la crianza de los hijos a través de los cuidados materiales y afectivos que éstos requieren para su adecuado desarrollo, físico, intelectual, escolar, etc. Existe una distribución desigual de responsabilidades, pues mientras el ama de casa, asume la mayor parte de las responsabilidades, su pareja únicamente juega un rol mediano de proveedor, beneficiándose de los servicios que encuentra en su entorno doméstico y también se beneficia al desprenderse de su responsabilidad de crianza de sus hijos, dado que asume que la cuidadora asignada, realiza el trabajo de ambos.

Lidia por su parte sólo narró una ocasión en que violentó físicamente a uno de sus hijos como se muestra a continuación:

> al único que le pegué fue una vez a mi hijo, una sola vez y juré no volverlo a hacer, tenía como 2 años y se quería llevar la televisión a su cuarto y se la echó encima, por fortuna no le cayó en la cabeza, pero me dieron tantos nervios que me lo agarré a nalgadas, pero le pegué con coraje y yo me sentí tan mal que dije “en mi vida lo vuelvo a tocar, a uno de mis hijos” y ninguno, no yo no les pegaba (Lidia, 57 años).

Recordemos que Lidia fue una de las dos mujeres que refirieron no haber sido violentadas físicamente por su madre. Respecto a las formas para establecer disciplina, ella comentó que buscaba convencer a sus hijas e hijo, también estableció horarios muy claros para las actividades que debían realizar, además de mantener a sus hijos en actividades extra escolares “era muy de hábitos yo, de tal a tal hora comíamos, a tal hora hacían la tarea, a tal hora teníamos que ya estar bañándonos y a las 9 de la noche ya todos durmiendo, siempre era así o sea, fuimos de hábitos” (Lidia, 59 años).

Para cerrar este apartado me gustaría señalar que si bien la mayoría de mujeres entrevistadas ejercieron alguna forma de violencia, principalmente física y psicológica o emocional en contra de sus hijas/os, esto se dio en un contexto también de cuidado. A pesar

de que ambos miembros de la pareja violentaron a su descendencia –de manera diferenciada- sólo las mujeres asumieron de manera casi exclusiva el rol tanto de cuidadoras, como amas de casa y como proveedoras de recursos económicos. Desde luego, la violencia que las mujeres infligieron a sus hijas/os bajo ninguna circunstancia es aceptable, sin embargo, quiero resaltar las condiciones adversas y de riesgo que ellas hubieron de enfrentar durante el proceso de crianza de éstos, sobre todo por el contexto de violencia doméstica en el que se encontraban inmersas tanto ellas como sus hijas/os.

### 3.2. "Mi esposo lo golpeó muy feo"

Este apartado contiene algunos ejemplos de la violencia física y psicológica que ejercieron las parejas de las mujeres entrevistadas hacia sus propios hijos/as. Parte de esa violencia aunque iba dirigida hacia las hijas e hijos, tenía el doble objetivo de dañar a éstos, así como chantajear o presionar a sus madres, a fin de que se sometieran a la voluntad del agresor.

En este sentido la pareja de Gisella intentó chantajearla para lograr que regresara a la casa, pues ella lo había abandonado, dejando a sus hijos con él, como se relata a continuación: "una ocasión le dije "por qué haces llorar a Raúl", el más chiquito porque me fueron a buscar a la casa y me dice "lo voy a seguir haciendo llorar, si quieres ver a tus hijos regrésate pero ya sabes en qué condiciones" (Gisella, 57 años).

Es importante destacar que como en otras situaciones de violencia doméstica aquí expuestas, hubo un doble ejercicio de violencia, pues el papá violentó directamente al hijo pequeño, para presionar a Gisella, ejerciendo así violencia psicológica sobre ella.

Por otro lado, el hijo mayor de Gisella fue violentado también y según su relato tuvo que ver con que su hijo fue a declarar al Ministerio Público a favor de ella, cuando ésta denunció a su pareja por abuso sexual "a partir de que Fernando fue a declarar a favor mío en lo del

abuso sexual el papá lo culpó mucho, lo insultó y le dijo que si lo metían a la cárcel el tenía la culpa" (Gisella, 57 años).

Las hijas de Gisella tampoco escaparon a la violencia psicológica de su padre, según relató la entrevistada: "cuando vio que si me salí, el empezó a agredir a mis hijos y a violentarlos, a las niñas que tenían que hacer de comer, pero así con palabras soeces, me dijo mi hija que dijo "aquí cuando yo llegue me tienen que atender, aquí yo soy el patrón, aquí yo soy la verga" ¡así les dijo!" (Gisella, 57 años).

Por su parte Bety recordó cuando su ex esposo violentaba física y psicológicamente a su hijo mayor y esto fue lo que comentó:

> los insultaba mucho, les decía muchas groserías si hacían algo mal si se les caía por ejemplo nada más la leche, por ejemplo, "ah eres un cabrón, un pendejo, ¡mira nada más!" y (el) más lastimado fue mi hijo el grande, él casi lo borro de su hijo (Bety, 57 años).

El esposo de Bety fue especialmente violento psicológicamente con su hijo mayor, lo que ocasionó no sólo que este hijo desarrollara cierto resentimiento contra su padre, sino causó culpa en Bety pues asegura que no hizo nada para evitar que su hijo fuera violentado, como se puede apreciar a continuación:

> le llegó a golpear dos veces muy feo, muy fuerte y… y yo no hice nada, eso sí todavía me duele recordar esos momentos en que luego yo me salía de la casa, según ya lo iba a dejar y los dejaba con él y eso también me dice, "¿por qué me dejabas con él?, ¿por qué nos dejabas?" (baja un poco el tono de voz) (Bety, 57 años).

En opinión de Bety, su hijo mayor se "esfumaba" de la casa, dedicándose a estudiar y trabajar, fue un hijo que además contrajo matrimonio siendo muy joven y según la entrevistada, "se casó bien jovencito, se casó a los 22 años dijo: ahí nos vemos" (Bety, 57 años) y a su otro hijo su padre también lo violentaba psicológicamente a través del control "mi ex lo controlaba un montón entonces no lo dejaba salir a ningún lado ni nada (…) mi hijo

estaba jovencito y quería ir a una fiesta y él le decía que no que porque iba mal en los estudios, pero iba mal en los estudios porque tenía una depresión tremenda y yo no me di cuenta" (Bety, 57 años).

Los relatos ilustran diversos episodios de violencia física y psicológica muy marcada hacia los hijos varones de Bety, Gisella y hacia el hijo de Lidia por parte del padre de éstos. Insultos, humillaciones y amenazas constituyeron las principales formas de violencia psicológica.

En el caso de Lidia, recordemos que su pareja ejercía también una doble violencia cuando se comportaba de manera hostil con su hijo e hijas, para obligarla a sostener relaciones sexuales. Además Lidia narró lo siguiente:

> A mi hijo lo trató muy mal, siempre le exigía demasiado, siempre decía que era un tonto que no iba a poder hacer nada, y yo por acá, "sí mijito tu si vas a poder" o sea contrarrestar no (…) mi hijo tiene un gran resentimiento contra el papá mucho, muy fuerte… y han sucedido cosas fuertes entre ellos dos que bueno, lo respeta porque yo les hice una imagen de que si no estaba (el papá) siempre lo justificaba, siempre le justifique las ausencias, los malos modos, los malos tratos (Lidia, 59 años).

Al igual que Lidia quién intento contrarrestar de alguna forma la violencia que el papá de su hijo ejercía contra éste, también Gisella comentó que tuvo más consideración con su hijo mayor en comparación con su otro hijo e hijas, pues era el hijo a quién su pareja más violentaba, como se expresa en el siguiente testimonio:

> yo veía que le tenía mucho coraje a mi hijo y siempre él había deseado un hijo hombre porque presumía y que iba a continuar su apellido y demás pero yo veía que le daba mucho coraje verlo, si lo maltrataba le pegó mucho… no tenía el cariño del papá, como que yo lo quise proteger y sí algunas cosas le di de más que a los demás… pues sí, no he definido qué pasó, pero si todavía me duele pensar en eso, sí (Gisella, 57 años).

Según algunas de las mujeres entrevistadas, en los años posteriores cuando los hijos varones se convirtieron en jóvenes o adultos, hubo ocasiones en que enfrentaron física o verbalmente a su agresor, al respecto Gisella comentó: "hubo un tiempo hace 3 años que se

pegaron los dos el papá lo golpeó primero y mi hijo le contestó mi hijo mide 1.82 y el papá 1.60 y tantos entonces si se pelearon y estuvieron enojados" (Gisella, 57 años).

Y como lo he sostenido en repetidas ocasiones, aunque las personas que han vivido violencia durante la infancia, no necesariamente la reproducen en la vida adulta, hay posibilidades de que los infantes aprendan a comportarse de manera violenta, lo cual queda ejemplificado en al menos dos de estos niños que vivieron violencia física y psicológica en su infancia y que de acuerdo a la información proporcionada por sus madres, ejercieron violencia psicológica contra éstas, así como violencia física y psicológica contra sus novias o esposas.

Para cerrar este apartado es preciso señalar lo paradójico del tema del cuidado pues como quedó expuesto, las mujeres entrevistadas y sus hijas/os estuvieron inmersos tanto en situaciones de cuidado y protección, como de violencia. También hay que llamar la atención sobre el tema de la reproducción de la violencia doméstica, pues como quedó evidenciado en este capítulo, hubo una transmisión de pautas de comportamiento violento de padres/madres a hijos varones, quienes como adultos se relacionan de esta forma con sus parejas.

## CAPÍTULO V. EL CUIDADO COMO RESPONSABILIDAD EXCLUSIVA DE LAS MADRES/AMAS DE CASA

En este capítulo expongo algunas reflexiones en torno al rol de *cuidadora* asignado a la madre/ama de casa, así como algunas de las estrategias que las mujeres entrevistadas implementaron tanto para su desempeño como madres/amas de casa/cuidadoras; así como para mitigar, evadir o terminar con la violencia doméstica vivida por ellas y sus hijos e hijas. Finalmente a la luz de los antecedentes de cuidado/maltrato-violencia tanto en la infancia como en la vida adulta, quedan delineadas algunas problemáticas de salud física y emocional que presentaron tanto estas mujeres como sus hijas e hijos.

### 1. La madre, ama de casa, cuidadora

Pensemos qué imágenes se nos vienen a la mente cuando decimos la palabra *cuidar*. Quizá la figura de una mujer con uniforme blanco arropando a un enfermo, o la de otra mujer limpiando el rostro de una niña pequeña en un jardín de niños, o bien, la de una mujer arrullando a un bebé. Sería poco usual que alguien haya imaginado a hombres en vez de mujeres realizando dichas actividades. Y es que el cuidado entendido como una actividad dirigida a cubrir determinadas necesidades de otras personas, es una tarea que históricamente ha sido concebida como propia de lo femenino.

Hay quienes sostienen que las mujeres poseemos más recursos y coraje cuando de cuidar de otros se trata, principalmente en situaciones extremas y si quienes dependen de nuestros cuidados son niñas y niños (Barudi y Marquebreucq, 2006: 55-56) Sin negar que las mujeres hayamos adquirido cualidades como las arriba enunciadas, es claro que dicha afirmación no favorece los procesos orientados a la búsqueda de equidad entre mujeres y

hombres y esta es la razón principal por la que es preciso hablar del cuidado, tema que no atañe únicamente a las mujeres, sino que nos corresponde a todas las personas como colectivo.

Si como quedó expresado en capítulos anteriores, entendemos cuidado como aquellas actividades que dirigidas a una persona en específico, buscan cubrir sus necesidades materiales (alimento, vestimenta, calzado) y afectivas (educación, esparcimiento, salud), indudablemente las mujeres que colaboraron en esta investigación aprendieron a cuidar de otros desde edades muy tempranas, como parte del proceso de socialización.[64]

Por un lado, María Jesús Izquierdo plantea que el desempeño de actividades de cuidado, lleva implícitas situaciones de maltrato hacia las personas dependientes en razón del lugar de poco valor que tiene el ser ama de casa y por lo tanto, de la falta de reconocimiento para quienes desempeñan esta labor. Si agregamos al desprestigio social del rol de ama de casa, el ejercicio de distintos tipos de violencia doméstica por parte de la pareja, no sólo hacia ellas, sino hacia sus hijas e hijos, el panorama se complica, pues tanto ellas como *mujeres*, así como en su realización del rol de madres/amas de casa/cuidadoras viven un impacto en su salud física y emocional, y sus capacidades y habilidades para actuar asertivamente se deterioran al transcurrir el tiempo debido a la violencia vivida.[65]

[64] La socialización del cuidado tiene una doble connotación: la primera que refiere a la construcción de significados, deseos y aspiraciones y la segunda implica una responsabilidad colectiva en el cuidado de las personas dependientes y de aquellas que se encuentran en situación de dependencia (Izquierdo, 2004: 7)

[65] Izquierdo sugiere hacer la distinción entre los términos *mujer* y *hombre* para referirse a lo que es cada persona; a diferencia de "mujer" y "hombre" en tanto posición social al lugar de género que ocupan o actúan, ya que sostiene que ninguna persona se ajusta perfectamente a uno u otro género.

Por otro lado, si recordamos que la violencia de género es aquella que bajo un sistema binario de géneros prescribe las posibilidades de ser (Arisó y Mérida, 2010), podríamos afirmar que estas mujeres estuvieron expuestas desde la infancia a la violencia de género, que las constriñó a aprender tareas que corresponden al rol socialmente prescrito de la madre/ama de casa.

Así, en tanto que a ellas se les pedía colaborar en las actividades orientadas al mantenimiento de la infraestructura doméstica, como por ejemplo, hacer la salsa o lavar los trastes y la ropa; a sus hermanos varones se les exentaba de prácticamente todo tipo de actividades de carácter doméstico. María Jesús Izquierdo sostiene que el cuidado fundamentado en la división sexual del trabajo, es la condición que sustenta al ciudadano concebido como individuo y a su vez, la división sexual del trabajo "construye la subjetividad femenina orientada al cuidado, a la conexión con los demás, a la disposición de satisfacer las necesidades ajenas" (Izquierdo, 2004: 2)

Las mujeres que colaboraron en este estudio, no sólo aprendieron a ser cuidadoras desde muy temprana edad, sino que experimentaron la contradicción cuidado/maltrato-violencia como hijas víctimas de violencia física y/o psicológica, o bien como testigas de la violencia ejercida contra sus hermanas y hermanos.

En este sentido la marca del género, troquelada en la subjetividad de las mujeres se convierte en acciones concretas al asumir la norma y reproducirla al mismo tiempo. El género entendido como aquello que a partir de las diferencias biológicas entre los sexos es elemento constitutivo de las relaciones sociales (Scott, 1999), es un concepto clave para escudriñar los procesos de construcción de las identidades adscritas a lo femenino y a lo masculino. Nos da

la posibilidad de comprender por qué no se cuestionó el hecho de que las mujeres entrevistadas, siendo niñas o adolescentes hicieran las tareas domésticas y cuidaran de sus hermanos menores; lo que seguramente habría ocurrido si hubieran sido los hermanos varones quienes llevaran a cabo tales tareas, simplemente porque a estos "no les correspondía".

Las mujeres entrevistadas asumieron en buena medida su rol de género en tanto que proveyeron de cuidados materiales y afectivos a los integrantes de la familia que conformaron siendo adultas, sólo que con una variación a la norma: ellas además desempeñaron el rol de proveedoras de recursos económicos. Las experiencias compartidas por ellas reafirman por un lado, el lugar asignado al género femenino en tanto madres/amas de casa/cuidadoras, pero por otro lado, niegan la concepción clásica de "ama de casa" en la que ésta "depende" económicamente del hombre proveedor.

Resulta interesante cómo ni unas, ni otros en la puesta en escena reconstruida a partir de los relatos, asumieron totalmente los roles de género asignados de "ama de casa" y "proveedor". Como quedó expuesto en capítulos anteriores, estas mujeres se mantuvieron en trabajos asalariados la mayor parte del tiempo de su relación de pareja, en temporadas aportando mayores ingresos  o bien, siendo las únicas proveedoras de recursos económicos. Por otra parte, la pareja por lo general tuvo un desempeño mediano en su rol de proveedor o *ganador de pan* (Izquierdo, 2004), sin embargo, se mantuvo como figura de autoridad, una autoridad ejercida a través de la violencia.

La reproducción del rol de género madre/ama de casa que ocupa un lugar jerárquicamente inferior, respecto del lugar de padre/proveedor, implica no sólo asumir la

actitud de cuidadora, sino que para las mujeres entrevistadas implicó también reproducir el maltrato-violencia que ellas mismas vivieron o presenciaron.

## 2. Las mujeres y sus estrategias de cuidado

Comencemos por Gisella quien como quedó asentado al inicio de este trabajo, a pesar de haber vivido durante 26 años violencia por parte de su pareja, logró mantenerse en el trabajo asalariado con un doble objetivo, por un lado, generar recursos económicos para entregárselos a su pareja buscando con ello mantenerlo "contento" y que éste le diera un mejor trato; y por otro lado, buscando en el trabajo asalariado un lugar de seguridad en el que se sentía menos expuesta a la violencia de su pareja.

También tuvo cierto grado de control sobre sus embarazos mediante el uso de pastillas anticonceptivas y solicitó en varias ocasiones que le hicieran la salpingoclasia, hasta que finalmente la operaron al dar a luz a su cuarto hijo. Ella sabía que otro embarazo la colocaría nuevamente en un lugar de mayor vulnerabilidad ante la violencia de él y al menos los primeros 4 años de vida del recién nacido, pues lo más probable es que ella hiciera lo mismo que con sus otros hijos/as, es decir, renunciar a su trabajo asalariado fuera de casa.

La búsqueda de mayores recursos económicos, se convirtió en uno de sus objetivos, pues consideraba que sería muy difícil separarse de su pareja y mantener ella sola a sus 4 hijas/os, pues todos se encontraban estudiando, por lo que decidió asociarse con algunos compañeros del trabajo para poner su propio negocio de tintorería. Inicialmente echaron a andar este negocio como socios/as y posteriormente ella estableció su propia tintorería, obteniendo con ello mayores recursos para sostener a sus hijos/as.

Salirse de la casa donde vivía con sus hijas/os y su pareja, fue otra forma de alejarse de su agresor, aunque él la intentó chantajear para que volviera, violentando a sus hijas/os, pues éstos se habían quedado a vivir con él.

Finalmente el buscar ayuda psicológica para fortalecer su decisión de separarse de su agresor, acudiendo inicialmente a una UAPVIF y posteriormente al grupo de autoayuda de Apis, fue otra de las formas en que Gisella buscó modificar la situación de violencia en que vivían ella y sus hijas/os.

Lidia también logró mantenerse en un trabajo asalariado de medio tiempo, administrando tanto su aportación económica, la cual destinaba para el sustento familiar; como los recursos que aportaba su pareja, los cuales constituyeron parte del ahorro que posteriormente les permitió adquirir una casa propia.

Ella estableció una estrategia de organización para las actividades cotidianas, prescindiendo de cualquier colaboración de su pareja para las actividades de mantenimiento de la infraestructura doméstica, así como para las tareas de cuidado material y afectivo de sus hijas e hijo. Estableció horarios específicos para la realización de las actividades que tanto ella como sus hijas/o llevaban a cabo, generó cercanía con éstos pues se mantenía al tanto de sus responsabilidades escolares y también les dio la posibilidad de realizar actividades extraescolares por la tarde y los fines de semana llevaba de paseo a sus hijas e hijo.

Como uno de los últimos recursos que empleó para modificar la situación de violencia que vivía con su pareja (ya que sus hijas e hijo eran adultas/o), intentó negociar con éste, planteándole una convivencia en pareja más equitativa en la distribución de las actividades de la infraestructura doméstica y un cuidado material y afectivo mutuo, sin éxito.

Finalmente, luego de 30 años de matrimonio Lidia buscó apoyo en el grupo de autoayuda de Apis para reafirmar su decisión de divorciarse de su pareja e inició un proceso de trabajo consigo misma que duró dos años, antes de que ella iniciara los trámites del divorcio.

Bety por su parte intentó durante 28 años apegarse lo más posible al papel de madre/ama de casa, ya que ella no buscó desempeñarse asalariadamente fuera del hogar y jugó un rol exclusivo de ama de casa hasta que sus hijos fueron adultos, sin embargo, buscaba obtener recursos económicos a través de la realización de trabajos de corte y confección.

También intentó en diversas ocasiones abandonar a su esposo, pero siempre regresaba a casa, hasta que una ocasión él ya no la fue a buscar para pedirle que volviera a casa, como lo había hecho en ocasiones anteriores, situación que la orilló a buscar asesoría legal y posteriormente apoyo psicológico para trabajar consigo misma y reafirmar su decisión de divorciarse de su agresor. Ella como Gisella y Lidia encontraron en el grupo de autoayuda de Apis, Fundación para la Equidad, un espacio de reflexión, de confrontación y de solidaridad que les ha posibilitado conocerse a sí mismas, entender entre otras cosas, qué pasa cuando las mujeres nos encontramos sometidas a situaciones de violencia doméstica y asumir la responsabilidad de su bienestar en la actualidad.

El caso de Minerva fue distinto al de las otras mujeres entrevistadas pues como quedó expuesto con anterioridad ella se encontraba en el momento de la entrevista en la etapa de crianza de sus hijos, situación que las demás mujeres habían transitado hacía muchos años. En el momento de la entrevista llevaba 5 años viviendo con su pareja. Minerva había

intentado diversas estrategias para mejorar la relación con su pareja: desde destinar una noche a la semana para salir juntos como pareja, contratar a una trabajadora doméstica de planta con el objetivo de que ambos pudieran hacer ejercicio por las mañanas, hasta una terapia de pareja para resolver cuestiones específicas como la comunicación entre ellos. Al parecer todos estos esfuerzos, que tuvieron poco éxito y que fueron implementados por iniciativa de ella, originaron que él comenzara a asistir a terapias psicológicas individuales, lo que desde el punto de vista de la entrevistada, había mejorado la relación entre ellos, pues él se mostraba más cooperador y había más tolerancia entre ellos.

### 3. El costo de ser cuidadora en tanto se es violentada: cáncer, gastritis, arritmia cardiaca, depresión…

La primera manifestación referida a la salud física de Gisella durante su matrimonio, fue la dificultad que tuvo para amamantar a su primera hija. Al consultar al médico, éste le comentó que la falta de leche se debía probablemente a la tensión que ella presentaba. Hay que recordar que ella comenzó a ser violentada psicológicamente por su pareja desde el noviazgo, además vivió todo su embarazo sin el apoyo cercano del papá de su hija pues aún no vivían juntos y éste la visitaba sólo los domingos. A lo anterior hay que agregar que hubo oposición por parte de la familia de ella y a partir de entonces, comenzó un distanciamiento entre esta y su familia.

Al igual que Gisella, Minerva comenzó a vivir en pareja una semana antes de dar a luz a su primer hijo. Tanto el embarazo, como la recuperación después de la cesárea de ambos hijos, fue vivida en solitario pues su pareja no permaneció con ella los primeros días luego del nacimiento de sus hijos, lo cual era una expectativa que ella tenía de él como pareja. A esto

se agregó que Minerva era originaria de Argentina y aunque vivía en México desde la infancia, prácticamente no contaba con redes de apoyo en el momento de dar a luz a sus hijos y su familia se encontraba muy lejos o sin la posibilidad de acompañarla en ese proceso.

En el caso de Gisella, luego del nacimiento de su segunda hija ella renuncio a su trabajo nuevamente para dedicarse a la crianza de ésta, sin embargo, al parecer la tensión seguía acumulándose en ella, pues en su relato identifica claramente cómo ante situaciones como el llanto de su segunda hija a la que consideró muy demandante o algún pequeño ruido que hiciera su primera hija despertando a la bebé, Gisella llegó a violentar físicamente a su hija mayor que en aquel entonces tendría 4-5 años de edad. Hay que recordar también que la pareja de Gisella ejercía violencia psicológica hacia ella haciéndole sentir que su hija era la única razón por la que se mantenía en la relación con ella y además se refería a ella como la sirvienta de la casa, lo que genero coraje en esta.

La continua violencia psicológica, sexual, verbal y física que la pareja de Gisella ejercía contra ella haciéndola sentir entre otras, prostituta, fea, inútil en las relaciones sexuales, objeto de placer para él; así como la violencia económica limitando y controlando el gasto familiar, amenazando con no dar el gasto y haciendo efectiva su amenaza una vez que ella dejó de darle su sueldo, fueron circunstancias que aunadas a la urgencia de resolver las necesidades cotidianas de sus hijas/os, como la alimentación y las cuestiones escolares, produjeron en Gisella confusión, desamor y coraje hacia su agresor. En aquella época ella tuvo la sensación de que no había salida y también tuvo pensamientos suicidas.

En Lidia el nulo involucramiento de su pareja en el mantenimiento de la infraestructura doméstica y en el cuidado de sus hijas e hijo, implicó para ella el mantenerse en trabajos de

medio tiempo a fin de poder cuidar de sus hijos por las tardes. Lidia llevaba un ritmo de vida bastante intenso, pues tuvo siempre una doble jornada de trabajo, tanto en su empleo como maestra de Historia, como en las labores de madre y ama de casa. Ante la ausencia total de su pareja en todo lo relacionado con la familia y las cuestiones domésticas, se agregaba la sospecha que Lidia tenía de las infidelidades de su pareja, las cuales terminaron siendo verdad. Por aquella época Lidia presentaba muy bajo peso, pues en ocasiones entre el trabajo y las actividades que realizaba en las tardes con sus hijos, se olvidaba de comer. También tuvo crisis existenciales, pues comprobaba que su pareja seguía siendo infiel, en ocasiones -según me comentó- se miraba al espejo y no se reconocía, pues lo que veía no era lo que había soñado para ella misma.

En el caso de Gisella, situaciones específicas como el conseguir un empleo mejor pagado, el dejar de darle su salario a su pareja y los intentos de abandonarlo, provocaron mayor violencia por parte de éste hacia ella e incluso hacia sus hijas e hijos. Tanto hacia Gisella, como hacia Lidia y Bety, las amenazas de muerte por parte de sus parejas ante un eventual abandono de ellas, no se hicieron esperar. En el caso de Lidia, las amenazas fueron verbalizadas también a sus hijas/o, pues les decía que mataría a su madre.

Regresando a los casos de Gisella y de Bety, es preciso señalar que cuando ellas decidieron irse de la casa para evitar la violencia de su agresor, ninguna de ellas se llevó a sus hijas/os, sino que éstas/os se quedaron con su papá. Esta situación provocó que los padres ejercieran violencia en contra de sus hijos, como una forma de presión para que ellas volvieran a casa, estrategia que no provocó el resultado que ellos esperaban, pues ellas terminaron con la relación de pareja divorciándose o separándose de su agresor, según el caso.

Quizá la manifestación más clara de la afectación en la salud física de Gisella fue la presencia del cáncer, mismo que limitó el desempeño físico de la entrevistada y por tanto frenó durante algún tiempo el desarrollo de su negocio, así como sus deseos de involucrarse más en la labor de apoyar a otras mujeres que viven violencia con su pareja, la cual era una de sus expectativas. Bety presentó depresión, colitis, gastritis y arritmia cardiaca durante el tiempo que vivió con su agresor, lo que le ha implicado años de tratamiento y recuperación. En el caso de Minerva, a pesar de los pocos años de convivencia con su pareja, ella manifestaba cansancio, estrés y enojo hacia su pareja, no sólo por la violencia sexual y psicológica que éste había ejercido en contra de ella, sino por el prácticamente nulo involucramiento de éste en las actividades domésticas y de cuidado material y afectivo de sus hijos.

Según García (2002) algunos de los problemas psicosociales asociados a los malos tratos en la infancia son los siguientes: pobres relaciones con los iguales, déficit intelectual, pobre autoestima, agresividad, problemas de conducta, psicopatologías, delincuencia y uso de drogas. La presente investigación develo que algunas de las hijas e hijos de las mujeres entrevistadas desarrollaron problemas de adicciones a drogas (mariguana) y alcohol, así como depresión, baja autoestima, deserción escolar y comportamientos violentos.

Cabe resaltar que los hijos e hijas de las madres que fueron violentadas de todas las formas aquí descritas y de manera frecuente, es decir, los hijos de Gisella y Bety, son quienes presentaron problemáticas como las arriba mencionadas. Algunos de los hijos varones que fueron violentados física y psicológicamente, presentaban comportamientos violentos con sus parejas en la vida adulta. No olvidemos que ha sido señalado el impacto que sobre las niñas y

niños tiene el vivir o presenciar situaciones de violencia y cómo éstos pueden llegar a reproducir dichos patrones de relación (Echeburúa, 2007; Valdez, 2004; García, 2002)

Desde luego, no ha sido el objetivo de este estudio, establecer una relación de causa-efecto entre el cuidado y la violencia vivida y presenciada y el impacto en la salud de las mujeres y sus hijas/os; sin embargo, es posible apuntalar que en estos casos concretos, se presentaron todas estas condiciones como parte del mismo escenario. Mientras algunas mujeres intentaban ponerse a salvo de la violencia de su pareja, los hijos e hijas quedaron al cuidado del padre/proveedor, éste último rol fue desempeñado sólo medianamente y tampoco llevaron a cabo tareas de cuidado hacia sus hijas/os. Por el contrario, la mayoría de las parejas de las mujeres entrevistadas, intentaron manipular la voluntad de la madre, a través de los hijos/as, ya sea para obligarla a tener relaciones sexuales, o para intimidarla y evitar ser abandonado, o bien para obligarla a regresar si esta había logrado separarse de él.

## CONCLUSIONES

El objetivo general de esta investigación fue conocer cómo el ejercicio de la maternidad, específicamente las prácticas de cuidado se construyeron y modificaron a partir de las experiencias de violencia doméstica de un grupo de madres de entre 41 y 59 años de edad que residían en la Ciudad de México.

Para alcanzar este propósito indagué en torno a: 1) Los cuidados que recibieron las mujeres en su familia de origen; 2) Las experiencias de violencia doméstica en la familia de origen y en la nueva familia; 3) El cuidado que las madres procuraron a sus hijas/os; y 4) El cuidado como una actividad exclusiva de las madres/amas de casa en entornos de violencia doméstica.

El cuidado como una tarea dirigida a satisfacer las necesidades materiales y afectivas de las personas dependientes o en situación de dependencia, se expresó en cuatro tipos: material, afectivo, económico y moral.

Los cuidados que las mujeres entrevistadas recibieron en su familia de origen principalmente por parte de sus madres, estuvieron enfocados a satisfacer necesidades básicas como: alimento, vestido e higiene. En dichas familias de origen aunque los padres asumieron el rol de género de proveedores, algunos de ellos brindaron cuidados de tipo afectivo hacia su descendencia al llevar a cabo actividades como jugar, ir de paseo, contar historias o platicar con sus hijas/os.

Según los resultados de esta investigación las mujeres entrevistadas no sólo fueron cuidadas durante la infancia, sino que al mismo tiempo aprendieron a cuidar de otros. Es decir, el cuidado fue una actividad que ellas realizaron desde temprana edad, a partir de la petición explícita de su madre y padre, para llevar a cabo labores orientadas al mantenimiento de la infraestructura doméstica como: la preparación de alimentos, lavar la ropa, limpieza y orden de la casa y/o el cuidado de las hermanas y los hermanos menores.

Lo anterior permite afirmar que hablamos de una noción de cuidado *bidireccional* en el sentido de que no sólo es procurado por una mujer u hombre adulto –la madre y el padre- hacia personas dependientes –las hijas/os- sino que el cuidado también es procurado por las niñas, adolescentes o mujeres jóvenes, principalmente hacia sus hermanas/os menores y en ocasiones también hacia la madre enferma o el padre que solicita y exige cuidados materiales.

Hablando de la violencia doméstica que las mujeres experimentaron siendo niñas, la información obtenida indica que durante la infancia todas las mujeres entrevistadas vivieron violencia física y/o psicológica, o bien, presenciaron estos tipos de violencia hacia sus hermanas y/o hermanos; situaciones que ocasionaron la sensación de inseguridad, temor y malestar.

También pude identificar que la percepción de las mujeres sobre las situaciones de violencia ocurridas en la infancia hacia ellas o hacia sus hermanas/os, puede ser muy relativa y no necesariamente corresponde con las situaciones concretas de maltrato que ellas mismas relataron. Es decir, para algunas un golpe en la cabeza o “sape” fue experimentado como un acto violento y desconcertante; mientras que para otras, los azotes en el cuerpo eran parte de

las prácticas de “corrección” que implementaron su madre y su padre, sin llegar a considerarlos como violencia.

Con respecto a la violencia ocurrida durante la vida adulta de las mujeres entrevistadas, indudablemente las parejas de éstas fueron los principales agresores. Por un lado, los hombres ejercieron distintos tipos violencia en contra de las mujeres, en tanto que hacia sus hijas/os ejercieron violencia física y psicológica. Por otro lado, pude observar que la relación que establece una mujer con sus hijas/os puede darse de maneras diversas y no necesariamente a través de la violencia.

Cabe señalar que aunque no todas las mujeres experimentaron violencia física y patrimonial, todas ellas vivieron violencia psicológica, sexual y económica por parte de sus parejas. Al respecto cabe decir que ellas intentaron de diversas formas “mejorar su relación de pareja”, mitigar, evitar o romper con las situaciones de violencia doméstica.

Una anotación importante es que nociones como el “no querer que las hijas/os se queden sin padre”, o “mantener a la familia unida”, fueron consideradas por las mujeres como parte de su responsabilidad moral en tanto madres/amas de casa/cuidadoras, dificultando así el rompimiento con un contexto violento hacia ellas y sus hijas/os. Sin embargo dichas nociones fueron cuestionadas por las mujeres a partir de su trabajo en el grupo de autoayuda. Recordemos que casi todas las mujeres que colaboraron en este estudio habían iniciado desde hacía varios años un proceso de reflexión grupal dirigido a mujeres que viven situaciones de violencia, por lo que pudieron enunciar con mayor claridad no sólo los tipos de violencia experimentados, sino que han asumido una posición más crítica con respecto a temas como “La virginidad”, “Los roles de género asignados”, “Las identidades femeninas”, “Las relaciones de pareja”, etc. En este sentido, algunas de ellas identificaron claramente no

sólo las agresiones de su pareja en contra de ellas y sus hijas e hijos, sino el nulo involucramiento del padre de sus hijos en las tareas relacionadas con la infraestructura doméstica y con el cuidado de las hijas/os.

Con relación a la violencia doméstica que experimentaron las hijas/os de las mujeres entrevistadas, es posible resaltar dos aspectos: a) El doble objetivo del ejercicio de violencia ejercida por el padre y b) El ejercicio de la violencia hacia hijas/os como una práctica "legítima".

En este sentido encontré que la violencia del agresor en contra de sus hijas e hijos, en diversas ocasiones tuvo un doble objetivo/impacto: por un lado, causar daño a las hijas/os como una forma de presión hacia la madre y por otro lado, lograr el sometimiento de ésta a la voluntad del agresor. En otras palabras en estas nuevas familias, los padres no sólo no se involucraron en el cuidado hacia sus hijos/as, sino que por el contrario los "utilizaron" a través del ejercicio de la violencia, para mantener o recuperar el control sobre las mujeres.

Hay que agregar que aunque la información que arrojó el estudio sobre el desempeño de los hombres como padres fue insuficiente, dado que no era el tema central de este trabajo, es posible delinear dos aspectos: por un lado, en la práctica el rol paterno está orientado al aspecto económico, sin llegar a asumir el rol de proveedores en su totalidad; por otro lado, dichos padres se mantuvieron en su rol como autoridad y por lo general, lo hicieron a través de la violencia.

En lo referente a la "legitimidad" del uso de la violencia hacia las hijas/os se hizo evidente que el ejercicio de ésta tuvo lugar en condiciones de "legitimidad" que la hicieron posible y que se justificó en nombre de la educación y la disciplina, por lo que se puede

observar que prevaleció la noción de que las hijas/os son propiedad de los padres, lo que confiere autoridad a éstos últimos de ejercer dichas prácticas “correctivas”.

Con relación al cuidado que las mujeres procuraron a sus hijas/os en la familia que conformaron en la vida adulta, me fue posible identificar que éstas no sólo procuraron cuidados materiales a su descendencia, sino que también contribuyeron al cuidado afectivo de éstos. Es decir, buscaron cubrir las necesidades alimenticias, educativas, de vestido, de higiene y salud de sus hijas/os, y también se interesaron y mantuvieron al tanto de las tareas y trabajos escolares; algunas de ellas incluso buscaron darse un tiempo para salir de paseo con las hijas/os.

Aunque la mayoría de estas mujeres llevaron a cabo diversas actividades y comportamientos para ajustarse al rol de madres/amas de casa, al mismo tiempo escaparon a la norma -estar dedicadas exclusivamente al hogar y al cuidado de las hijas/os- de distintas maneras, una de ellas fue haber realizado el rol de proveedoras de recursos económicos; por lo que en la práctica, se refutó la noción de “ama de casa” como dependiente de la aportación económica del hombre “proveedor”.

De tal modo que dichas mujeres asumieron no solamente toda la responsabilidad en el mantenimiento de la infraestructura doméstica y en las actividades de cuidado material y afectivo hacia sus hijas/os y pareja; sino que desempeñaron un rol importante o exclusivo de proveedoras de recursos económicos para el sustento familiar durante la relación conyugal y principalmente en los periodos de inactividad económica de su pareja.

Respecto de si lo anterior puede considerarse un logro para dichas mujeres o bien, resulta contraproducente dada la doble o triple jornada que implica para ellas el realizar un

trabajo asalariado, hay mucho por analizar y discutir. Por ejemplo, es innegable que el generar sus propios recursos económicos y disponer de ellos, coloca a las mujeres en condiciones de menor vulnerabilidad; a diferencia de no desempeñarse en una actividad laboral remunerada, ni disponer de recursos económicos y por lo tanto, tener menor injerencia en la toma de decisiones.

Emplearse en trabajos de medio tiempo, pedir a las vecinas que recogieran a las hijas/os de la escuela, buscar el servicio de guarderías, pagar a alguien para que cuide de los hijos/as mientras ellas trabajaban, buscar actividades extraescolares, tomar las horas de comida para llevar o traer a las hijas/os hacia la escuela; fueron algunas de las acciones que las mujeres entrevistadas realizaron para mantenerse en un trabajo asalariado y al mismo tiempo cuidar de su descendencia.

Aunque en general hubo una percepción positiva de sí mismas sobre el desempeño en su rol de madres/amas de casa, para algunas de ellas el cuidar de las hijas/os mientras experimentaban situaciones de violencia doméstica, implicó una pérdida de capacidad para cuidar de sí mismas y de las hijas/os que dependían de sus cuidados, poniendo en riesgo la salud física y emocional de ellas y su descendencia. Por lo anterior, una contribución importante de esta investigación es que muestra situaciones específicas en las que el cuidado asumido como una responsabilidad exclusiva de las madres/amas de casa en contextos de violencia doméstica, se expresó en una contradicción cuidado/descuido-maltrato de ellas hacia sus hijas e hijos.

Como anoté en párrafos anteriores en la práctica el rol paterno estuvo orientado al aspecto económico, por lo que a diferencia de las actividades de cuidado afectivo que llevaron

a cabo algunos padres de las mujeres entrevistadas durante la infancia de éstas, como llevar de paseo, charlar y contar historias o jugar con sus hijas e hijos; las parejas de las mujeres entrevistadas, se limitaron a realizar un rol mediano de proveedores. En este sentido el cuidado es una tarea de la cual se auto excluye el padre/pareja, ejerciendo con ello una fuerte violencia no sólo hacia la madre/ama de casa, sino hacia las hijas e hijos de ambos.

Hablando del cuidado como una actividad designada exclusivamente a las madres/amas de casa es posible señalar que según los resultados de esta investigación, el ejercicio de la maternidad tuvo lugar como un proceso difícil, agotador y solitario. Las mujeres en sus intentos por alcanzar la norma implementaron diversas estrategias que les permitieron por un lado, hacerse cargo del mantenimiento de la infraestructura doméstica y de las actividades de cuidado material y afectivo de sus hijas/os; y por otro lado, dichas estrategias facilitaron su desempeño en trabajos asalariados.

A reserva de estudiar en profundidad el ejercicio de los roles madre/ama de casa-padre/proveedor en contextos de violencia doméstica, es posible señalar que el presente estudio muestra cómo la división sexual del trabajo, se vio reflejada en las responsabilidades que ambos miembros de la pareja asumieron en la vida cotidiana. Lo anterior derivó en que el hombre/padre medianamente proveedor, se deslindó de las actividades relacionadas con el mantenimiento de la infraestructura doméstica y los cuidados materiales y afectivos de su familia; y en que la mujer/madre/ama de casa actuara como responsable exclusiva de la infraestructura doméstica, el cuidado de la familia y una parte de los recursos económicos que ésta requirió para subsistir.

Reflexionar en torno al cuidado en la vida cotidiana de las mujeres entrevistadas y sus familias, permite confirmar a la luz de los resultados de esta investigación que efectivamente el cuidado es vivido como una actividad exclusiva de las madres/amas de casa.

Cabe destacar que la violencia doméstica que vivieron las madres entrevistadas por parte de sus parejas, sucedió de manera simultánea a la situación de cuidado/maltrato, por parte de ellas hacia sus hijas/os. La violencia doméstica que las mujeres vivieron por parte de su pareja, involucró de tal manera a las hijas/os, que éstos intentaron "cuidar" de su madre, ante la violencia del padre. De este modo, la relación de cuidado que en principio ha sido procurado por la madre, en determinados momentos se transforma en una relación recíproca, de ida y vuelta, en la que algunos hijos/as brindaron a su vez algún tipo de cuidado hacia la madre.

El cuidado de las hijas/os hacia la madre frente a la violencia del padre fue uno de los hallazgos del estudio, pues inicialmente no estaba contemplado en la problemática abordada. Sobre este tema hubo dos situaciones concretas: en la primera la hija mayor asumió la responsabilidad de la infraestructura doméstica, así como del cuidado de las hermanas y hermanos menores y alentó a su madre violentada a huir de casa para evitar más agresiones por parte de la pareja de ésta. En la segunda situación, el hijo menor intento alejar al padre de la madre, para evitar la violencia en contra de ésta, situándose cercano al padre violento y realizando actividades que ayudaran a mantener al agresor fuera de casa.

En este orden de ideas, se pudo ver que la contradicción cuidado/maltrato en el contexto de violencia doméstica tuvo implicaciones tanto para las madres, como para sus hijas/os, quienes vieron afectada su salud física y emocional.

Las mujeres manifestaron alteraciones emocionales como depresión, ansiedad, estrés, crisis emocionales, pensamientos suicidas; así como acumulación de enojo y tristeza. También se presentaron enfermedades graves como el cáncer, enfermedades cardiacas (arritmia del corazón), del sistema digestivo (colitis, gastritis); así como bajo peso y dificultad para amamantar.

Con relación a la afectación que puede haber en las hijas/os que viven en entornos violentos, fue posible señalar algunos temas emergentes a partir de los relatos de las madres, por ejemplo: algunos de los hijos/as de las mujeres entrevistadas presentaron afectación en su conducta, como abandono de los estudios o comportamientos violentos con sus parejas; también hubo algunos que iniciaron el consumo de drogas (mariguana) y alcohol. En otros se manifestó baja autoestima, sentimientos de rencor y enojo tanto hacia la madre, como hacia el padre por las situaciones de violencia vividas en el contexto familiar.

Los hallazgos de la presente investigación permiten hablar de la reproducción de la violencia por parte de algunos de los hijos varones de las mujeres entrevistadas, quienes en su infancia vivieron o presenciaron algún tipo de violencia y que en el momento de la entrevista, siendo adultos manifestaban conductas violentas hacia sus parejas, según indican los relatos de las mujeres entrevistadas. Indagar a detalle como los hijos/as de estas mujeres vivieron la contradicción cuidado/maltrato-violencia es una línea de trabajo para futuras investigaciones.

Otra de las posibles líneas de trabajo para futuras investigaciones es indagar en torno a las estrategias que tanto las hijas como los hijos, generaron para sobrellevar el contexto de violencia doméstica de su familia de origen. Como quedo expuesto en párrafos anteriores,

algunos de éstos niños que vivieron la contradicción cuidado/maltrato durante la infancia, reprodujeron como adultos determinados comportamientos violentos hacia sus parejas. Por lo que cabe preguntarse si ¿las hijas de las mujeres entrevistadas reproducirán la dicotomía cuidado/maltrato de forma similar a como hicieron sus madres? Los hombres que eligieron mantenerse al margen de la procuración de cuidados hacia sus hijos e hijas, ¿vivieron también la contradicción cuidado/maltrato en sus familias de origen? Estas y otras interrogantes quedan abiertas para futuras investigaciones.

## ANEXOS

### ANEXO 1. GUÍA DE ENTREVISTA

Presentación de la investigadora, recuerda a la entrevistada sobre la confidencialidad de la información, agradece la entrevista y solicita permiso para grabar en audio la misma.

**INFORMACIÓN BÁSICA**

1. Edad
2. Estado civil
3. Grado y lugar de estudios
4. Lugar de residencia
5. Personas con las que vive
6. Número de hijas/os
7. Ocupación e ingresos económicos

**INFANCIA**

1. Juegos
2. Recuerdos gratos y desagradables
3. Ocupación de madre y padre
4. Organización de labores domésticas
5. Disciplina, castigos
6. Cuidado (quién, cómo, cuándo)
7. Violencia hacia hermanas/os, hacia la entrevistada (agresor, tipo de violencia, hacia quién, motivos)
8. Opinión sobre los eventos de violencia en la infancia

**RELACIÓN DE PAREJA Y VIOLENCIA CONYUGAL**

1. Situación de pareja actual y tiempo de relación
2. Edad y ocupación de la pareja
3. Antecedentes de la relación (cómo se conocieron, qué edad tenían, etc.)
4. Vida en pareja, experiencias compartidas
5. Lo que le gusta y no le gusta de su pareja
6. Lo que a la pareja no le gusta de ella
7. Resolución de conflictos
8. Situaciones de violencia (tipos, frecuencia, temporalidad)
9. Reacción después de los eventos de violencia
10. Opinión/percepción sobre la violencia vivida

**VIDA DOMÉSTICA Y CUIDADOS**

1. Aportación de recursos económicos
2. Realización de pagos (luz, agua, gas, etc.)
3. Trabajo doméstico (quién, cómo, cuándo, por acuerdo)
4. Cuidado de las hijas/os (quién, cómo, a quienes, cuándo)
5. Relación con hijas/os en la etapa de crianza y en la actualidad (cómo, en qué actividades, tiempo)
6. El trabajo asalariado y las labores domésticas
7. Percepción sobre la organización del trabajo doméstico y el cuidado

## ANEXO 2. APIS Y EL GRUPO DE AUTOAYUDA COMO CONTEXTO DE LAS MUJERES QUE COLABORARON EN EL ESTUDIO

Apis es una Organización Civil Autónoma fundada en 1981 que tiene una fundamentación ética orientada hacia la promoción de la asunción por parte de la sociedad, de la responsabilidad que le corresponde en "sanar las heridas que produce la violencia en las mujeres" (Banda, 2007: 4) y se basa en los principios de respeto a las personas, promoción de la autonomía de las mujeres y equidad.

Brinda atención a mujeres que viven situaciones de violencia familiar y desarrolla procesos de investigación, formación, capacitación y difusión; así como acciones en torno a la violencia conyugal y familiar. En conjunto con otros actores sociales realiza acciones de gestoría y defensa, frente a organismos internacionales y gobiernos nacionales.

Sus objetivos institucionales son:

- Contribuir a la prevención y atención de la violencia de género, especialmente la familiar.
- Facilitar y promover la participación de las mujeres en el desarrollo sustentable y en la generación de ingresos.
- Promover el derecho de las personas a decidir de manera autónoma, libre y responsable sobre su reproducción.
- Impulsar la construcción y el ejercicio ciudadano para fomentar una cultura democrática.

La elección del grupo de autoayuda de Apis como el contexto y fuente de información primordial (a través de la participación de las mujeres del grupo) se debe principalmente a que se trata de una asociación cuyos servicios están dirigidos principalmente a mujeres adultas que viven o vivieron violencia doméstica, lo que garantizaba que las mujeres hubieran asumido la violencia experimentada.

El grupo está conformado por mujeres que comparten una problemática común. La facilitadora a través de su "saber técnico" informa, orienta, contiene, brinda afecto y analiza las experiencias de las mujeres a través de la deconstrucción del discurso relacionándolo con la historia de vida y la cultura. Es un grupo abierto lo que permite la retroalimentación de las mujeres con más antigüedad en el grupo y las nuevas integrantes generan movilización hacia las primeras. Permite establecer relaciones grupales multidireccionales y expresar sus conocimientos de modo vivencial.

a) El Modelo de Atención y su metodología

El objetivo general del modelo es mejorar la autoestima e imagen de las mujeres que participan en el grupo de autoayuda, apoyándolas para que rompan el ciclo de la violencia, la detengan y se involucren en espacios organizativos más amplios.

De manera específica busca: a) que las mujeres reconozcan que la violencia de género es parte del contexto cultural en que ellas viven; b) que validen su rompimiento con aquellos aspectos del deber ser de la femineidad que afecta su crecimiento y salud; c) que desarrollen su autonomía para tener control de su vida y d) que se transformen en gestoras para abatir la violencia a nivel social.

La metodología se basa en consideraciones específicas en torno al grupo como medio eficaz de intervención, a la intervención con perspectiva de género y en torno al grupo de autoayuda que busca disminuir al máximo el liderazgo de la facilitadora, depositando el mayor sostén en el grupo.

b) Intervención con perspectiva de género

Dado que hace referencia al contexto sociocultural para entender los conflictos y tensiones individuales, posibilita la toma de conciencia sobre la ideología patriarcal en que se hallan inmersas, les permite explicarse y redefinir conductas basadas en la desigualdad y posibilita otras resignificaciones en torno a su vida, las cuales favorecen la salud mental de las mujeres. Supone visibilizar los poderes y capacidades de éstas a partir de la recuperación de sus experiencias de resistencia en las que expresan o actúan su negativa e inconformidad de continuar padeciendo.

c) Ejes temáticos del Modelo

Los ejes temáticos fungen como analizadores que permiten desarticular los preceptos culturales que reproducen la violencia de género. Los principales ejes temáticos que se abordan en el transcurso de un año son:

1. Identidad femenina e identidad masculina
2. Salud mental de las mujeres
3. Autoestima y asertividad
4. Relación madre-hija e hijo (significados sociales de la maternidad, la maternidad y el trabajo en el ámbito doméstico, la maternidad y el trabajo asalariado, significados de maternizar a un hijo e hija)
5. Autonomía

6. Independencia económica

7. Sexualidad (los derechos sexuales, mitos sobre la sexualidad.

**ANEXO 3. CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO**

**Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco**

**Proyecto de Investigación: "Violencia doméstica y maternidad"**

**Responsable del Proyecto: Sara Chávez Ruiz**

Carta de consentimiento informado:

Por medio de la presente hago constar que he decidido participar voluntariamente en el Proyecto de Investigación: "Violencia doméstica y maternidad" que lleva a cabo la Lic. Sara Chávez Ruiz como parte de su formación como estudiante de la Especialización y Maestría en Estudios de la Mujer de la UAM-X. Mi participación consistirá en brindar una entrevista a profundidad en torno a los temas de violencia doméstica y maternidad.

Se me ha comunicado que la información resultante de dicha entrevista será confidencial y que los archivos de audio (si decido aceptar que mi entrevista sea grabada en audio) serán destruidos una vez concluida la investigación. En ningún momento se me identificará con mi nombre real y toda la información obtenida de esta investigación será utilizada únicamente con fines académicos. También se me ha informado que si así lo decido, puedo retirarme del estudio en el momento que considere pertinente.

Atentamente:

_____

México, D.F. a _____ de Octubre del 2011

***La mujer (se va la vida compañera), 1979***

***León Chávez Teixeiro***

Abrió los ojos, se echó un vestido, se fue despacio, pa´ la cocina. Estaba oscuro, sin hacer ruido, prendió la estufa y a la rutina. Sintió el silencio como un apuro, todo empezaba en el desayuno.

Sirvió a su esposo, vistió a los niños, cambió pañales, sirvió los panes. Llevó a sus hijos para la escuela; pensó en la dieta que se comían. Compró verduras, midió el dinero, palpó lo gris de su economía, formó en la cola de las tortillas.

Cargó a Francisco. Miró la calle. Por todas partes había mujeres, todas compraban y se movían; cumplían aisladas con sus deberes, le recordaban a las hormigas. Sintió de pronto que eran esclavas, sintió que todas eran amigas.

Se va la vida, se va al agujero, como la mugre en el lavadero.

Llegó a su casa, casa rentada vio más amigas desde la entrada. Le dio a Francisco con qué jugar, barrió los pisos, tendió las camas. Se vio al espejo, miró las canas y todas cosas de cocinar. Cortó las papas, las puso al fuego y a la manteca la hizo chillar. Ahora lo crudo se ha transformado, estaba listo para comer. La casa entera tiene otro ver, de nuevo listo pa' ser usado.

Puso la mesa, sirvió a los niños, cambió pañales, sirvió los panes, limpió de nuevo mesa y cocina. Le dio a Mercedes la medicina; pidió su turno en los lavaderos. Talló vestidos y pantalones, miró la ropa tendida al sol, como si ayer no se hubiera hecho. La misma friega todos los días, se caminaba de nuevo el trecho. Sintió la vida como prisión, se le escapaba todo lo hecho.

Se va la vida, se va al agujero, como la mugre en el lavadero.

Cruzó palabras con sus vecinas; hubo sonrisas e información. Toda la raza en su cantón, se las arregla con el trajín. Siempre mujeres, cumpliendo oficios que se entretejen sin tener fin. Ser costureras, ser cocineras, recamareras y planchadoras; ser enfermeras y lavanderas, también meseras y educadoras.

Muy diligentes, afanadoras, a sus familias las dejan listas, rumbo a la escuela o hacia el trabajo para que puedan checar las listas. Se daba cuenta de sus afanes y de los cines sabía un carajo. Para ellos siempre la vida es seria, pero se ahogaban en la miseria.

Se fue derecho para su nido, siempre pensando planchó la ropa. Todo lo roto dejó zurcido, tenía un momento pa' descansar. Se abrió la puerta y entró el marido también molido de trabajar.

Puso la mesa, sirvió la sopa, para quejarse no abrió la boca. Se rieron juntos y platicaron. Se habló de niños y de dinero, de las vecinas, de algún dolor, de los camiones y del patrón. Lavó los trastes, tiró basura, durmió a los niños, cambió pañales.

Como aire que entra por la ranura, los dos jugaron con su ternura. Le dio la vuelta a la cerradura; durmió de pronto todos sus males.

Se va la vida, se va al agujero, como la mugre en el lavadero.

Abrió los ojos, se echó un vestido, se fue despacio, pa´ la cocina. Estaba oscuro, sin hacer ruido, prendió la estufa, y a la rutina. Sintió el silencio como un apuro, todo empezaba en el desayuno.

Se va la vida, se va al agujero, como la mugre en el lavadero…

Fuente: página personal de León Chávez Teixeiro, http://teixeiro.net76.net/

## BIBLIOGRAFÍA CITADA


Aceves, Jorge (1998), “La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación” en Galindo, Jesús, *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación,* México, Addison Wesley y Longman, CONACULTA, pp. 207-247.

Alfaro Soriano, Marisol (2001), “Violencia conyugal en mujeres”, tesis de licenciatura en Psicología Social, México, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.

Arisó, Olga y Rafael Mérida (2010), *Los géneros de la violencia. Una reflexión queer sobre la “violencia de género”,* Barcelona, EGALES.

Asakura, Hiroko (2000), “Hacia la transformación de la identidad: el significado de la maternidad en la identidad femenina (un estudio de caso: mujeres profesionales en los sectores medios de la Ciudad de México)”, tesis de maestría en Ciencias Sociales, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Ávila, Arturo, González, Erika y Araceli Rico (2008), "Enfoque biográfico-narrativo para comprender la violencia intrafamiliar" en Ávila, Meléndez Luis Arturo (Editor), *Dinámicas de control y resistencia en las relaciones familiares: procesos fundamentales para comprender la violencia intrafamiliar*, Michoacán, México, IPN, CONACYT, Gobierno del Estado de Michoacán, CREFAL.

Ávila, Yanina (2004), “Las mujeres frente a los espejos de la maternidad”, en *La Ventana,* Núm. 20, México, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.

-------- (2005), "Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres" en *Desacatos*, enero-abril, núm. 17, México, CIESAS, pp. 107-126.

Azaola, Elena (2007), *Violencia intrafamiliar y maltrato infantil,* México, CDHDF.

Badinter, Elisabeth (1991), *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX.* España, Paidós.

Banda, Norma (2007), *Nosotras en la violencia familiar,* México, Apis Fundación para la Equidad, A.C., Instituto Nacional de Desarrollo Social.

Barudi, Jorge y Marquebreucq Anne –Pascale (2006), *Hijas e hijos de madres resilientes. Traumas infantiles en situaciones extremas: violencia de género, guerra, genocidio, persecución y exilio*, Barcelona, Gedisa.

Baz, M. (1999) “La entrevista de investigación en el campo de la subjetividad” en Jáidar, Isabel (comp.), *Caleidoscopio de subjetividades*, México, UAM-X, pp. 77-96.

Boyle, J. (2003), “Estilos de etnografía”, en Janice M. Morse (ed.), *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa,* Colombia, Universidad de Antioquia.

Castro, Roberto y Agustín Ruiz (2003) "Violencia contra mujeres embarazadas en el Estado de Morelos: hallazgos preliminares", en López, P. et. al. (compiladoras), *Género y política en salud,* México, Secretaría de Salud.

Castro, Roberto y Florinda Riquer, (2003), "La investigación sobre violencia contra las mujeres en América Latina: entre el empirismo ciego y la teoría sin datos", *Cad. Saúde Pública*, Rio de Janeiro, jan-fev, 19 (1), pp. 135-146.

Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal/Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz (2008)*, Sugerencias para la detección de violencia contra niñas, niños y adolescentes en el Distrito Federal y para la toma de decisiones*, México.

Echeburúa, Enrique, (2007), "Violencia intrafamiliar contra la mujer" en *Los escenarios de la violencia,* Sabucedo, José Manuel y José Sanmartín, Barcelona, Ariel pagina.

El periódico (2012), “ONU afirma que enfrentar la violencia contra los niños es un gran desafío”, Guatemala, jueves 25 de octubre. Fuente: http://www.elperiodico.com.gt/es/20121025/elmundo/219724/

consultado el 14 de noviembre del 2012.

Fernández, L. (1998), “Construyendo el problema de investigación”, en *Encrucijadas metodológicas en las Ciencias Sociales*, México, UAM-X, pp.67-77.

Galindo, Luis (1998), *Sabor a ti. Metodología cualitativa en investigación social*, México, Universidad Veracruzana.

García, Enrique (2002), *Las víctimas invisibles de la violencia familiar: el extraño iceberg de la violencia doméstica,* Barcelona, Paidós.

Gómez, Thelma (2011) “En la mente de los niños que cometen crímenes”, El Universal, México, 2011. Premio Nacional de Periodismo y Divulgación Científica, 2012.

González, Isela (2006), “Violencia de género. Un acercamiento teórico y metodológico desde la reflexión grupal”, tesis de maestría en Sociología Rural, México, Universidad Autónoma de Chapingo.

González, Cervera Alfonso y Rosario Cárdenas (2004), "Homicidios en la población menor de cinco años en México, 1992-2001", México, *Papeles de Población*, abril-mayo, núm. 040, 2004, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 247-275.

González, Soledad (1994), "La maternidad en la construcción de la identidad femenina. Una experiencia de investigación participativa con mujeres rurales" en Salles, Vania y Elsie Mcphail, *Nuevos textos y renovados pretextos,* México, El Colegio de México, pp. 147-173.

Harding, Sandra (2002), "¿Existe un método feminista?", en Eli Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista,* México, PUEG-UNAM, UAM-X, pp. 9-34.

Heise, Lori et. al. (1994), *Violencia contra la mujer: la carga oculta sobre la salud,* Organización Panamericana de la Salud, Washington.

Huacuz, María Guadalupe (2009), *¿Violencia de género o violencia falocéntrica? Variaciones sobre un sis/tema complejo,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

INEGI (2007), *Panorama de la violencia contra las mujeres. ENDIREH, 2006*, México.

Instituto de las Mujeres del Distrito Federal (2008), *Ley de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia del Distrito Federal,* México.

Izquierdo, María Jesús (1998), "Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género", en Vicenç Fisas (ed.) *El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia*, Barcelona, Icaria, pp. 1-26.

-------- (2004), *Del sexismo y la mercantilización del cuidado hacia su socialización: hacia una política democrática del cuidado,* España, Universidad de Barcelona, pp. 1-39.

-------- (2005), "Estructura y acción en la violencia de género", Simposi Internacional sobre les Violencies de Genere, Universidad de Barcelona, pp. 1-11.

-------- (2010), "Las dos caras de la desigualdad entre mujeres y hombres: explotación económica y libidinal", en *Quaderns de Psicología*, Vol. 12, No. 2, pp. 117-129.

-------- (2011) "La estructura social como facilitadora del maltrato", en Huacuz, Guadalupe (Coord.), *La bifurcación del caos. Reflexiones interdisciplinarias sobre violencia falocéntrica,* México, UAM-X, pp. 33-57.

-------- (2011) Conferencia "El sexismo y sus violencias", Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.

Julián Chávez, Guadalupe (2010), "Violencia en la pareja, victimización y empoderamiento", tesis de maestría en Estudios de la Mujer, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

López, Yesenia y Mary Meléndez, (2006), “La manipulación de los hijos por su padre y la culpa que esto genera en las madres que viven violencia familiar”, tesis de licenciatura en Psicología, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Miller, Alice (2004) *El cuerpo nunca miente*, Tusquets Editores, España.

-------- (2009), *Salvar tu vida. La superación del maltrato en la infancia*, Tusquets Editores, España.

Moreno Ramírez, Blanca Margarita (2010), “Adolescentes deprimidos con antecedente de abuso sexual y madres víctimas de violencia”, tesis de especialidad en Psiquiatría, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Murillo, Soledad (1996), *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Madrid, Siglo XXI.

Navarro Zilli, Fressia (2008), “Ansiedad y depresión en madres maltratadoras”, tesis de licenciatura en Psicología, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Organización Mundial de la Salud, (2001) “Dando prioridad a las mujeres: recomendaciones éticas y de seguridad para la investigación sobre la violencia doméstica contra las mujeres”, Departamento de Género y Salud de la Mujer, Grupo Salud Familiar y de la Comunidad, Ginebra, Suiza.

Ordóñez, Guadalupe y José Dzib (2010), Glosario Digital de Términos Jurídicos y Psicológicos, Universidad Autónoma de Yucatán. Fuente: http://www.psicologia.uady.mx/glosario_juridico/indicepsicologico.html, consultado el 14 de noviembre del 2012.

Puleo, Alicia (1995), “Patriarcado” en Celia Amorós (dir.), *10 Palabras claves sobre la mujer,* Estrella, Verbo Divino, pp. 21-54.

Reyes Márquez, José Ernesto (2007) “Síntomas internalizados y externalizados en niños con TDAH testigos de violencia intrafamiliar dirigida a la madre”, tesis de especialidad en Psiquiatría Infantil y de la Adolescencia, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Romero, María Nubia y Martha Cecilia Díaz (2001), "La maternidad como conflicto. Una expresión de inequidad social y de género", en *Colombia Médica*, Año/vol. 32, núm. 001, Universidad del Valle, Cali, Colombia, pp. 25-31.

Rubín, Gayle (1986), “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”, *Nueva Antropología*, Vol. VIII, no. 30, pp. 95-145.

Ruiz, G. Y Fawcett, G. (1999), *Rostros y máscaras de la violencia. Un taller sobre amistad y noviazgo.* Manual para instructores (as) Resumen, IMIFAP, A.C. México: Editorial IDEAME.

Ruiz, J.L. (1999), "El diseño cualitativo" en *Metodología de investigación cualitativa*, Bilbao, Universidad de Deusto.

Sagot, Montserrat (2000), *La ruta crítica de las mujeres afectadas por la violencia intrafamiliar en América Latina,* Programa Mujer, Salud y Desarrollo, OPS/OMS.

Sánchez, Ángeles (2003), *Mujeres, maternidad y cambio. Prácticas reproductivas y experiencias maternas en la ciudad de México*, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Sánchez, Ángeles; Espinosa, Sara; Escurdia, Claudia y Edna Torres (2004), "Nuevas maternidades o la desconstrucción de la maternidad en México", *Debate feminista.* Maternidades, Año 15, Vol. 30, octubre, pp. 55-86.

Saucedo, Irma (2004), "Violencia doméstica y salud: una aproximación al dispositivo de la violencia doméstica en México y la construcción del conocimiento posible", tesis de doctorado en Sociología, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.

Scott, Joan (1999), "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Marysa Navarro y Catherine Simpson (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales,* Buenos Aires, FCE, pp. 37-75.

Secretaría de Salud (2009) *Encuesta Nacional sobre Violencia contra las Mujeres (ENVIM), 2006,* México.

Szulc, Andrea (2006), "Antropología y niñez: de la omisión a las culturas infantiles" en Wilde y Schamber (Comp.), *Culturas, comunidades y procesos culturales contemporáneos*, Buenos Aires, SB, pp. 25-49.

Taylor, Steve y Robert Bogdan (1992), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación,* Barcelona, Paidós.

Téllez, Anastasia y Purificación Heras (2004), "Representaciones de género y maternidad: una aproximación desde la antropología sociocultural", en Silvia Caporale Bizzini (coord.), *Discusiones teóricas en torno a las (s) maternidad (es) una visión integradora*, Madrid, Entinema, pp. 63-100.

Torres, Falcón Marta (2001), *La violencia en casa,* Barcelona, Paidós.

Valcárcel, Amelia (2001), *La memoria colectiva y los retos del feminismo*, Santiago de Chile, CEPAL.

Valdez, Rosario (2004), “Del silencio privado a las agendas públicas: el devenir de la lucha contra la violencia doméstica en México” en Torres, Marta (Comp.), *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales,* México, El Colegio de México.

Valdez, Rosario; et. al. (2006), “Escala de violencia e índice de severidad: una propuesta metodológica para medir la violencia de pareja en mujeres mexicanas”, en *Salud Pública de México,* vol. 48, pp. 221-231.

Villatoro, J.; Quiroz, N.; Gutiérrez ML., Díaz, M. y Amador, N. (2006), *¿Cómo educamos a nuestros/as hijos/as? Encuesta de Maltrato Infantil y Factores Asociados,* Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES), Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz (INPRFM), México.

Welzer-Lang, Daniel, (2007), *La violencia doméstica a través de 60 preguntas y 59 respuestas,* Madrid, Alianza.